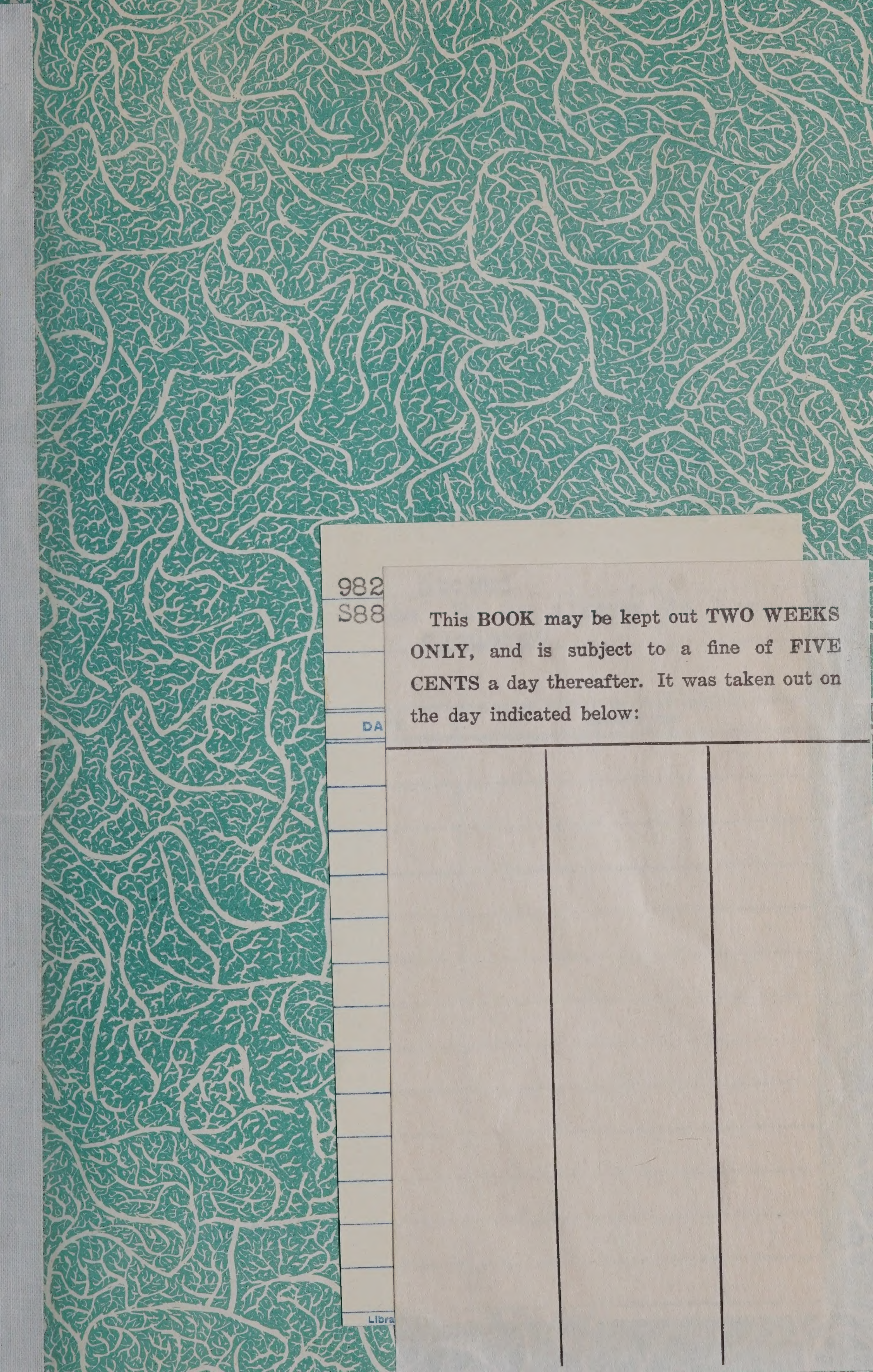
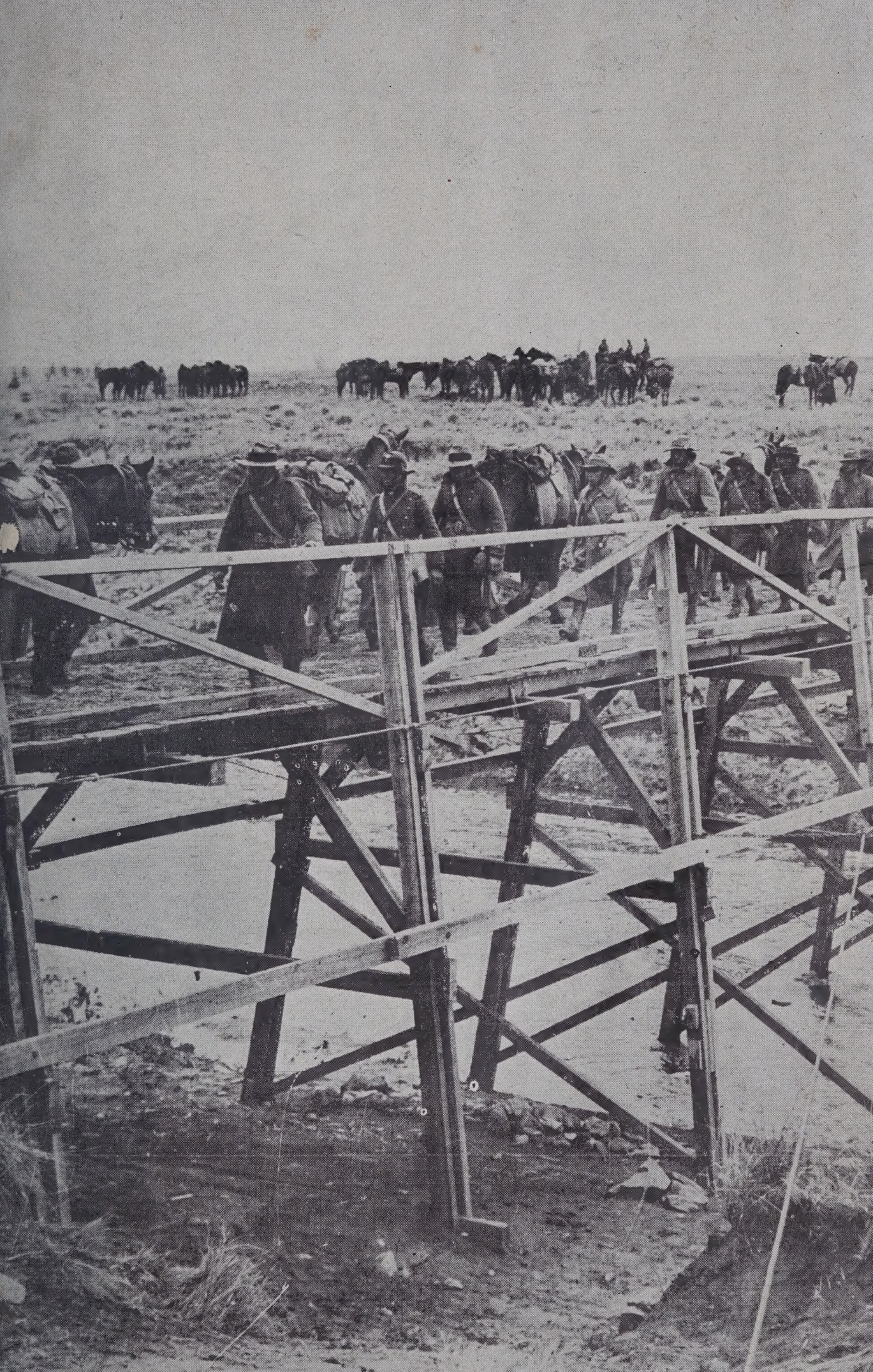




F. F. STORNI Y A. PEREZ FRANCO

EN LA
SIERRA DE LOS CÓNDORES

Las Maniobras del Ejército de 1925





En la Sierra de los Cóndores



INTRODUCCION

En 1914, en Entre Ríos, se realizaron las últimas grandes maniobras del Ejército anteriores a las que serán materia de este libro. En medio de una lluvia persistente y de un continuado mal tiempo que acompañó a las tropas durante todos sus movimientos, los esfuerzos de los que intervinieron en ellas permitieron que, sino en su totalidad, se cumpliera una buena parte del programa preparado, experimentándose muchas cosas, algunas de las cuales se ensayaron entonces por primera vez. En cambio faltó, casi por completo, debido indudablemente a la misma causa, el concurso popular ya que la inclemencia de la naturaleza impidió por entero el acercamiento de las poblaciones a los regimientos en actividad.

El Estado Mayor y las demás oficinas técnicas del Departamento de Guerra habrán recogido ahora, cuanto se relacione con las observaciones y enseñanzas de carácter profesional que se hayan producido en el transcurso de las maniobras que se desarrollaron en la Sierra de los Cóndores, en la provincia de Córdoba, entre el 15 de octubre y el 15 de noviembre de 1925, para determinar su aplicación ulterior en el manejo y conducción de las tropas. En este volumen se han

reunido las impresiones visuales de dos espectadores que desde la salida de las tropas de sus acantonamientos hasta su retorno a los cuarteles, vivieron en íntimo contacto con ellas siguiéndolas por todas partes y a través de toda la campaña. Testigos ambos del desenvolvimiento total de las maniobras, sus manifestaciones llevan el sello de la más absoluta veracidad, que muy pocas descripciones y comentarios, de los muchos aparecidos en torno de las evoluciones podrán ofrecer de una manera tan rotunda.

Pero la divulgación de los hechos ocurridos no podía quedar supeditada a la simple enunciación de los mismos, como tan amplia y animadamente lo hicieron los diarios argentinos, de un extremo a otro de la República, porque la importancia de las maniobras ha superado cuanto hasta ahora se había hecho entre nosotros y en ese concepto era menester ofrecer a todo el pueblo una relación de los trabajos que, dejando al lado el aspecto esencialmente técnico de los ejercicios, lógicamente reservado a los profesionales, permitiera poner ante la vista de los lectores, en la medida de lo posible, el relato de las tareas que cumplieron los ciudadanos en los campamentos, las emociones que pudieron experimentar durante las maniobras, las sensaciones que llenaron sus espíritus, frente a las rudas contingencias de la fatigosa labor y por último, las impresiones que les produjera su marcha por regiones y lugares de su misma tierra que nunca habían visto todavía.

Fué ésta una de las perspectivas más bonitas de todas las que ofreció el movimiento de las fuerzas hacia su concentración en el punto medio del país: conscriptos de los cuatro ámbitos del territorio argentino, recorrieron diversas zonas del suelo natal, que en otra forma, posiblemente la mayoría de ellos, jamás las hubieran conocido. Marcharon por caminos que nunca vieron antes, pernoctaron en campos insoñados, montaron guardias y salieron en descubierta, entre montañas que apenas sabían que existían, pasaron por pueblos y aldeas desconocidas y en fin supieron lo que era recibir el cálido homenaje de una gran ciudad del interior que los pre-



Tropas de comunicaciones.

mió con las más afectuosas manifestaciones de cariño, al término de sus trabajos, cuando desfilaron por sus calles en dirección ya a los cuarteles, en que después iban a ser licenciados.

Relatar éstas y aquellas cosas es la intención de los autores de la presente publicación, deseosos de hacer llegar hasta quienes estas líneas lean, una crónica completa de las maniobras de 1925. Conviene agregar que no se trata de un libro oficial, ni nada que se le parezca. Es simplemente la historia de esos ejercicios puesta al alcance del público argentino, para que su difusión sirva de aliciente a las clases que en el futuro inmediato serán llamadas al servicio y para que nadie desfallezca ante la posible fatiga que entrañan los grandes hechos de la vida ciudadana, ya que en el peor de los casos, el ánimo abatido de quienes sufren tales pruebas, ha de poder retemplarse siempre en el blanco inmaculado de las nubes que se mueven bajo el cielo de la patria y el azul de sus crepúsculos que bañan de una indecible serenidad los más hermosos paisajes de la tierra.

* * *

Han servido estas maniobras para extender los conocimientos de los que mandan, trabajando sobre el terreno mismo, que es por último el escenario, donde actuarán todos, si llegara el instante de las exigencias supremas. Mientras tanto, los conscriptos supieron lo que era en la práctica un ejército en movimiento y debieron suplir con sus aptitudes militares y ciudadanas los trabajos y fatigas inherentes a la vida de campaña.

La falta de estas ejercitaciones dejaba hasta ahora trunca la labor militar de cada año y si bien los comandos subalternos, de compañía, batallón y regimiento, podían ser experimentados por los que los desempeñaban, se trataba siempre de una actuación aislada, que en ningún caso presenta, lógicamente las dificultades de la conducción de un batallón o

regimiento, encuadrado dentro de una masa de tropa. Estas maniobras de mayores alientos, han satisfecho ampliamente al alto comando y por ende al país entero. Si anteriormente, los resultados de la instrucción de los ciudadanos que anualmente ingresan al Ejército, pusieron siempre en evidencia que la aptitud de los componentes de cada una de las clases llamadas a las filas es, como ocurrió desde el primer día, excelente y capaz de rendir el máximo de eficacia, el duro trajín y las fatigas que para los conscriptos de la de 1904 significaron las maniobras de Córdoba, sirvieron para demostrar que esas mismas falanges de hombres armados para aplicarse en la ciencia de la defensa común, son capaces de salir igualmente airosos en las más rudas faenas en que se alcanzan a simular, hasta donde es posible, las arduas contingencias de la lucha armada.

Sólo una preparación completa para la acción que habrá de dirimir las cuestiones, cuando la República se viera avocada a una situación de fuerza—de la que tan lejos estamos, afortunadamente—justifica la existencia del Ejército y de la Armada y de los organismos que las complementan. Mantener sus resortes sin la consistencia requerida, es inutilizar los fondos que el país destina a ese fin. Y si las dos ramas de la defensa de primera línea, que no otra cosa son las tropas de mar y tierra, porque nadie faltaría en la acción de todos, dejan de experimentar estas pruebas anuales, siempre estará en retardo su preparación acertada y conveniente, que es en definitiva la única razón que impone su mantenimiento, para disponer en la paz de la salvaguardia y tranquilidad de que han menester los que laboran la grandeza presente y venidera de la patria.

* * *

Consideradas todas las circunstancias, puede afirmarse que. por primera vez en nuestro país se organizó para las de Córdoba, una dirección general de maniobras que respondía real-

mente al concepto moderno y práctico de esos organismos, pues, tanto el Ministro de Guerra, como el Inspector General del Ejército y el Estado Mayor General, se preocuparon realmente de dotarlo de todos los mecanismos y servicios como para que estuviera dentro del marco en que se planearon las grandes ejercitaciones que comentamos.

Aprobado el plan de maniobras, el director de las mismas, general Uriburu organizó sus servicios, dándoles las funciones de comando de Ejército, poniendo a su frente como jefe de Estado Mayor, al jefe accidental del Estado Mayor General, coronel Francisco M. Vélez, con tres secciones que completaban sus diversos servicios y adscribiendo a dicho organismo a un grupo de jefes. En la primera sección, figuraban el teniente coronel Juan E. Palacios, mayores Roberto Bosch, Luis S. Latorre, Emilio Faccione y capitán Marcos Villa Delmué. En la segunda, los mayores Ricardo Miró, Lino H. Montiel y Camilo Corradi, y en la tercera, el teniente coronel Domingo J. Porta, Antonio Esteverena, teniente coronel de sanidad Neocles Ragusin, teniente coronel de administración Juan Frecero y mayor Alberto López.

Puede afirmarse que, con excepción de algunos pocos jefes que necesidades ineludibles del servicio retuvieron en sus puestos, la mayoría de los generales y coroneles, tenientes coroneles y mayores en actividad, participaron en los ejercicios, ya sea con la dirección general de maniobras, como comandantes de destacamentos, divisiones o unidades menores, o desempeñando las funciones de árbitros en los mismos ejercicios.

Esto, como se comprende, recargaba algo el personal afectado a esa dirección; pero, en cambio, daba oportunidad para que todo el mundo se ejercitara y para que ese organismo estableciera un severo contralor merced a los árbitros, en los ejercicios que se iban desarrollando.

Concurrieron así a los ejercicios, el Inspector General y director de maniobras en esta ocasión, general de división José F. Uriburu, generales de división Ricardo Solá y Martín Rodríguez y generales de brigada Juan E. Vacarezza y Gil Juárez.

Coroneles Horacio Peralta Martínez, Alejandro Fernández, Basilio B. Pertiné, Alejandro Obligado, Conrado Risso Patrón, Agustín Pérez, Francisco M. Vélez, Ernesto Maestropiedra, Guillermo Valotta, Carlos Smith, Enrique R. Pilotto, Rodolfo Martínez Pita, Félix M. Toledo, Enrique López Rivarola, Ramón Molina, Eduardo Fernández Valdéz, Juan A. Vidal, José Morales Bustamante, Carlos Casanova, Adolfo V. Fauché, Ernesto A. Day, Miguel A. Cisterna, Samuel A. Villafañe, José L. Etchichury, Ergasto R. Saforcada, Camilo Idoate, y de Sanidad doctor Florencio Solari.

Tenientes coroneles Juan Beverina, Luis Á. Cassinelli, Francisco Montbrum, Francisco Fasola Castaño, Apolinario Piñero, Benjamín Shaw, Domingo J. Porta, Julio R. de la Vega, Abelardo Segura, José Menéndez, Nicolás Scasso, Cornelio Ibarra García, Andrés Sabalain, Luis M. Passo, Miguel Duval, Pedro N. Sarapura, Lindor S. García, José de Giordano, Raúl Monez Ruíz, Carlos M. Giani, Antonio Cabo, Guillermo Moura, Agustín Castiglioni, Armando Verdaguer, Juan E. Palacios, Mauricio E. Bonzon, Walfrido Arce, Emilio J. Alvarez, Carlos B. Martínez, Pedro J. Rocco, Antonio Esteverena, Filadelfio Galarce, Leopoldo Patalano, Bautista Molina, Oscar Landívar, José A. Cerqueira, Aníbal Montes, doctores Arturo Schnaibel, Ovidio Rogelio, Neocle Ragusín y de Administración Juan Frecero.

Mayores, Alberto de Oliveira César, Roberto Colomer, Álberto Lynch, Ernesto Ramírez, Conrado Sztyrle, Gustavo Olazábal, Enrique P. Harracá, Juan Pierrestegui, Horacio Crespo, Ismael J. Gordillo, Horacio Irusta, Enrique A. Mosquera, Daniel Leguiza, Isaac Ruda Vega, Jorge A. Giovanelli, Miguel S. Gallardo, Roberto Bosch, Arturo Rawson, Abraham Schweizer, Ramón Sagastume, Luis T. Sáenz, Sabino Adalid, Camilo J. Bosatta, Felipe Fotheringham, Luis S. Latorre, Lindor Valdéz, Mario J. Godoy, Carlos von der Becke, José María Moreno, Alfredo J. Ferré, Rodolfo M. Lebrero, Pedro Zanni, Juan C. Sanguinetti, Alberto J. Castro, Alberto Guglialmelli, J. Salazar Collado, Antonio Fernández Lima,



La muchedumbre en las estaciones al paso de un tren militar.

Horacio García Tuñón, Abelardo Badaró, Juan Roberto Costa, Alberto S. Salguero, Héctor Pelesson, Horacio A. Cabrera, Jorge Manni, Ricardo Miró, Pedro Sahores, Rudecindo H. Gallategui, Manuel Sueiro, Aníbal A. Velázquez, Lino H. Montiel, Natalio Mascarello, Agustín Estivil, Juan B. Vieyra, Alejandro Ferreyra, Carlos Isola, Roberto Pietronave, Estanislao J. López, Elisendo C. Pissano, Enrique Padilla, A. González Albarracín, Lauro Vigil, Luis J. Berard, Eduardo Alonso, Servando Santillana, Pedro Greni, Virgilio Méndez Montenegro, Luis José Villegas, Eduardo Larronde, José San Martino, Enrique Galelli, José J. Rodríguez, Luis C. Perlinger, Emilio Faccioni, Camilo Corradi, V. León Martínez Toledo, Enrique Velloso, doctores Julián Brunella, Eduardo Pagniez, Reinoso Alvarez, Enrique Vignolles Frías, A. Echegaray, Tito Francisco Coletti y Eduardo Novillo, de Administración.

Ahora bien, con ese grupo de jefes, se constituyeron organismos nuevos en nuestras prácticas militares, los que dieron a la dirección de maniobras oportunidad para ensayar sus grandes servicios en campaña.

Esos organismos fueron, entre otros, el puesto de cuartel-maestre general del ejército en campaña, encargado de la fiscalización de los servicios de abastecimientos general del ejército; servicios de comunicaciones, creándose un batallón de esa especialidad, la de un jefe conductor de espectadores; creación de una oficina militar de correos; un servicio completo de intendencia de etapas, servicios de sanidad de etapas, de arsenales y de remonta de etapas, y, por último un servicio informativo para la prensa nacional que enviaron sus representantes a las maniobras, lo que constituyó, por su buena organización y el cuidado que se puso para que dichos representantes pudieran cumplir con su misión, uno de los mejores resortes del Ejército al cual, nos atrevemos a decirlo, se debe mucho del éxito de estas ejercitaciones.



Tropas vadeando un arroyo.



La llegada de las tropas



El general Martín Rodríguez, comandante del Destacamento Colorado, recibiendo un informe de sus tropas.

Octubre 18.

Esta mañana, antes de la salida del sol, llegó a Modesto Acuña uno de los trenes militares que en estos días se han movido a través de diversas zonas del país, llevando y trayendo hasta estos lugares a los regimientos y unidades que intervendrán en las maniobras. Toda la región estaba todavía sumida en la obscuridad de la noche, cuando el convoy rugiente de ruidos y humo entró lentamente en las vías de la estación, deteniéndose después totalmente, sin que nada denunciara la existencia de ese núcleo de gente que venía más o menos acomodada en los vagones. Las sombras andaban por todas partes y apenas si uno que otro farol, continuamente en movimiento denunciaba allí la existencia de personas. El tren aparecía también lleno de sombras y sólo al cabo de unos instantes a requerimiento del jefe militar de la estación, empezó a notarse que dentro de los coches renacía la vida. Entretanto, el horizonte empezó a iluminarse suavemente y las cosas fueron tomando forma, en medio de las transformaciones más extravagantes con que sus líneas salen de la nada, hasta que adquirieron la conformación que realmente tienen y que sólo a plena luz aparecen definitivamente.

La población de Modesto Acuña, que algún nombre ha de darse a estas casas, extendidas a lo largo de pocas cuadras sobre el mismo alambrado que limita las vías, surge también a la claridad mañanera, sin que pueda notarse diferencia alguna con las demás de su misma índole que se contemplan en cualquier parte del país, desde Ushuaia hasta el extremo de Jujuy, más cercano de la frontera. Tiene todas las características de los pueblos nuevos, existen dos o tres casas de negocio, una que otra de familia, los galpones de los acopia-

dores, las instalaciones del ferrocarril y nada más. Y como es domingo y la hora un tanto intempestiva todo ese pequeño mundo que afanosamente atiende en los demás días a los trabajos de su subsistencia y labra su porvenir, permanece aun recluído sin que los ruidos de la estación lo preocupen, al parecer, demasiado. Mientras tanto los soldados han abandonado los vagones y las chatas y jaulas del trozo de carga que junto con dos coches de pasajeros de primera y segunda clase, formaron todo ese tren mixto de militar emergencia, han sido llevadas a las playas de la estación para el desembarco del ganado y demás implementos que trajeron desde el punto de salida. La luz del día continúa avanzando y a pesar de mostrarse nublado el cielo, la temperatura es bastante agradable como para que los trabajos no molesten mayormente a los conscriptos, que en muy poco tiempo, aparecen alineados perfectamente en el lugar que les indicaron sus superiores, tal como si se tratase de una simple formación a pocos metros del cuartel en que vive siempre la unidad.

El general Martín Rodríguez, comandante de la segunda división de ejército y ahora del destacamento colorado, que se constituirá en las cercanías de Modesto Acuña, ha pernoctado en uno de los "hoteles" y con las primeras claridades sale a la calle a esperar el desfile de los cuerpos que recién han llegado hoy y que más tarde se dirigirán al campamento de concentración, para formar definitivamente el destacamento mencionado. Se encuentran con él el personal de su Estado Mayor, entre el que figura el teniente coronel Roberts, que ostenta tal grado en las reservas del ejército y que habiendo solicitado, oportunamente su incorporación a efectos de trabajar en las maniobras, le fué concedida. El señor Roberts pertenece al Ferrocarril Central Argentino y es uno de los funcionarios superiores, en la dirección de tan importante empresa.

La claridad aumenta sucesivamente pero el cielo, lejos de despejarse, ofrece un aspecto bastante osco y las revoltosas nubes de tierra que la brisa de la mañana hace mover sobre

los caminos, sólo terminan cuando algunos golpes de agua caen estrepitosamente entre truenos y relámpagos, humedeciendo el pavimento. Sin embargo, cuando las fuerzas inician su pasaje por ante el jefe superior, todavía se levanta polvo en la calle, irritando la vista de los conscriptos, cuyos ojos parpadean rápidamente tratando de expulsar al incómodo huésped que los hace lagrimear.

Con la mayoría de los viajeros cambiamos impresiones, mientras estuvieron atendiendo a sus menesteres antes de completar la formación de circunstancias. La travesía se ha realizado sin ningún entorpecimiento y las 30 horas pasadas en el tren han sido sobrellevadas en medio de una animación sin límite, cada vez renovada jubilosamente al paso de las estaciones y paradas de tránsito, en las cuales se les hizo objeto de afectuosas demostraciones de simpatía. Además la preparación y condiciones de las tropas fueron inesperadamente sometidas a una prueba bastante severa a causa de haberse recalentado uno de los ejes de la chata que traía un camión de nafta, del que empezaron a desprenderse rojizas llamas que sembraron la alarma en una buena parte del convoy y que naturalmente, una vez visto lo que ocurría fué detenido en la estación más próxima al sitio en que se inició el recalentamiento en cuestión. En menos de media hora pudo desalojarse la carga pasándola a otros vagones, para desenganchar el coche averiado y seguir la marcha con el atraso consiguiente, que luego, debido a la pericia del maquinista fué recuperado sin mayores esfuerzos.

Cada detención del tren significó una manifestación de los pobladores y vecinos del lugar hacia los viajeros, quiénes recibieron de parte de las niñas y demás personas reunidas en las estaciones, inequívocas muestras de cariño y aplauso. Puede decirse que a lo largo de cada una de las líneas por donde han circulado los trenes militares, el pueblo ha visto al Ejército en plena tarea, constituyendo en lo que se refiere a las ciudades del interior, un verdadero acontecimiento este pasaje de las fuerzas en dirección a la zona de operaciones.

Entendiéndolo así, las poblaciones se apresuraron a ver a los conscriptos y en cada parada tuvieron para ellos calurosas manifestaciones de cordialidad, volcándose los sentimientos propios de semejante amistad, sobre las masas de hombres agrupadas en los vagones, como un vehemente deseo de que todos salgan triunfantes en la ruda tarea a que serán sometidos en esos días.

En medio de los animados grupos de niñas que se apresuraban a poner en manos de los soldados, una vez que el tren se detenía y éstos bajaban al andén o se asomaban a las ventanillas para mirar a la gente, vistosos ramos de flores y golosinas, también entre la multitud aglomerada en las plataformas, algunos padres y hermanos y en una ocasión la novia, se presentaron a los jefes queriendo saber de los suyos. Casi no hubo estación en que no se produjera un encuentro emocionante, subrayado luego por la demanda que los superiores dirigían a las madres para saber si su hijo había mejorado o no, en su aspecto general desde que salió de su lado para ir a cumplir el servicio militar.

Debemos señalar que las temblorosas respuestas de aquéllas, fueron satisfactorias siempre y por más que al contento de volverlos a ver, se agregaba la de la separación que se sabía inmediata, los sentimientos patrióticos se sobreponían a la congoja, dando paso a una orgullosa sonrisa frente a la profunda alegría que le producía el contemplarlo luciendo el uniforme de soldado.

Naturalmente que en la continuación del viaje, se repitieron las manifestaciones de aprecio y aun en las estaciones en que el tren pasó corriendo a altas horas de la noche, había gente en los andenes, oyéndose estruendosas bombas que explotaban en medio de los pueblos para saludar a los viajeros. Luces de colores aclaraban las sombras y a lo largo del convoy, las caras sonrientes y animosas de los conscriptos, asomados a las ventanillas, contemplaban las calles que cruzaban rápidamente ante sus ojos y en ninguna de las cuales faltaban niñas y hombres enviándoles sus mejores augurios

de buena suerte, para seguir mirando hacia el lugar en que debía estar el pueblo recientemente traspuesto y que en pocos minutos se había sumido otra vez en la más profunda obscuridad.

Formación de los destacamentos

En la estación Modesto Acuña se reunió, como hemos dicho, el destacamento colorado, instalando sucesivamente sus vivaques las unidades que lo constituyeron, en las cercanías del paraje denominado los Cóndores, no muy lejos de la serranía de este mismo nombre. Fueron aquéllas, además del comando de la 2ª división de Ejército, los cuerpos siguientes: regimientos números 6, 7, 11, 17 y 18 de infantería; número 12 de caballería, número 2 de artillería, IV grupo de artillería a caballo, la segunda compañía de la Escuela de Comunicaciones, la tercera compañía del batallón de zapadores de maniobras y una sección de sanidad.

El destacamento verde a las órdenes del general Gil Juárez, cumplió su concentración de emergencia utilizando como punto de desembarco de sus componentes la estación Berrotarán, del mismo ramal que la anterior, más al sur de aquélla. Su primer campamento se levantó a unos 7 kilómetros al oeste de la población, sobre el río de los Sauces, congregándose allí, los cuerpos que indicamos en seguida: regimientos números 1, 2, 3, 4 (escuela del arma) y 16 de infantería; número 2 de caballería (escuela del arma), número 1 de artillería, II grupo de artillería a caballo; primera compañía de la Escuela de Comunicaciones, cuarta compañía del batallón de zapadores de maniobras y una sección de sanidad.

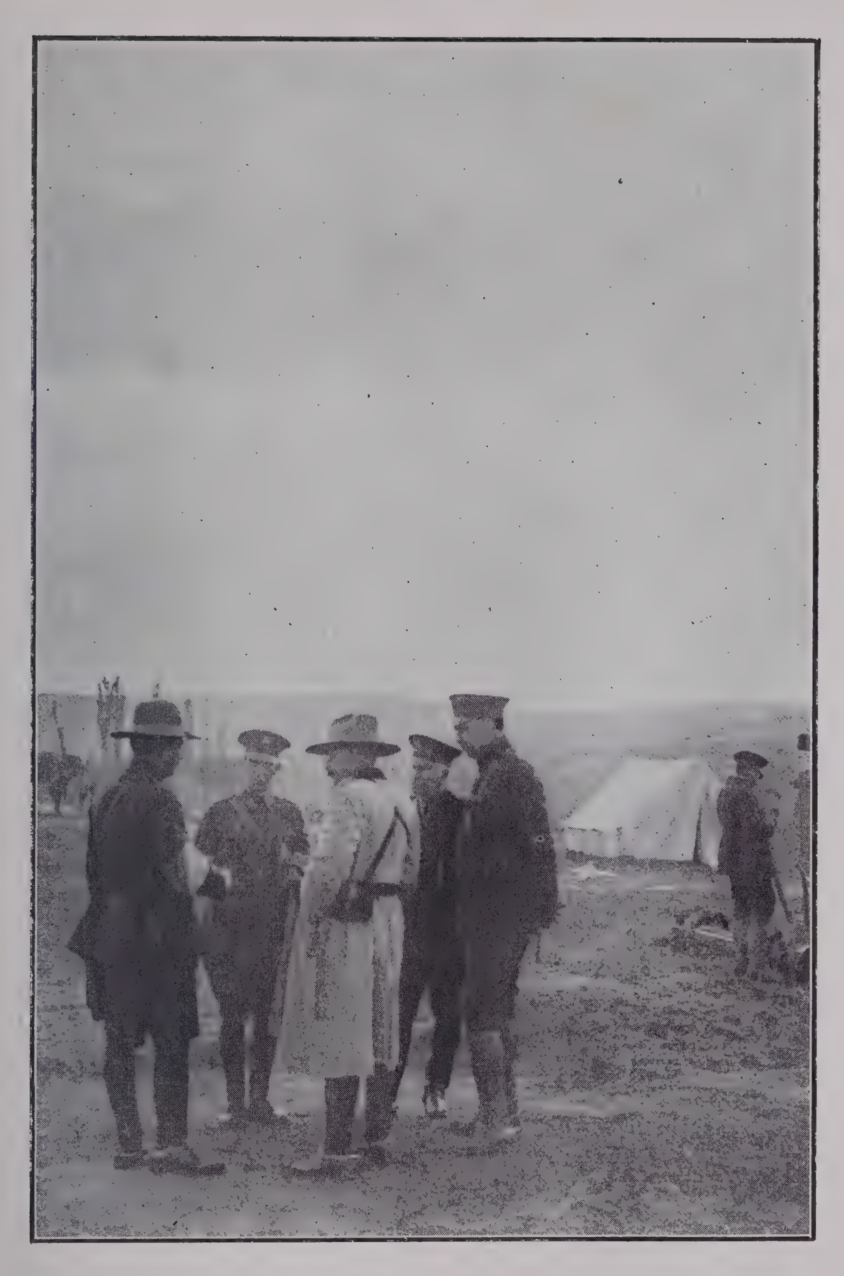
Bajo el mando del comandante de la 4ª división de Ejército, general Ricardo Solá, se constituyó a unos 2 kilómetros de la estación Almafuerte y a 10 de la de Río III, al norte de las dos anteriores, el destacamento azul. Su campamento quedó situado al oeste de Almafuerte sobre la margen del Río III

más próxima a la misma localidad. Formaron este destacamento los siguientes regimientos: números 12, 13, 14, 19 y 20 de infantería, número 4 de caballería, número 4 de artillería, el grupo pesado de la Escuela de Artillería, el escuadrón de la Escuela de Comunicaciones, la primera y segunda compañía del batallón de zapadores de maniobras y una sección de sanidad de la 4ª división.

A disposición de la dirección de maniobras actuaron, durante los ejercicios las fuerzas siguientes: grupo de observación de la Escuela de Aviación, una compañía de zapadores pontoneros del I batallón de esta especialidad, los hospitales de campo números 1 y 2, gendarmería y los parques y trenes necesarios. También actuaron agregados a la dirección de maniobras, el personal del comando de la 5ª división, el comando del destacamento de montaña Norte, los comandos de infantería de la 3ª, de infantería y artillería de aquélla y la Escuela de Radiotelegrafistas.

La zona destinada a las operaciones

Almafuerte, Modesto Acuña y Berrotarán, en el orden nombrado, son otras tantas estaciones de la línea del Ferrocarril Central Argentino que saliendo de Río III, sobre el tramo principal de Villa María a Córdoba, se dirige a Río IV, por donde pasa la vía que une a Villa María con Villa Mercedes, en la provincia de San Luis. Paralelamente a esta vía, y teniendo sus extremos norte y sur, a unos 50 kilómetros aproximadamente, de Córdoba a Río IV, respectivamente, quedó diseñada la zona de las operaciones en que se desenvolvieron los ejercicios militares. El límite oeste del campo fueron las estribaciones orientales de la Sierra Grande que cubrían ese costado totalmente, teniendo a su frente la Sierra Chica y la prolongación de ésta que se denomina de los Cóndores y de la que toma el nombre toda la región. Entre José de la Quintana y Santa Rosa, la Sierra Chica, representa un cor-



El jefe del Estado Mayor, coronel Francisco Vélez, recibiendo informaciones verbales de un grupo de oficiales.

dón del tipo de baja montaña, con un ancho medio de 18 kilómetros. Ofrece un aspecto magnífico, que es en menos amplitud el que caracteriza a todas las elevaciones de la provincia de Córdoba, tan famosas entre los turistas. Las faldas están cubiertas de abundante, y en algunos casos, densa vegetación natural, con muchos árboles que crecen aun en las partes más rocosas de las lomas. Hay en ella pendientes bastantes pronunciadas, reduciéndose en consecuencia la practicabilidad de las alturas, debiendo dirigirse los caminantes y ganados por los caminos que se han trazado, a través de aquéllas. Hacia el sur la Sierra de los Cóndores se prolonga buscando el llano definitivo de la parte austral de la provincia y a la altura de Berrotarán, casi ha desaparecido por completo.

Entre ambas serranías se extiende una prolongada llanura llena de pequeñas ondulaciones que aumentan a medida que se acercan a los cerros. Cruzan esa llanura abundantes corrientes de aguas, de características semejantes, presentando sus lechos pedregosos y arenosos, conforme a la distancia que los separa de las sierras. Nacen casi todos ellos en la Sierra Grande, siendo en general poco encajonados, ocurriendo así que en la época lluviosa, que llega casi siempre en el transcurso del verano, se desbordan fácilmente, cubriendo rápidamente los terrenos de las adyacencias, aunque en una extensión relativamente pequeña. En estos casos la corriente es de gran velocidad, sucediendo durante la estación, que los ríos principales ofrecen serios obstáculos para cruzarlos. Son estos el III, el Grande y el Santa Rosa, existiendo además, en su mayoría afluentes de los primeros, el Espinillo, Quillinzo, Los Reartes, Los Molinos, La Cruz, Soconcho, del Medio y otros de menor importancia.

Como en otras muchas zonas de Córdoba, la agricultura y la ganadería muestran en ésta el desenvolvimiento que ambas están adquiriendo en toda la provincia. Los sembrados ocupan una buena extensión de los campos y ha sido menester recurrir a las más extraordinarias suposiciones, para evi-

tar que las tropas, al quedar en evidencia por los caminos, aparecieran como batidas por el enemigo, ya que, para no tocarlos, dejaban de actuar sobre los terrenos cubiertos por los cereales en plena floración, cosa que no ocurriría tratándose de las circunstancias reales.

II

El primer campamento en Cañada de Alvarez

Realizada la concentración de las tropas en las sierras de Córdoba y constituídos los tres destacamentos de maniobras, el verde, azul y colorado, el 17 de octubre se embarcó en la estación Retiro el general José F. Uriburu, el coronel Francisco M. Vélez, el coronel Guillermo Valotta, subjefe de Estado Mayor y el resto del personal de dicha dirección, desembarcando al día siguiente, a mediodía, en la estación Modesto Acuña, la más próxima al campamento que se había elegido para instalar el primero de la dirección aludida.

De allí, a Cañada de Alvarez, donde se encontraba aquél, había unos 30 kilómetros, los que extendían entre planicies, primero, y sierras después, en una hermosa variedad de panoramas, que se recorrieron en automóviles, a caballo o en los grandes camiones militares, estos últimos en ensayo en el Ejército.

Las sierras y los valles de Calamuchita, desfilaron así por primera vez ante la vista de los concurrentes envueltos en una neblina gris que se arrastraba sobre las cimas de las serranías, presagiando mal principio para las maniobras.

Se pasaron al atardecer los picos de los Cóndores, donde se había instalado el destacamento colorado, ascendiendo francamente hacia la serranía donde está Cañada de Alvarez, punto en que se encontraba el campamento de la dirección de maniobras desde el 16 de octubre. Al coronar las cimas de las sierras que lo enfrentan, se presentó de pronto, recostado sobre la suave pendiente opuesta, la blanca ciudad de las carpas, donde íbamos a instalarnos para iniciar los primeros trabajos. Desde luego, llamó la atención la hermosura del sitio y la vista que presentaba la alineación de las carpas, destacándose nítidas sobre el verdor de los boscajes, franqueado por los esbeltos álamos en todo su verdor. Tal debió apa-

recer ese sitio para todos, pues, no obstante el aspecto militar del conjunto, se saludó alborozado el primer hogar serrano que íbamos a tener y que fué, sin duda, el que dejó mejores recuerdos en todo el personal del ejército que estuvo allí o que lo visitó accidentalmente.

Entremos así en el campamento con el mejor espíritu y hasta los inquietos representantes de la prensa se sintieron a gusto, no obstante que todo se regía allí militarmente, lo que hizo que en una primera impresión, escribiera a su diario uno de los enviados especiales:

"Todo es militar aquí: el correo, instalado en una carpa y con un jefe del ejército a su frente, llevando la insignia de Correos y Telégrafos de campaña, su buzón hecho de cajón de cerveza vacío y colgado de un árbol y el gallardete que indica su ubicación flotando en la punta de un álamo desgajado; la comida, que se sirve a toque de corneta a hora reglamentaria; el levantarse a la diana para los ejercicios, y los autos y los caballos, los cuales van y vienen por orden del comando y manejados por soldados; sólo los periodistas y reporteros gráficos se han salvado de esta militarización, alzando sus tiendas en un costado del campamento, donde han constituído un barrio aparte, tienen sus caballos y asistentes y hasta donde llegó el Ministro de Guerra, cuando vino amablemente a este sitio, para saludarlos."

El Orden del Día Nº 1 del Cuartel General

Inmediatamente de instalarse en su campamento de Cañada de Alvarez la dirección general de maniobras, se terminaron de organizar todos los servicios, llamando, desde luego, la atención, el cuidado con que se había pensado en ello. Se disponía de un gran comedor común o casino de oficiales, donde se servían las comidas en una forma bastante aceptable, servicio contratado con un empresario, para obviar todas las dificultades y evitar que los conscriptos fueran empleados en

menesteres domésticos. Se almorzaba o comía con un menú sobrio, pero abundante, dos veces al día, los de descanso y una sola, a las 8 de la noche, en los de maniobras, dándose en tales ocasiones a todo el mundo, de general abajo, después del café con leche del desayuno, una ración para el día y café con leche a las 16, al regreso de los ejercicios.

Los periodistas y los espectadores, se instalaron de a dos en cómodas carpas de jefes, con sus asistentes respectivos, un jefe del ejército, el mayor Sabino Adalid, como jefe de información, con caballos y automóviles a su disposición en los días de maniobras. Desde el primer día, se advirtió allí el mejor ambiente y, no obstante el intenso trabajo que tenía todo el mundo y las fatigas de las largas horas a caballo, subiendo o bajando por las serranías, con una llovizna helada, en los primeros días de ejercicio y un sol de fuego, en los últimos, en las horas de descanso o en las de las comidas, el buen humor era la nota predominante en el campamento.

Un grupo de marinos, incorporados a la dirección de maniobras para seguir los ejercicios en representación de la Armada, fué recibido con la mayor alegría y, desde los primeros momentos, esos jefes y oficiales se captaron las simpatías de sus camaradas del Ejército, contribuyendo con su buen humor y adaptación a la vida de campaña en tierra, a estrechar los vínculos de ambas instituciones armadas.

Instalada la dirección de maniobras en Cañada de Alvarez, el director de maniobras, el día antes de iniciarse los ejercicios, dictó la primera orden del día, concebida en los siguientes términos:

"En ocasión de iniciarse el período de maniobras, llevo mi saludo a las fuerzas que participan en las mismas. El país entero, con el cariño que le merece el ejército, lo sigue de cerca en esta prueba que evidenciará preparación profesional, disciplina, cultura, moral y corrección. Se nos ofrece la oportunidad de demostrar que somos acreedores a la confianza que la Nación ha depositado en nosotros, para lo cual bastará que

persistamos en la honrosa tradición de nuestro ejército. Es obligación de todos y cada uno observar y hacer observar una conducta intachable, de modo que ni con el pensamiento se lesione a la población ni sus intereses. La propiedad privada debe ser respetada y para ello es necesario rodearla de seguridad, en forma que no sufra ni aun daños voluntarios, llevando al espíritu del soldado el convencimiento de que esto comporta un compromiso de honor, cuyo cumplimiento enaltecerá a todos por igual, elevando a la vez el prestigio del ejército de la Nación."

A esta orden general, se unió la salutación al Ejército enviada por el gobernador de la provincia de Córdoba, doctor Cárcano, dirigida al general Uriburu, que reproducimos enseguida:

"Tengo el agrado de saludar al Señor Comandante de las fuerzas nacionales, general Uriburu, al llegar a la provincia para ponerse al frente de sus tropas en ejercicio de maniobras. Me complazco mucho en expresar, con este motivo el respeto y la simpatía que el pueblo y el gobierno de Córdoba profesan a las instituciones armadas de la Nación, y cumplo con el deber de ofrecer la decidida cooperación de mi gobierno, y ordeno al efecto al Señor Jefe Político que se ponga a disposición del Señor General."

Representación de la prensa en la campaña

Tal vez para ensayar una concentración de la prensa nacional o con el propósito de establecer un control periodístico lo más amplio posible en estas maniobras, una de las mayores preocupaciones del Ministro de Guerra al organizar aquéllas, fué el de dar las facilidades necesarias a los diarios de todo el país, para que pudieran seguir cómodamente las ejercitaciones.



El Ministro de Guerra y el Inspector General del Ejército.

Ello trajo como consecuencia una amplia información previa y una concurrencia de enviados especiales y repórters gráficos nunca vista en ejercicios de esta naturaleza, al mismo tiempo que se estableció una sección informativa del Estado Mayor para atender a esos nuevos servicios. Pudo así presenciarse el grato espectáculo de que cerca de 15 periodistas y otros tantos fotógrafos, incorporados al cuartel general, siguieron con éste, día por día, todos los movimientos, marchas y combates del Ejército en campaña.

Adscriptos todos al personal militar tenían sus carpas, caballos, asistentes y servicio de mesa, al igual de los jefes, gozando de la mayor libertad para el desempeño de su misión.

Representaban a los distintos diarios en dicho campamento, los siguientes enviados especiales:

"La Prensa", Angel Pérez Franco y fotógrafo Joaquín Donoso; "La Nación", Félix F. Storni y fotógrafo Domingo Bronzini; "La Razón", Luis Pozzo Ardizi y fotógrafo José Amorós; "El Diario", José de Aguilar; "La Capital", de Rosario, José Sugasti; "Los Principios", de Córdoba, Pedro Dutari, José Spanoghe, Luis Martínez y fotógrafo Andrés Herrera; "Caras y Caretas", repórter gráfico Arroyo; "La Voz del Interior", Luis Baralsar; "Crítica", Ernesto de la Fuente, Enrique González Tuñón y fotógrafo Hércules Capellano y por la prensa montevideana, el señor Rodríguez Herrero. Además coadyuvaron en las tareas de los anteriores, entre otros, los señores doctor Víctor Rodríguez, corresponsal de "La Nación" en Río IV; Pedro Balbuena, corresponsal de "La Nación" en Córdoba y Eduardo S. Martín, corresponsal de "La Prensa" en Córdoba.



Un soldado entregando un parte en el campamento general.



Cómo fueron preparadas las maniobras

A la reorganización del Ejército bajo su cuadro táctico moderno actual y la obtención de la ley de armamentos del Congreso, que pondrá a la institución armada dentro de poco, en un pie de organización excelente, el Ministro de Guerra puede agregar este nuevo acierto con las maniobras de Córdoba, realizadas en la forma más perfecta en lo que se refiere a la salud de las tropas en campaña, al aprovechamiento por el cuerpo de oficiales y a la preparación de los transportes y servicios de las unidades.

Adoptados los nuevos reglamentos tácticos, como consecuencia de las experiencias de la última guerra, y cuando aun carecía el Ejército del material moderno apropiado que era necesario para su nuevo encuadramiento, fué una idea constante del general Justo, en la que lo acompañaban el Inspector General del Ejército y el Estado Mayor, realizar maniobras de cierto vuelo para probar los nuevos reglamentos y la eficacia de los transportes, tanto más cuanto que, como se sabe, desde las ejercitaciones de Entre Ríos en 1914, con los viejos reglamentos, no se había realizado ninguna concentración, ni ejercicios de importancia que diera ocasión para la práctica del alto comando.

Ya el año anterior se planearon maniobras de cierta categoría en el Tandil, las que, al punto de iniciarse la concentración de las tropas, hubieron de suspenderse a causa de la escasez de los recursos para el pago de los transportes y la carencia de algunos de los elementos indispensables en la zona elegida, lo que trajo un cierto desencanto entre el cuerpo de oficiales, siempre dispuestos al trabajo, sobre todo al de campaña, y a los que puedan dar unidad a las prácticas militares y propender al progreso de la institución armada. Dadas esas circunstancias, no es de extrañar que los empeños del general Justo para que esta vez sus gestiones tuvieran éxito

y se realizaran las maniobras, encontraran buena acogida en el Ejército y fueran tan ampliamente auspiciadas por la prensa en general la que, siempre patrióticamente, ha indicado la necesidad de que la institución armada tenga ocasión, en evoluciones anuales, de poner a prueba las condiciones de mando de sus oficiales y la eficiencia de sus servicios logísticos.

En esa forma y con tales entusiasmos, se fueron salvando las dificultades de dinero, las de los transportes ferroviarios, que en estos casos son los más engorrosos y los que mayor cantidad de dinero insumen, constituyéndose con las distintas divisiones el ejército de maniobras, con unidades y organismos que no existían y que eran necesarios en este caso; se remontaron las unidades casi al pie de guerra, se adquirieron vehículos y caballos, y, finalmente, el 15 de octubre las tropas empezaron a concentrarse sobre las estaciones Almafuerte, Modesto Acuña y Berrotarán, para formar en medio de las sierras cordobesas de Calamuchita, los tres núcleos principales de maniobras, o sean los destacamentos.

Seguramente, el pueblo y la opinión pública en general, miraron con cierta sorpresa, no exenta de complacencia, la audacia y rapidez del concepto de las autoridades militares, al poner en el centro de la República en muy pocos días un ejército formado con un espléndido contingente de cerca de 14.000 hombres y 8.000 caballos, con todos sus servicios y que lo hacían sin interrumpir en lo más mínimo el tráfico ferroviario, no obstante venir las unidades de todas las regiones del país. Y la preocupación del Ministro de Guerra al preparar estas maniobras, para que nada faltara a fin de que las tropas mantuvieran su alto espíritu y la corrección que caracteriza a la institución armada, se unió a la del pueblo de Córdoba que se aprestó a recibir complacido a ese ejército y a sus autoridades, del gobernador abajo, sin perder ocasión de hacer llegar a las autoridades militares, su complacencia por el comportamiento de aquéllas, durante su permanencia en el territorio de la provincia.



El Ministro de Guerra dirigiéndose a visitar las tropas.
En el fondo el campamento de la dirección de las maniobras.

Visita del Ministro de Guerra

Finalmente, cuando las tropas estuvieron en los tres campamentos, en las márgenes del Río III, el destacamento azul; en la estancia Los Cóndores, el colorado, y en el Río de los Sauces, el verde, el Ministro de Guerra, acompañado por su secretario el mayor José M. Sarobe y sus ayudantes de campo, los mayores José M. Ruda y Santos V. Rossi, se trasladó a la zona de maniobras para inspeccionar a las tropas y asistir a los primeros ejercicios de destacamento. El general Justo, que había presidido la organización de las maniobras, no quería dejar al azar ningún detalle que pudiera hacer malograr su éxito o hacer peligrar el buen estado de las fuerzas, y sobre todo, soldado de temperamento y de corazón quería vivir con aquéllas, sentir el ritmo del Ejército en campaña, pulsar con el conscripto, el temple, la energía de ese gran esfuerzo colectivo que iba a dar la pauta exacta de la eficiencia del hombre-soldado y del material utilizado.

El 20 de octubre, llegó el general Justo a Berrotarán y de allí se trasladó en automóvil, a la sierra de los Cóndores, donde visitó el destacamento colorado, recorriendo todo el campamento, acompañado por el jefe del mismo, general Martín Rodríguez. El Ministro se enteró minuciosamente del estado de las tropas, inspeccionó todos los vivaques, recorrió las carpas y conversó con los jefes, oficiales y conscriptos, indagando sobre el estado de su salud, la vivienda, comida, descansos, etc., exhortando a todo el mundo a mantener el mejor espíritu y corrección durante la campaña.

Desde su llegada, el general Justo vivió la vida de las tropas, rehusando los alojamientos en las casas que se le ofrecieron, pues, según lo expresó, deseaba estar al lado del Ejército, levantando su tienda de campaña en el campamento de la dirección de maniobras, en Cañada de Alvarez y asistiendo, siempre a caballo, a todos los ejercicios de las tropas.

Si esta primer visita del general Justo fué para el personal y los servicios de abastecimiento del Ejército, el segundo día de su estada, lo dedicó a los parques sanitarios, para enterarse de cómo se atendía la sanidad militar en los hospitales de etapas a las tropas en campaña. El 22, desde las 6 de la mañana, el Ministro estuvo en constante actividad entre las sierras, no volviendo para almorzar a su alojamiento, sino que hizo una sola comida a las 22 horas. Terminado el ejercicio del día, entre los destacamentos azul y verde, el Ministro, acompañado por el general Vacarezza y sus ayudantes de campo, se trasladó a La Cruz, donde estaba instalado el gran hospital de evacuación de etapas número 2. Lo acompañaba también el doctor Neocles Ragusín, adscripto a la dirección general de maniobras, como jefe de los servicios sanitarios en campaña y se encontró en ese punto con todo el personal de sanidad que formaba el cuerpo técnico del hospital, y el doctor Mendilaharzu, cirujano de la armada, del personal de observación destacado por el Ministerio de Marina para seguir las maniobras en lo que respecta a esos servicios.

En verdad, no podía haberse elegido un sitio más apropiado para establecer ese hospital, levantado en las altas barrancas del río de La Cruz, en un punto en que corrían las aguas abundantes y tranquilas, sombreadas las orillas por frondosos sauces que bajaban sus ramajes sobre arenas doradas como las que se ven en las orillas del mar. El hospital estaba instalado en grandes carpas y tenía todos sus servicios y consultorios como atender a muchos enfermos de urgencia. Con esa minuciosidad que lo distingue en sus inspecciones, el general Justo quiso verlo y conocerlo todo, empezando por los conscriptos enfermos y hospitalizados, a los que preguntó por su estado y si eran atendidos bien. Inspeccionó después el material e instrumental sanitario, los consultorios; quiso ver el stock de medicamentos y conocer la antigüedad de los sueros, subió a un tanque de agua para observar su limpieza interior, inspeccionó a la compañía de camilleros y personal afectado al hospital y entró sin hesitación



El general Uriburu con un grupo de jefes de la Dirección de Maniobras.

en la carpa de los enfermos infecciosos, donde había atacados de parotiditis y gripe, comprobando que sólo habían pasado por el hospital 30 enfermos atacados de dolencias comunes o accidentes.

Si llegaba algún enfermo grave, se le evacuaba al hospital divisional de Córdoba, adonde fueron durante todo el período de maniobras 2 oficiales y 21 soldados. Antes de retirarse, después de su severa inspección, el Ministro, como es usual en él después de cumplidos los deberes de su cargo, volvió a su carácter expansivo, conversando con los cirujanos y demás personal del hospital, con los que insistió al retirarse, en que no se economizara nada para atender la salud de las tropas, debiendo solicitarse cualquier elemento sanitario que fuera menester con ese objeto.

No paró allí la actividad del general Justo, pues de regreso de esa visita, se dirigió al campamento del destacamento azul, que acababa de instalarse allí cerca, después del ejercicio realizado con el verde. Allí fué dado comprobar la adaptabilidad de nuestros soldados para la vida de campaña, pues no obstante hacer poquísimo tiempo que esas tropas habían terminado sus trabajos a muchas leguas de distancia, ya estaban las carpas armadas y el vivaque daba esa nota de color y de vida que se advertía en todos los campamentos militares de Córdoba, viéndose el chisporrotear de los fogones y el circular del mate o las tazas del sabroso té de "poleyo", tan popular en la región.

Recibido por el jefe de esas fuerzas, el general Ricardo Solá, el Ministro recorrió el campamento y se interesó por todos los detalles relacionados con las tropas o los ejercicios del día, principalmente por el desempeño de la artillería de grueso calibre, afectada a este destacamento.

El concurso de Córdoba

De regreso al campamento de la dirección de maniobras, en Cañada de Alvarez, el Ministro de Guerra recibió una co-

pia del siguiente decreto, expedido por el gobierno de Córdoba:

"Considerando: que el 10 de noviembre próximo deben llegar a esta ciudad tropas del ejército nacional que se hallan realizando ejercicios de maniobras en el territorio de la provincia.

"En estas circunstancias, el gobierno y el pueblo de Córdoba están en el deber de rendir un homenaje de respeto y adhesión a que son acreedoras las instituciones armadas del país.

"Como esta actitud constituye, además, un sentimiento y anhelo público, el gobernador de la provincia decreta:

"Nómbrase una comisión para organizar y dirigir la recepción de las tropas del ejército nacional a su regreso del campo de maniobras.

"Invitar al Intendente Municipal, obispos y cabildo eclesiástico a prestar su adhesión y concurso a la demostración popular que se proyecta.

"Invitar igualmente a adherirse a todos los círculos y asociaciones existentes en esta ciudad.

"Todas las reparticiones de la provincia prestarán el concurso que les fuera solicitado por la comisión popular."

Los servicios generales

Al día siguiente el Ministro de Guerra y sus acompañantes, con una idea exacta aquél de la forma cómo se iban desarrollando las maniobras, regresaron a Buenos Aires, para volver a las Sierras de Córdoba, 8 días después y asistir a los ejercicios de división y gran parada, revista y desfile del Ejército de maniobras, en la capital de la provincia, de cuya segunda visita nos ocuparemos más adelante.

Otro de los grandes beneficios que ha obtenido el Ejército con las maniobras iniciadas en la sierra de los Cóndores, fué el de poner a prueba todos los servicios de un ejército en

campaña, al par que se hacía una confrontación de las cualidades de nuestros conscriptos de las diversas regiones del territorio nacional y en las distintas armas y servicios auxiliares.

Reunidas en medio de las sierras del centro de la República las tres cuartas partes del efectivo de aquél, en el que figuraban soldados de las 14 provincias y los distintos territorios, el Estado Mayor, teniendo a la mano todos los elementos de prueba, pudo estudiar ampliamente el problema del personal combatiente y auxiliar, el rendimiento del ganado y de los medios mecánicos de transporte y, lo que es importantísimo para la defensa nacional, la capacidad del personal y del material de los servicios auxiliares de intendencia, sanidad, remonta, arsenales de guerra, aviación, y demás que se relacionan con la subsistencia de las tropas en campaña.

Desde luego, a los efectos del servicio militar, todos los argentinos son iguales ante la ley y la instrucción guerrera que se les dá en las filas. Pero, es indudable que apenas se sale a campaña y se agrupan las tropas de las distintas regiones, las características salientes de cada una de ellas se ponen de inmediato de manifiesto, lo que da ocasión para que un jefe u oficial inteligente, saque provecho de ellas estimulando el amor propio de su propia unidad con amables comparaciones del espíritu de disciplina, resistencia, etc., de las otras, que fué precisamente lo que sucedió en estas ejercitaciones.

Los regimientos de la Capital de la República, por ejemplo, tan difíciles de manejar en Buenos Aires por la vivacidad e inteligencia de los conscriptos, apenas fuera de la capital se adaptan maravillosamente a la vida de campaña y a todas las fatigas de las marchas y combates, cuando han alcanzado un pleno entrenamiento. Esas tropas adiestradas para el combate de llanura, cuando tuvieron que actuar en terreno de baja montaña como son las características de las sierras de Calamuchita, se encontraron algo fatigados y desconcertados en los primeros días, siendo sobrepasados por los conscriptos norteños, acostumbrados a actuar en la alta montaña.

Pero, esto duró pocos días, pues cuando los porteños y los del litoral se acostumbraron a las sierras, competían gallardamente con los santiagueños, jujeños, cordobeses, catamarqueños y salteños, haciendo, al par de ellos, marchas hasta de 50 kilómetros, estimulados en su amor propio por sus oficiales, hasta que en las marchas de guerra finales, pidieron ser puestos a la cabeza de la división de ejército que marchó hacia Córdoba, "para hacerle sacar la lengua a los norteños", según dijeron, recordando las primeras marchas en que las tropas de montaña los aventajaron.

Era, como se ve, una noble y patriótica emulación, en las que todas las energías físicas y morales de los soldados, se ponían a contribución para dar la más alta nota en la dura prueba a que fueron sometidos todos, de general a conscripto, para pulsar el temple del ejército.

Intendencia

Desde que se planearon las maniobras, la Dirección General Administrativa, a cargo del general de brigada José Marcilese tuvo a su cargo como es natural, la pesada carga de los abastecimientos del ejército en campaña, organizando, desde entonces, un admirable servicio de etapas que respondió en todo momento, a las necesidades de las tropas, no obstante algunos cambios bruscos de itinerario para la instalación de los campamentos, debido a acontecimientos imprevistos, tales como la crecida de los ríos, que obligó en más de una oportunidad, a adelantar la partida de los grandes núcleos de tropas.

Se creó entonces y funcionó por primera vez en nuestro país, el cargo de cuartelmaestre general del ejército en campaña, desempeñado por el teniente coronel Esteverena, quien ejerció la superintendencia de todo lo que se relacionaba con ese punto. Teniendo en cuenta los planes de concentración y los puntos en que acamparían los distintos destacamentos de maniobras, se estableció una red de etapas de servicios ad-



Un campamento entre las sierras.

ministrativos que se iniciaba en Córdoba con la estación reguladora y depósito principal de etapas que se extendía, con sus depósitos, por toda la región de las sierras por donde debían pasar o acampar las tropas en sus diversas marchas o ejercicios por la región de maniobras. Los jefes de administración más caracterizados, los oficiales y hasta los mismos alumnos de la novel escuela de administración, fueron destacados en esos puntos y trabajaron con ahinco, llenos de entusiasmo, para que el ejército no careciera de ninguno de los elementos de subsistencia.

Se organizó igualmente, como un ensayo que dió el mejor resultado, las estaciones de comida, al igual de las que funcionaron en el ejército alemán en el momento de la movilización para la última guerra. Por medio de este servicio, las tropas que se concentraban o desconcentraban, encontraban en los puntos principales de llegada, después de largas horas de embarque en ferrocarril o marchas, comida caliente, que consistía en sopa, carne y café caliente, todo en abundancia.

Para la provisión de carne de la inmensa masa de maniobra, la dirección administrativa requirió los servicios de una empresa local, y, según los informes que conocemos al respecto, la provisión se efectuó, en todo momento, en la forma más correcta, recibiendo las tropas carne de la mejor calidad. Para esto, los proveedores instalaron sus playas de matanza al lado de cada uno de los puestos de subsistencias de la intendencia de guerra, bajo la dirección de la subintendencia de la cuarta división de ejército, efectuándose diariamente el faenamiento de las reses, las que, con la anticipación necesaria, eran remitidas a cada uno de esos puntos.

Cada día, se mataban unos sesenta vacunos, los que rendían alrededor de 9.500 kilos de carne, que los cuerpos enviaban a recoger con sus carros de bagaje. En esa forma y de acuerdo con las órdenes del comando, se entregaba cada día y a cada soldado 800 gramos de carne, cantidad que, según manifestaciones de algunos jefes de cuerpo, era más que suficiente para la alimentación del soldado. Según cálculos aproximados,

se han faenado hasta el final de las maniobras unos 2.000 animales y, podemos asegurarlo, en ningún cuerpo y en ocasión alguna, las tropas en campaña carecieron de sus comidas reglamentarias.

Si hubo algunas quejas a este respecto, las investigaciones que se hicieron, comprobaron que fueron infundadas, pues los soldados de nada carecieron y si en los días de ejercicios, después de la primera comida de la mañana, no se comía hasta la noche por encontrarse siempre los cuerpos en ejercicio, antes de salir cada soldado recibía una abundante ración fría y pan, práctica que era igual para todos, de general abajo, incluso los representantes de la prensa en campaña, pues no era posible hacer el rancho durante las horas de maniobras, a no ser que estuviera en posición de espera por largas horas, en los ejercicios combinados diurnos y nocturnos.

En cambio, los días de descanso que seguían al de actividad, se hacían las dos comidas regulares, con su desayuno a la diana.

Sanidad

Preocupadas las autoridades militares principalmente en la salud y alimentación de las tropas en campaña, además de los servicios administrativos, se dispuso el establecimiento, en la zona de maniobras, de un servicio de sanidad de etapas, que comenzaba en el hospital divisional de Córdoba, habilitado como hospital principal de etapas y depósito de sanidad, y se extendía por toda la región de maniobras, con su gran hospital de evacuación de etapas en Los Sauces y el de la misma categoría en La Cruz. Además, se establecieron en diversos puntos estratégicos enfermerías de cabecera de etapas, indicándose como estaciones de embarque para los enfermos que había que evacuar, a las estaciones de Elena, para el hospital de Los Sauces, y Almafuerte, para el de La Cruz. Los



Durante el rancho en el Campamento.

dos hospitales aludidos tenían un personal de cirujanos militares bien seleccionado y contaban con todos los servicios requeridos por un ejército en campaña, en tal forma, que hasta prestaron asistencia, durante su establecimiento allí en La Cruz y Los Sauces a la población civil.

Como un contralor de estos servicios, el director general de sanidad, general asimilado Julio S. Garino, inspeccionó en diversas ocasiones los diversos hospitales de campo permaneciendo en la región de maniobras durante todo el tiempo que duraron éstas.

El Ministro de Guerra, después de terminar el primer ejercicio de destacamento, visitó detenidamente el hospital de La Cruz, en la forma minuciosa como él realiza estas visitas sobre la cual nos ocupamos anteriormente.

Grato es dejar constancia que nunca fué más perfecto el estado sanitario del ejército, como en estas ejercitaciones. Sea que la región se presentara a mantener ese estado de cosas o que se hubieran extremado las medidas en ese sentido, el caso es que durante toda la campaña, sólo se constataron dos muertes en un total de 14.000 hombres—la de un conscripto que se ahogó por imprudencia mientras se bañaba y la de un operario militar que se cayó de un camión mientras estaba en marcha, falleciendo como consecuencia del golpe.

En cuanto a enfermos, hubo algunos contusos, dos que sufrieron quemaduras mientras guiaban un camión militar, un oficial aviador que se llevó por delante un alambrado en una mala maniobra y varios atacados de parotiditis y otras enfermedades infecciosas, que fueron evacuadas al hospital divisional de Córdoba y que se repusieron rápidamente.

Con respecto al resto del ejército en campaña, el aire puro y balsámico de las sierras, la buena alimentación y los ejercicios metódicos, dieron como resultado un notable mejoramiento físico de todos los conscriptos, no obstante las duras fatigas a que fueron sometidos, con marchas tácticas que, en ciertas ocasiones, llegaron hasta los 50 y 60 kilómetros en caminos empinados, bajo un sol, que a las 9 de la mañana, caía

ardentísimo sobre las mesetas o los valles con escasas arboledas que reguardaran de sus rigores.

Recordamos, por ejemplo, que en esas circunstancias, seguimos con uno de los grandes destacamentos desde San Ignacio hasta las cercanías de Potrero de Garay, causándonos admiración la resistencia de las tropas, las que marchaban, bajo un sol de fuego, por una planicie, con la mayor desenvoltura, atravesando, por esa región, una pampa pelada en una extensión de 10 kilómetros, sin ningún rezagado, cargados los soldados con todo su equipo de campaña y con el mejor espíritu y buen humor, no obstante carecerse de agua por un buen trecho. Bien es cierto que los jefes y oficiales dando un ejemplo a sus tropas, al atravesar ese páramo que ardía como una fragua, desmontaron de sus cabalgaduras y siguieron a pie al lado de sus conscriptos.

El aprovisionamiento de municiones para los ejercicios y de reparaciones para el material, fué organizado por la dirección general de arsenales, quien delegó, con ese objeto, al teniente coronel Domingo J. Porta, trasladándose también a la región de maniobras en distintas ocasiones, el director de arsenales general Nicasio Ádalid, para inspeccionar esos servicios.

Como en los demás, la dirección aludida hizo funcionar estaciones terminales de tráfico militar y depósitos secundarios de etapas en las estaciones Modesto Acuña y Berrotarán, así como un taller fijo de reparaciones en La Cruz, para vehículos a tracción mecánica y a tracción animal, y un depósito de municiones, al que se le llamó Arsenal de Etapas número 1. Un depósito idéntico y un taller móvil de reparaciones fué instalado en Los Sauces, a los que se agregaron depósitos secundarios en Córdoba, José de la Quintana, Almafuerte, Modesto Acuña y Berrotarán.

Si hemos de juzgar por el consumo permanente y metódico de municiones de artillería, ametralladoras, mauser, y demás armas, hecho durante los ejercicios y la rapidéz con que se atendía a las reparaciones del material inutilizado durante la

misma, debemos reconocer que el servicio de arsenales respondió ampliamente a lo que se le exigió y que dejó un gran margen de enseñanzas para el porvenir, que es lo que busca principalmente en estas ejercitaciones.

Remonta

Antes de iniciarse la concentración de las tropas y cuando se estaba organizando las unidades de maniobras, el Ministerio de Guerra se preocupó en dotar a ese ejército del ganado necesario, no solamente para remontar algunos cuerpos montados casi al pie de guerra, como era su propósito, sino también para reponer las bajas que pudieran ocurrir en campaña. Fué así que la dirección de Remonta, a cargo del coronel Fauché, adquirió un buen lote de caballos y mulas desde el primer momento, con los que se formó un depósito y enfermería de ganado, los que fueron agregados a la cabeza de etapa número 3, encargada de atender todos los servicios que le fueran solicitados, para los caballos y mulas que se enfermaran, inutilizaran o murieran. En esa ocasión, la dirección de Remonta adquirió unos 500 caballos y mulas.

Además, el coronel Fauché, terminadas sus gestiones para las adquisiciones de ese ganado, se estableció en la región de las maniobras, para vigilar de cerca esos servicios, los que respondieron en todo momento a las necesidades del ejército en campaña, organizando, al mismo tiempo, un servicio de veterinarios para evitar la enfermedad o muerte de ganado.

Correos y Telégrafos

Otros de los nuevos organismos creados en estas maniobras fué el de correo militar en campaña, el que funcionó en el cuartel general de la dirección general de maniobras, bajo la jefatura del capitán Juan Canzani con personal de la di-

rección general de correos y telégrafos de la Nación. Dado que estaban en campaña unos 14.000 hombres y que había que atender el nutrido servicio telegráfico informativo de la prensa nacional representada por varios enviados especiales que transmitían diariamente miles de palabras, ese ensayo, si no dió todos los resultados que se esperan de él, permitió hacer un estudio práctico y detenido del asunto, el que estamos seguro, habrá acarreado un caudal de experiencias para el porvenir a las autoridades militares.

Con más sólida organización, mayor personal y elementos de transporte de correspondencia, y teniendo aparatos telegráficos perfeccionados de mayor rendimiento, en las próximas maniobras que se organicen o movilización de nuestro ejército, el correo de campaña ideado por las autoridades militares para este caso, será un organismo de gran utilidad para el ejército, la prensa nacional y el pueblo entero de la República, pues se establecerá, por su intermedio, el lazo de unión indispensable entre la nación civil y su ejército en operaciones, en una inteligencia rápida y armónica, que constituye el desiderátum de la cooperación nacional.

"Una gran manifestación que se impone"

De "Los Principios"

"Elegida nuestra provincia, por su situación geográfica en el centro de la república y por las ventajas de la topografía de su montaña, que ofrece singularidades esencialmente útiles para efectuar una campaña de táctica y adiestramiento, se han iniciado y se intensificarán en los días venideros, las grandes maniobras militares que reunen a todas las unidades del ejército nacional, representadas en las sierras de Calamuchita.

"Mucho más que una simple reunión de soldados y de jefes, congregados con una finalidad de adiestramiento y de ilustración, representa el enorme campamento que vivaquea ya en estos momentos adyacente a la Cumbre Grande.

"Llegadas sus unidades desde los extremos del país, simbolizan legítimamente la cohesión y el cariño del pueblo argenitno, el vigor de la patria, el sentimiento de cohesión nacional, el celo por la integridad de su territorio, la inteligencia y la bizarría de jefes y soldados, y el entusiasmo con que pasa por los cuarteles otra generación que será de seguro solamente fecunda en la paz, pero que en caso de un conflicto armado, sabrá regar con su sangre, como sabe ahora regar con su sudor, los campos abiertos al trabajo fecundo.

"Después de un mes de trabajo intenso, la enorme columna se pondrá en marcha hacia nuestra capital, y, por primera vez; una ciudad argentina presenciará íntegramente el desfile de la mayor parte del ejército argentino, y podrá reconfortarse con el espectáculo de su marcialidad y de su espíritu militar.

"Estamos seguros de que en ocasión de la brevísima estada de los cuerpos, el pueblo de Córdoba, que es intensamente patriota y enamorado de sus glorias, demostrará de manera inconfundible su cariño a los jefes y soldados. Para ello, así aislado, no sería suficiente como manifestación integral de la ciudad. Se impone de parte de ella una expresión grandiosa, en que deben intervenir nativos y extranjeros, los segundos con la sinceridad y el ardor con que se adhieren a todas las manifestaciones nacionalistas.

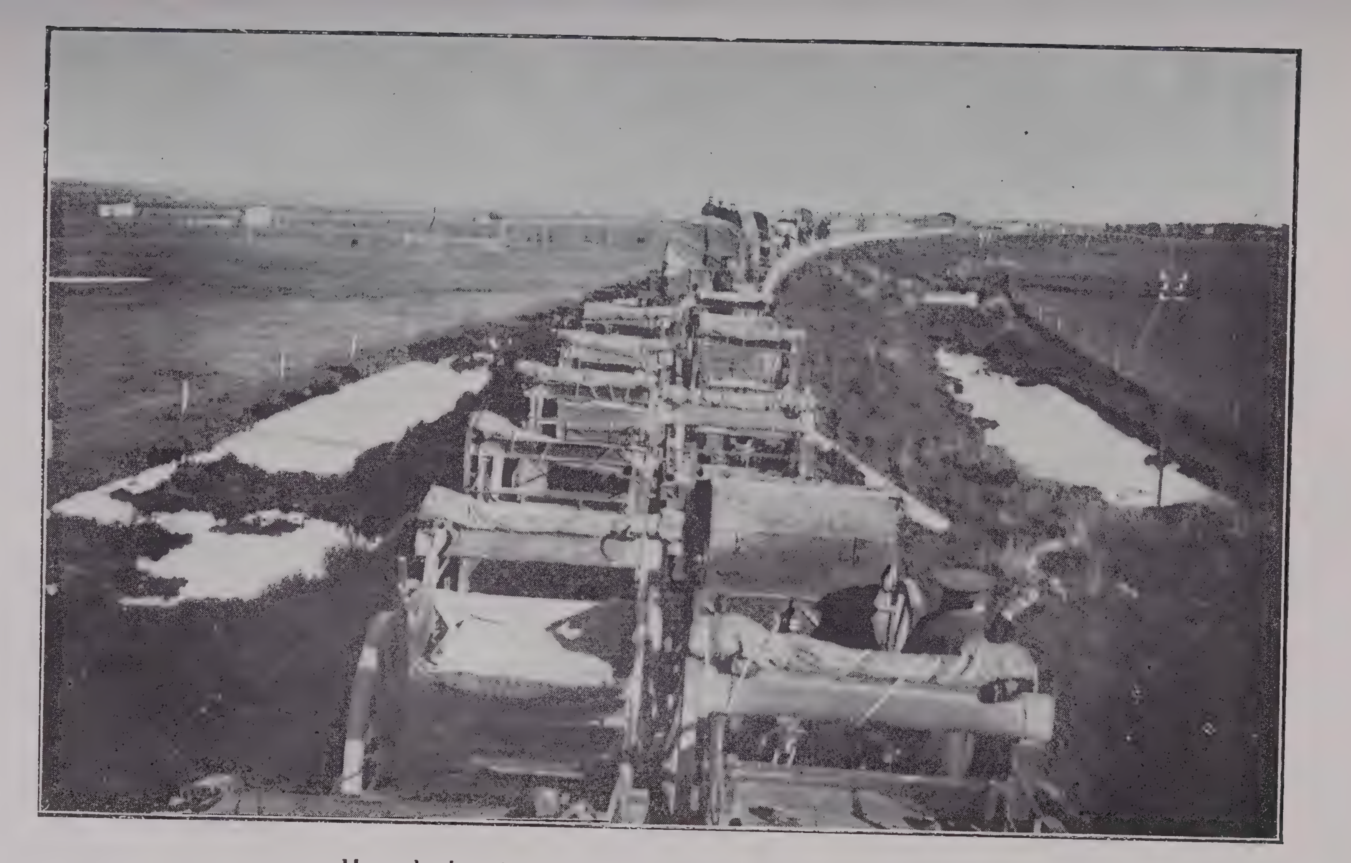
"Corresponde organizar està enorme recepción a las asociaciones y patrióticas, culturales, nacionalistas y aun sociales.

"Tan vasto es el campo del homenaje, que para todas, aun trabajando cada una con entusiasmo máximo, hay programa sobrado. Recibimiento a la llegada, con flores y vivas, obsequios à los soldados, fiestas públicas a su honor, y la expresión viva y ardiente de un cariño fraternal, tal puede ser el resultado de aunar esfuerzos comunes entre todas las entidades cordobesas.

"Podía, además, cada centro agasajar a una columna o a un destacamento, y declararlo su huésped propio durante las pocas horas de su estada.

"Así los jóvenes conscriptos y sus brillantes jefes llevarían un recuerdo gratísimo de la notable campaña: el de la admiración y patriotismo del pueblo de Córdoba, el de su hospitalidad y gentileza, la convicción de que es legítimamente el corazón nacional, en el cual laten con la fuerza del noble músculo generatriz, los anhelos nacionales, el grande, el puro y el fuerte sentimiento de la patria nimbada de gloria que nos legaron los padres inmortales, que escribieron con sus espadas la epopeya de América."

19 de octubre de 1925.



Uno de los trenes de tropas de comunicaciones.



Los primeros ejercicios



Un convoy en marcha.

Octubre 20.

El 18 de octubre, todo se encontraba listo para iniciar las maniobras de destacamentos, notándose una gran actividad en todos los campamentos, la que repercutía, como es natural, en el cuartel general de Cañada de Alvarez, ligado telegráfica y telefónicamente por las tropas de comunicaciones con todos los comandos y vivaques. Pero si el interés y entusiasmo por la iniciación de los trabajos era evidente, no lo era menos la expectativa que el mal tiempo reinante había puesto en todos los espíritus. En efecto: desde el día anterior llovía a intervalos, rodando sobre las sierras nubes llenas de humedad que limitaban el horizonte y que, al descargarse sobre los caminos y campamentos, amenazaba ponerlos intransitables. En tal forma se presentaban las cosas, que llegó el momento que se insinuó en los espíritus la visión de las maniobras de otoño de Entre Ríos de 1914 y las perspectivas de inconvenientes en el desarrollo de las mismas.

Afortunadamente, el 20, día del primer ejercicio o marcha de guerra, el tiempo ofreció mejores perspectivas y, aunque continuaban los nublados y cerrazones, las lluvias cesaron casi por completo, lo que hizo que renaciera el buen humor de todo el mundo. Desde la noche anterior se impartieron las órdenes por el cuartel general, resolviéndose que las maniobras se iniciarían ese día 20, a primera hora, con las marchas de aproximación de los destacamentos que debían combatir, los que les daría ocasión a sus respectivos comandos para coordinar en las marchas todas las armas y servicios y tener así en la mano a sus tropas en los primeros encuentros.

El destacamento colorado se puso en marcha desde su campamento de la sierra de los Cóndores el día indicado, a las

5 horas hacia el oeste del pueblo de La Cruz, llevando una situación de guerra que lo colocaba como guardaflanco derecho de sus fuerzas principales, en avance contra un enemigo situado en la línea de la estancia Elena y río de Los Sauces. Era ésta, como se vé, una marcha de guerra, como lo era igualmente del destacamento verde, su contrario, que estaba al mando del coronel Félix M. Toledo. Aquél, era dirigido por el coronel Morales Bustamante y mandado por el teniente coronel Juan Beverina.

El destacamento verde, por su parte, marchó el mismo día desde Berrotarán hacia el río de Los Sauces, pernoctó allí el 20 y 21, poniéndose este último día en condiciones de cruzar el río y atacar a su contrario, el cual, realizada la marcha de aproximación, recibió la orden de avanzar desde La Cruz hacia el sur y atacar por el flanco a las fuerzas principales enemigas que se suponían con su ala al oeste apoyada en el río de Los Sauces.

El 21 por la mañana, terminadas las aludidas marchas de aproximación por ambos partidos colorado y verde, se inició, pues, el primer ejercicio de destacamento, en presencia del Ministro de Guerra, del director de maniobras general José F. Uriburu, los jefes del Estado Mayor coroneles Francisco Vélez y Guillermo Valotta y de un grupo numeroso de jefes y oficiales adscriptos con diversos cargos en la dirección de maniobras. Fué, en verdad un hermosísimo espectáculo el que ofreció entonces el Ejército en la plena actividad de su trabajo inicial de campaña. Primero, el desfile de las tropas de ambos destacamentos, encolumnadas con todas sus armas y servicios y sus soldados marchando con todo su equipo de campaña, coronando las sierras o descendiendo por sus laderas hacia los valles, a la espera del desdoblamiento táctico y el combate; después, el desfile por los caminos de grupos de jefes y oficiales, automóviles y camiones, rumbo hacia el punto probable en que debían encontrarse los dos destacamentos, tras de las escaramuzas iniciales, para librar el combate principal en ese terreno desconocido.



Infantería en marcha para tomar posiciones.—Sol y barro.

Los dos núcleos marcharon, desde La Cruz y río de Los Sauces, respectivamente, avanzando ambos con todas las precauciones reglamentarias, sabiendo que tenían fuerzas enemigas a su frente, con sus puntas de vanguardia y exploradores listos para descubrir las fuerzas avanzadas contrarias, teniendo, además, cada uno de los partidos, afectados dos aeroplanos de observación que, desde que se pusieron en movimiento las unidades, se les vió volar sobre las sierras, a varios kilómetros al frente de sus propias tropas, en cumplimiento de su misión.

El despliegue de las tropas, fué igualmente un espectáculo magnífico, abriéndose en abanico y tomando su dispositivo de combate ambos destacamentos apenas la observación constató la presencia del enemigo. A las 9, chocaron las vanguardias de ambas fuerzas en las alturas del arroyo Toledo, sosteniendo el primer encuentro el regimiento 2 de caballería con sus secciones de artillería y ametralladoras que avanzaban para ocupar las alturas de una amplia serranía. En esta acción preparatoria del combate, pudieron apreciarse las buenas disposiciones tomadas por el jefe y segundo jefe de esa unidad, así como el adiestramiento del personal. Mientras se combatía, se vió tender al galope, sus líneas telefónicas a una distancia de 500 metros, para poner en comunicación a los distintos escuadrones empeñados en la acción, con el comando del regimiento.

Mientras se desarrollaban estos combates de vanguardia, ambos destacamentos terminaban su despliegue para el combate, el que se llevó a cabo de acuerdo con los reglamentos, tratándose después, por ambas partes, de ocupar las mejores posiciones, viéndose entonces a la infantería ir coronando poco a poco las alturas más convenientes para la defensa, apoyada por la artillería, las ametralladoras, los fusiles automáticos y la caballería.

Entre tanto se llevaba a cabo esta parte del ejercicio, ocurrió un interesante episodio, que tuvo su influencia en los acontecimientos que le siguieron. Consistió él en el camino

equivocado seguido por la vanguardia de la caballería adelantada, la que fué parcialmente destruída, debido a ese error, por el fuego de sus propias tropas, demostrándose con ello las dificultades que se presentan, en la realidad para la conducción de las unidades de combate en terreno desconocido, ofreciéndose con este episodio, un amplio margen de enseñanza futura para el comando de los colorados.

La caballería verde, más cauta en este sentido, teniendo por otra parte, un sólo camino de avance y el terreno despejado al frente pudo adelantarse sin reforzarse con las otras armas, llevando desde un principio una misión concreta de exploración táctica y el encubrimiento completo de sus fuerzas principales. Esta caballería, ya cerca de la adversaria, se abrió en un amplio frente, manteniendo en el centro a todas sus unidades de ametralladoras. Esta forma de combate de la caballería verde, contraria a la agrupación espesa o densa de la colorada, permitió a aquélla en más de una oportunidad, realizar interesantes sorpresas contra el dispositivo adversario.

Bajo la protección de la cortina de sus vanguardias, los dos destacamentos adversarios realizaron su desdoblamiento a distancias que variaron entre 9 y 10 kilómetros del contrario, eligiendo para ello hondonadas bien cubiertas de la vista del otro partido. Con todo, como debían acercarse para combatir y el terreno al frente se presentaba para ambos en forma de anfiteatro cuyas lomas dominantes estaban a 6 kilómetros unas de otras, se presentaron serias dificultades para los comandos, pues las infanterías estaban expuestas a ser batidas por una artillería oculta detrás de las alturas. Empezó entonces un trabajo de filtración de las distintas fracciones a través de las ondulaciones del terreno, viéndose claramente cómo la infantería de ambos partidos progresaban, primero, en columnas de hilera y de a uno, hasta fracciones de la cantidad de una sección. Este avance se completó con el desdoblamiento de esas pequeñas unidades, formándose así columnas y bandadas de tiradores, como lo indican los nuevos reglamentos tácticos, los que avanzaban por saltos simultáneos de



Puente sobre el río Santa Rosa (Córdoba).

cada agrupación o fracciones de la misma, aproximándose, en esa forma, a una distancia de 2.000 metros de la infantería contraria.

En tal momento, se hizo presente la acción de las ametralladoras y baterías de acompañamiento, estableciéndose una reñida lucha por el dominio del fuego, un partido para impedir el pasaje del arroyo Toledo y el contrario para defenderlo, asegurándose así una de sus márgenes.

El bando atacante, que lo era el verde, reguló sus movimientos después que se empeñaron las infanterías, haciéndose más lentos y sus avances netamente individual. Se hizo sentir entonces la acción de las armas automáticas y fusiles de los infantes, en una forma precipitada. Con todo, el conjunto de la acción resultaba tan vivaz, que daba la sensación del combate real. Los episodios se sucedían con tal rapidez y entusiasmo por parte de las tropas, que se pudo observar briosos asaltos de fracciones aisladas, choques violentos a la bayoneta, envolvimientos parciales que cortaban la simetría del cuadro calculado por las órdenes del comando, todo lo cual evidenciaron los desbordamientos que se producen por el ardor de la lucha y las iniciativas de los pequeños comandos.

Se combatió así, en algunos momentos río por medio, vadeando sucesivamente ambas infanterías el Toledo, para llevar ataques a la bayoneta. Las fases de este primer encuentro, resultaron de un interés visual e instructivo nunca alcanzado en anteriores ejercitaciones. Durante la lucha, se observaron episodios interesantes: un aeroplano del partido verde que descendió en observación a menos de 600 metros, fué declarado fuera de combate por los árbitros, por haber caído bajo el alcance de la artillería antiaérea; una sección de artillería, fué copada por una compañía de infantería enemiga que avanzó sin ser vista a través de una garganta; tropas verdes, cruzaron por un vado y atacaron a la bayoneta a una fuerza adversaria atrincherada en la otra orilla, librándose, además, diversos combates de infantería cubiertos los infantes tras

los cercos de piedra llamados "pircas", de donde sólo fueron desalojados por la acción de las baterías de acompañamiento.

Pudo observarse durante el combate, que la artillería de ambos lados mostraba una marcada tendencia a disimular sus emplazamientos de la vista del adversario, con excepción de una batería verde que se adelantó imprudentemente a descubierto para ocupar una altura dominada por la artillería contraria.

Ambos partidos, por lo demás, mostraron en su artillería una actividad encomiable, apoyando rítmicamente a las tropas que combatían a su frente.

Cuando los encuentros se hacían más frecuentes en toda la línea de combate, se tocó alto el fuego, llamándose a reunión de jefes para efectuar la crítica correspondiente al ejercicio que acababa de realizarse.

Habló primero, en presencia del Ministro de Guerra y demás concurrentes el director del ejercicio general Gil Juárez, siguiéndole en la consideración del tema resuelto, el director de maniobras general José Uriburu, haciendo ambos atinadas observaciones sobre las diversas fases del desarrollo del tema táctica que acababa de resolverse.

Terminada la crítica del día, el Ministro de Guerra hizo uso de la palabra, saludándose a las tropas y a los jefes presentes en su primer trabajo de la actual campaña, expresando sus deseos de que, para evitar fatigas inútiles a los conscriptos, apenas terminara su participación activa en cada ejercicio, se retiraran a sus campamentos a descansar. En cuanto a los oficiales, los exhortó para que trabajaran con el mayor entusiasmo, a fin de sacar de estas maniobras el mayor provecho para la instrucción del ejército, recompensando así al país por los sacrificios que éste hacía para su mejor preparación y eficiencia de su cuerpo de oficiales.

De regreso al campamento de la dirección general de maniobras, el general Justo visitó detenidamente aquél, deteniéndose a saludar en sus alojamientos a los representantes de la



Infantería en situación de espera.

prensa en campaña, en sus carpas, interesándose por su bienestar y en que tuvieran todo lo necesario para el desempeño de su misión periodística.

SEGUNDO EJERCICIO

Octubre 22.

Fué realizado el segundo ejercicio de destacamento, el día 22, con el mismo tiempo nublado del primero, pero con no menos entusiasmo por parte de los comandos y de las tropas. Más ágiles aquéllos en el manejo de las unidades después de la primera prueba y mejor entrenadas las segundas para las marchas y despliegues en el difícil vericueto de las sierras, los destacamentos azul y verde llegaron al encuentro con encomiable espíritu.

La acción se desenvolvió entre La Cruz y Cañada de Alvarez, estando la dirección del ejercicio a cargo del comandante de la 1ª división de ejército general Gil Juárez, al mando de las tropas azules el teniente coronel Juan Beverina y al de las verdes el coronel Félix M. Toledo. Los destacamentos se pusieron en marcha de sus respectivos campamentos de Río de los Sauces y La Cruz a las 6 de la mañana, teniendo la siguiente hipótesis de guerra.

El comandante de la división azul, en conocimiento de que una columna enemiga de las tres armas, de 8 kilómetros de largo, había franqueado el día anterior el río de Los Sauces y pasado al alojamiento entre la población del río aludido y el arroyo Las Lajas, con el fin de asegurarse el pasaje del río La Cruz, había reforzado su vanguardia, formando el destacamento azul. A éste le dió la misión de avanzar hasta Los Pozuelos, para proteger la construcción de dos puentes de guerra sobre el río de La Cruz, que serían utilizados por el grueso de sus tropas, después de medio día, debiendo salir estas fuerzas a las 6 para cumplir con su misión.

Por su parte, el destacamento verde debía, en vista que su división no había terminado aun la concentración de sus tropas, adelantarse para proteger aquélla y detener al enemigo hasta entonces.

Las fuerzas del destacamento verde se pusieron en marcha a la hora indicada, y las azules, después de cruzar por un vado el río de La Cruz, fueron a situarse en una posición adecuada para proteger a sus tropas mientras construían los dos puentes aludidos sobre el río, desplegándose para ir a ocupar una posición de flanco sobre una sierra.

El despliegue de estas tropas, después de pasar el pueblito de La Cruz, resultó para los espectadores un cuadro magnífico, pues pudo verse claramente, con la ayuda de los prismáticos, avanzar las columnas por un corto trecho por los caminos, en formación cerrada, por impedirle el despliegue unos campos sembrados que tenía sobre su izquierda, y abrirse después, salvado ese obstáculo, protegidas por su artillería cercana y el fuego de las piezas pesadas, emplazadas más atrás con tal objeto.

El destacamento verde, por su parte, que avanzaba resueltamente para trabar combate y detener al enemigo mientras se realizaba la concentración de sus tropas, impidiendo, al mismo tiempo, la construcción de los dos puentes que necesitaban los azules, se encontró a su paso con un profundo y peligroso desfiladero, por el cual tenían que pasar sus tropas encolumnadas, ofreciendo, a la salida, un blanco magnífico a la artillería enemiga, la que no dejaría de aprovecharlo. Afortunadamente, los terrenos cultivados que dificultaron el despliegue de los azules, hizo que pudieran los verdes sacar sus tropas y desplegarlas sin sufrir mucho el fuego enemigo, viéndose poco después, salvados por ambos adversarios sus propios inconvenientes, lanzar sus vanguardias abiertas, las que fueron coronando poco a poco las crestas de las sierras. Mientras tanto, se produjeron encuentros parciales de caballería, las que chocaron de inmediato, en cuyas acciones preliminares tuvieron que retirarse las azules, los que sólo habían uti-



Tropas de artillería al iniciar un cambio de posición.

lizado pequeños núcleos de esta arma, reservando sus regimientos intactos, ocultos en una hondonada, haciendo creer con ello que su masa de caballería había sido destruída totalmente.

Como lo hemos dicho anteriormnete, los azules tenían una batería de artillería pesada de cañones de 15, a la que, después de algún trabajo a causa de la pesadez de los caminos, hicieron avanzar y, en momento oportuno, empezaron a bombardear con ellas a las tropas verdes a medida que grandes núcleos de ellas aparecían fuera del desfiladero que tenían que atravesar en su avance. En esta forma, poco a poco el combate se fué haciendo general, produciéndose numerosos episodios y choques de infantería al arma blanca.

Llegó entonces la oportunidad esperada por el comando azul para hacer entrar en acción a su caballería, que sus contrarios creían haber destruído por completo en los encuentros preliminares y que sólo ocurrió con pequeños núcleos. Tenían a la mano, oculto en una hondonada, como lo hemos dicho anteriormente, al regimiento 4 de caballería al mando del mayor Fernández Lima, con el cual prepararon una desagradable sorpresa a sus adversarios.

Ese regimiento, tomó un camino de atajo que corría en un valle profundo, dió un gran rodeo y fué a caer de sorpresa sobre la retaguardia de los verdes, desorganizando sus formaciones y tomándole varias baterías de campaña y artillería a caballo, así como parte del bagaje.

Fué ésta una magnífica sorpresa, preparada y ejecutada hábilmente, episodio que hizo inclinar la solución de esta parte del tema del día a favor de las tropas azules, no obstante que sus contrarios, encerrados en un desfiladero, en concepto de los árbitros, se habían desempeñado con no menos habilidad, conduciendo las tropas y realizando el despliegue de éstas en la mejor forma posible, dentro de las circunstancias que se le presentaron y las dificultades que ofrecía el terreno para maniobrar.

Si la acción de la caballería azul fué eficaz, se hizo notar por la crítica que siguió al ejercicio, que su sorpresa sobre la retaguardia contraria fué sólo posible por la falta de una buena observación aérea, de la que carecían en esta ocasión ambos destacamentos, pues los aeroplanos no fueron utilizados en esta oportunidad debido a estar las nubes muy bajas, lo que hubiera obligado a los aviones a volar a menos de 400 metros para ver algo, altura peligrosa debido a las altas serranías y a la que los aparatos no hubieran podido escapar tampoco a la acción de la artillería antiaérea del adversario.

Cuando el choque de ambas fuerzas se había generalizado, se mandó hacer alto y se llamó a reunión de jefes y oficiales para hacer la crítica correspondiente, a la que asistió, como en el anterior ejercicio, el Ministro de Guerra, quien había seguido a caballo todo el desarrollo del tema.

Comenzó a analizar el trabajo ejecutado por ambos comandos el director del ejercicio, general Gil Juárez, quien indicó y comentó las diversas disposiciones tomadas por los jefes respectivos de destacamentos, coronel Félix M. Toledo y teniente coronel Juan Beverina, destacando los episodios en que habían estado acertados o desacertados en la conducción de sus tropas respectivas.

Habló después el director de maniobras, general José F. Uriburu, quien estuvo de acuerdo en que la acción de la caballería azul había sido eficaz al efectuar su ataque por sorpresa sobre la retaguardia enemiga, indicando, de paso, la necesidad de tener las tropas a la mano, pues había tenido ocasión de observar, dijo durante el desarrollo del combate, a fracciones que se empeñaban por sí mismas, sin orden alguna de sus jefes respectivos, llevadas tal vez por el ardor del encuentro, lo que debía siempre evitarse.

Durante su crtica, se refirió también de paso el general Uriburu, al desempeño de los árbitros, a los que recomendó el mayor celo en el desempeño de sus cargos, para dejar bien establecida la acción de los comandos y de las tropas, insistiendo



Marcha de una fracción de caballería.

igualmente, en que se utilizara en mayor escala a las tropas y medios de comunicaciones que se ponían a su disposición, elementos y tropas que, como se sabe, eran empleados por primera vez en esa forma amplia.

Una visita al campamento de aviación

Octubre 23.

Este día que estuvo por entero dedicado al descanso de las tropas que intervienen en las maniobras a fin de recuperar fuerzas, recorrer el vestuario y revisar los vastos y múltiples elementos que utilizan los soldados, lo destinaron los periodistas a recorrer los campos de maniobras.

Por otra parte el tiempo dejó de mostrarse reacio a los trabajos y el sol, que en la jornada anterior apenas brilló un instante, ahora en cambio ilumina profusamente toda la región, por más que el cielo sigue cubierto de nubes en una buena extensión.

De esta manera los caminos, especialmente los que corren por las sierras, se están secando rápidamente, y aunque el pasaje de los vehículos y de la infantería los ha deteriorado un poco, el tránsito puede efectuarse ahora en forma más cómoda, desapareciendo lentamente los grandes fangales en que se atascaban hasta ayer los camiones, las piezas de artillería y los carros que se mueven por estos lugares.

En el llano y en los valles, los restos de la enorme masa de agua caída en estos días puede verse perfectamente y durante cuadras y kilómetros se anda aun sobre un interminable barrizal.

Para el espectador, una invitación a conocer el campo de aviación de las escuadrillas que intervienen en los ejercicios militares no podía ser sino oportuna tarea y en consecuencia momentos después de las 6, cuando ya el viento sur hacía sentir su fuerza y empezaba a despejar la atmósfera que estuvo cubierta desde que las tropas llegaron a Calamuchita,

salimos de la Cañada de Alvarez, en dirección a Río III, en cuyas cercanías fué instalado el centro de las fuerzas aéreas. Con diferencia de minutos hizo lo propio el Ministro de Guerra, que después siguió a José de la Quintana para embarcarse con destino a Buenos Aires.

La marcha de nuestro automóvil se desenvuelve entre los mismos paisajes que dominan por todas partes el panorama que la tierra de Córdoba ofrece al viajero. El viento sigue alejando a las nubes, cuya carrera no es tan rápida como todo el mundo desea. Los cerros de diversas alturas y de los más variados matices en su coloración alcanzan a detener la marcha de las masas grises y blancas, que por momentos quedan prendidas de las laderas.

Cruzamos rápidamente los altos y bajos que forman la sierra de los Cóndores y poco después de salir a la parte más llana, luego de transponer el lugar denominado El Quebracho, el teniente coronel Cassinelli, director de las servicios aeronáuticos del ejército que es nuestro acompañante, nos hace ver a la distancia el campamento de aviación, situado al costado de la población de Río III, de la línea del ferrocarril Central Argentino.

Todavía avanzamos unos cuantos kilómetros más para cubrir totalmente los cincuenta que separaban a Río III de la Cañada de Alvarez.

ENTRE LOS HANGARES IMPROVISADOS

Como para el resto de las fuerzas movilizadas, existió para la aviación la situación simulada de guerra que se supuso desde el instante en que los cuerpos y unidades empezaron sus movimientos para dirigirse a Calamuchita.

Por consiguiente, el campo en que ahora se encuentran las escuadrillas está por entero sujeto a todas las precauciones señaladas para tales casos y la vida dentro de sus límites se desenvuelve en términos semejantes.



Campamento del Grupo de Observaciones N° 1 en proximidades de la población de Río III.

Es éste realmente un nido, y la expresión feliz que así denominó al punto en que los pájaros mecánicos descansan o inician sus vuelos, si bien tuvo necesariamente una acertada correspondencia con la que el vulgo adjudicó desde el primer momento a las máquinas aéreas, es indudable que también apareció con las palabras que adoptaron después, quienes debían manejarlas.

Una tranquilidad realmente asombrosa reina por todas partes. Apenas si se escuchan órdenes o indicaciones en voz alta. Las carpas para el personal y las que guardan los aeroplanos, son a simple vista iguales a las que estamos acostumbrados a ver en todas partes, y una hilera de camiones potentes, con sus chatas acopladas, semejan formar un muro de defensa contra las posibles contingencias que podrían producirse por tierra en contra este grupo de gentes y de cosas, prontos siempre a volar muy lejos para cumplir su misión de observación, ataque o ayuda de la artillería a distancia insospechable.

El mayor Elisando Pissano, nos da las explicaciones necesarias, que son ampliadas cada vez por los jefes y encargados de las respectivas secciones. En el depósito principal existen 30.000 litros de nafta y 20.000 de petróleo, procedentes todos de Comodoro Rivadavia, y 2.900 litros de lubricantes diversos.

ELEMENTOS UTILIZADOS

Existen quince aparatos en sus hangares de lona, los que podrán ser transportados por los camiones cuando sea menester. Las carpas de los oficiales, las de los talleres, las que sirven de dormitorios para las tropas, las que se utilizan para baños, y las del gabinete fotográfico, aparecen como una inmensa toldería, simétricamente dispuestas en cuatro largas hileras, una de las cuales termina con el pabellón, que es también de lienzo blanco, donde ha sido instalada la enfermería, que no alberga ningún enfermo.

No dejaremos de mencionar, de paso que en este mismo taller fotográfico, con la única variante de haberse encontrado entonces en El Palomar, fué revelada, fijada y copiada, una fotografía tomada por un aviador desde su aparato, en el instante en que el príncipe de Gales entraba a la cancha de polo de Hurlingham, y entregaba en otro vuelo, a los veinticinco minutos, al mismo heredero de la Corona Británica, que seguía las incidencias de un partido de aquel juego.

En la operación esencialmente fotográfico sólo se tardó siete minutos, correspondiendo los restantes a la salida, viaje y regreso del aparato mecánico.

Todo el campamento está iluminado a electricidad, provista por una usina también portátil y cada habitación o edificio de tan alta y extraordinaria población como es ésta, dispone de su foco de luz, cuyo horario de utilización se encuentra en manos del jefe del campamento.

A lo largo de los cinco caminos que se extienden entre las carpas, el alumbrado público mantiene expedito el tránsito durante toda la noche.

Hay varios postes que sostienen los aisladores de cuatro hilos, poniendo en comunicación al personal de los límites de este extraordinario cuartel y a su comandante con las autoridades superiores y directores de los ejercicios.

No se ve en todo el campamento un solo caballo, y la mecánica reemplaza por completo, hasta donde ha sido posible, las faenas que aquellos animales cumplen todavía en otros menesteres del mecanismo militar.

El petizo de los mandados es aquí un Ford, y si el poder de la aviación finca en la fuerza de aquellos mismos elementos, es indudable que el país puede considerarse satisfecho de cuanto ha entregado a este grupo de personas que forman unos veinticinco aviadores, entre los cuales figura un marino agregado, y 187 hombres de tropa. Cuentan con 24 vehículos y 15 aparatos.

Habíamos llegado a Río III a las 10 y a las 15 nos retiramos del campo de aviación en maniobras con la impre-

sión de que los resultados alcanzados sólo podían ser el producto de una empeñosa labor en la tarea que a cada uno le corresponde.

El 12 de noviembre alrededor de mediodía llegaron al aeródromo militar de El Palomar las dos escuadrillas aéreas del grupo Nº 1 de observación, que participaron en las maniobras. Formaban como se sabe, en total 16 máquinas.



Puente de campaña construído por los zapadores en el Río de la Cruz.



Fin de los ejercicios de destacamento



Un pelotón en avance.

Octubre 24.

Mientras los destacamentos verde y azul combatían entre La Cruz y Cañada de Alvarez, el colorado que estaba al mando del general Martín Rodríguez, compuesto por los regimientos 6, 11, 17 y 18 de infantería, el 2 de caballería montada, el IV grupo a caballo, el 12 de caballería y la tercera compañía de zapadores pontoneros, con la sección de comunicaciones y compañía de sanidad correspondientes, iba ejecutando una marcha de distanciamiento o de guerra, para entrar en acción el 24 de octubre contra los dos destacamentos anteriormente citados, habiendo llegado el 22 al río de Los Sauces, donde acampó.

El 23, fué día de descanso, el que fué aprovechado, por las tropas, para sus prácticas de limpieza personal, baños en los hermosos ríos de la región, lavado de ropa, etc., y por los jefes y oficiales y enviados especiales de la prensa en campaña, para realizar visitas a los distintos campamentos, cabalgatas o pic-nics por las sierras o ríos distantes, tan llenos de atrayentes perspectivas en toda esa región.

A las 9 de la mañana del 24, se realizó el tercer ejercicio entre los destacamentos azul, al mando del coronel Fernández Valdéz, y el colorado, interviniendo, casi en forma accidental, el verde, al mando del coronel Morales Bustamante, pues, aprovechando la dirección del ejercicio, la marcha que debía realizar este último núcleo de tropas hacia su nuevo campamento, situado en Paso Cabral, dispuso que la realizara en tal forma, que constituyera una amenaza para uno de los flancos del destacamento colorado.

Como en las hipótesis anteriores, los dos destacamentos formaban partes de ejercicios principales azul y colorado, y llevaban una misión especial: el primero, que venía desde el

norte, tenía la de asegurar al ejército al cual pertenecía, que venía de Córdoba, el pasaje de los ríos Grande y III, pues constituían obstáculos serios para salvarlos en presencia del enemigo. Al llegar a La Cruz, destacó diversos núcleos de exploración, tales como caballería, aviación, agentes de información, etc., los que informaron a su comando que tropas enemigas importantes, llegando del sur, habían vivaqueado el 23 a 5 kilómetros del río de Los Sauces. Pero, no obstante esta información, no se conocía el número exacto de esas fuerzas, a causa de que el enemigo había hecho una enérgica defensa antiaérea, comprobándose, sin embargo, que estaba construyendo un puente sobre el río de Los Sauces. Se supo también que el destacamento verde, que marchaba a la izquierda, había recibido orden de cooperar en la misión que tenían los azules.

Por su parte, el destacamento colorado, que venía desde el sur, tenía orden de oponerse al avance de fuerzas enemigas al oeste del río de Los Sauces y lo más al norte posible. Destacada su exploración con la anticipación necesaria, su aviación comprobó la marcha de tropas de todas las armas que venían por el camino que del norte cae a La Cruz y la de otra columna que desde Almafuerte se dirigía al mismo punto; una patrulla de caballería que logró penetrar en los pequeños bosques de Cañada de Alvarez, informó haber visto tropas de infantería y caballería enemigas que estaban pasando el río de La Cruz, al norte de ese pueblecito.

Con esa misión y tales informaciones, ambos destacamentos se pusieron en marcha, caminando las columnas bajo el sol que quemaba sobre las sierras y entre las nubes de polvo que se alzaban de los caminos, haciendo que se echara de menos los días nublados y frescos en que se desarrollaron los primeros ejercicios y que todos encontraron entonces inconvenientes por la falta de sol.

Tan penosa era la marcha de ambos destacamentos, que recién a las 12.30 se realizó el despliegue, produciéndose los primeros encuentros en las cercanías del arroyo Toledo. Los



El general Vacarezza probando el rancho.

azules supieron que los colorados estaban en marcha por el camino río de Los Sauces-La Cruz y que la caballería había alcanzado las alturas llamadas de la Carnicería, desde donde habían tomado al enemigo bajo el fuego de sus cañones, pues, como tenía que atravesar un desfiladero, los azules habían reforzado su caballería con artillería.

Llegados a esa altura, la incógnita para ambos destacamentos lo constituía el cerro San Lorenzo, enorme montaña casi aislada que cortaba el terreno probable del combate casi en su propio centro y tras el cual podían aparecer fuerzas azules o coloradas casi de improviso. El jefe del destacamento azul, coronel Fernández Valdéz, al enterarse por su parte de aviación que su adversario estaba a 7 kilómetros suyo, rumbo al cerro aludido, hizo desdoblar sus tropas, las que se abrieron en abanico, yendo a ocupar las lomadas de la Carnicería, que guardaban su propia caballería, mientras el destacamento verde, al mando del coronel Morales Bustamante, que debía secundarlo, se desplegó también y fué a establecerse en las alturas frente a los azules, apoyando su ala izquierda en el cerro San Lorenzo.

Quizá los diversos puntos del tema resultaban un algo complicado, pues se advirtió de inmediato el intenso trabajo de las tropas, las que, después de una marcha, por ambas partes, de gran velocidad para ocupar primero, las posiciones más aptas para el ataque o la defensa, se les vió desplegarse en grandes recorridos, siempre bajo la inclemencia del sol, que batía implacaba, las alturas donde se desarrollaba el ejercicio.

No obstante estas circunstancias desfavorables, en ningún momento se vió flaquear a las tropas, las que cumplieron una vez más su misión con gran decisión y entusiasmo, dando una admirable prueba de energía y resistencia.

Así fué que el destacamento azul, después de los primeros ataques, se empeñó seriamente en su ala derecha, que constituía su centro de gravedad, produciéndose por parte de los colorados, la resistencia consiguiente en combates parciales o encuentros de ciertos núcleos de tropas, todos ellos desarro-

llados bajo una temperatura muy elevada que aumentaba la fatiga de las tropas, por lo que se dispuso por el alto comando la cesación del ejercicio, cerca de las 14 horas, es decir cuando las unidades de los tres destacamentos habían realizado 10 horas consecutivas de marchas y combates en medio de un calor intenso, lo que produjo la mejor impresión por lo que se refiere a su resistencia y disciplina.

Mientras se hacía la crítica del trabajo realizado, las tropas se dirigieron a sus nuevos campamentos, siguiendo ya un dispositivo determinado para los ejercicios venideros. La crítica estuvo a cargo del director del ejercicio, general Martín Rodríguez, quien hizo resaltar las diversas incidencias provocadas por los comandos de las tropas en lucha, refiriéndose especialmente a la forma en que se efectuó el despliegue y a las medidas adoptadas por los dos jefes de destacamentos principales para el ataque o la defensa de sus respectivas posiciones, en busca del mejor cumplimiento de la misión que se les había confiado por el ejército al cual pertenecían.

De vuelta al campamento de la dirección de maniobras, el general Uriburu, en vista de las fatigas que habían tenido que soportar las tropas bajo un calor intenso dispuso que se suspendiera el ejercicio del día siguiente, lo que permitiría reponerse a todas las unidades para los trabajos futuros, medida que no perjudicaba el plan de maniobras a desarrollarse, puesto que las maniobras subsiguientes incluían los mismos temas que contenían, más o menos, el que se suprimía, con gran beneficio para la salud de las tropas.

La fiesta inesperada—Visita a los campamentos—Los marinos en las maniobras

Este descanso especial resultó para las tropas una fiesta inesperada y para el personal de jefes y oficiales de los comandos, una oportunidad no para descansar, sino para visitar a los camaradas en los distintos vivaques, cambiar impre-



Las tropas norteñas.—Bailando zambas en los momentos de descanso

siones y entregarse, por un momento a esos ratos de sana camaradería en que suele chisporrotear la suave agudeza criolla que tan agradable hace en nuestro ejército la vida de campaña en los momentos de descanso.

Merece, pues, antes de reanudar la crónica de estos ejercicios de destacamentos, que nos detengamos un instante para matizar con estas notas, la narración severa de los trabajos del ejército en campaña, puesto que esos momentos fueron también parte integrante de los hechos que mantuvieron el alto espíritu de las tropas y de sus comandos.

En todos los campamentos los conscriptos, terminado su aseo personal, se entregaron a sus juegos favoritos, lo que hizo que los vivaques presentaran el más animado aspecto, pareciendo imposible que esos guapos muchachos que hacían casi diariamente marchas de 50 y hasta 60 kilómetros con todo su pesado equipo de campaña, fueron los mismos que jugaban ahora sendos partidos de football u organizaban bailes regionales, en los que las zambas, gatos y pericones, los hacían dar vueltas horas y horas sin rendirlos.

El general Juan Esteban Vacarezza, comandante de la 5ª división de Ejército que estaba al frente de las tropas del norte, de las que era muy querido por su espíritu severo, pero ecuánime y el cuidado que se tomaba por sus conscriptos, invitó ese día a un grupo de periodistas a visitar las tropas norteñas, quizás un poco llevado por el íntimo propósito de jugar una broma a uno de los enviados especiales cuyo diario había dicho que esas tropas habían permanecido tres días sin comer, lo que, desde luego, resultó una información extemporánea.

El campamento de las tropas norteñas estaba instalado a orillas del río de los Sauces, en un sitio precioso, coronado por altas barrancas y con una hermosa playa de fina arena que llevaba hasta el curso del agua misma, en una suave pendiente.

Allí estaban reunidos los regimientos 17, 18, 19 y 20 de infantería, espléndidas tropas de montaña que se habían seña-

lado como inmejorables en los últimos ejercicios, por su resistencia en las marchas y disciplina en el combate, de lo que estaban orgullosos tanto los conscriptos, como los jefes y oficiales que los dirigían.

El 18, por ejemplo, formado por jóvenes santiagueños, había cubierto el día anterior 45 kilómetros entre las sierras, con todo su equipo de campaña, saliendo a las 4.30 de su vivaque y regresando al nuevo campamento a las 21, sin comer más que su ración de emergencia, no obstante lo cual entraron cantando a su campamento como si volvieran de un corto paseo militar.

Cuando se llegó al campamento, los conscriptos, en su mayoría, se encontraban a orillas del río, bañándose o lavando sus ropas, mientras esperaban la hora del rancho, que se veía preparándose en sendos tachos en diversos fogones al aire libre.

Eran los conscriptos de estas unidades del norte, magníficos muchachos de cuerpos enjutos, pero puro nervios, en cuyos rostros morenos, de líneas fijas y rectas, se adivinaban la decisión y energía de los criollos del norte. El general Vacarezza, llevado de su idea fija y de su espíritu chacotón en estos casos, hizo que los representantes de la prensa fueran hasta junto a los fogones del rancho y, amablemente, los invitó a probar la comida de los conscriptos, que se compania de puchero, polenta y otro plato más, de los que él mismo se sirvió, comiendo el rancho con sus conscriptos. Cuando todos estaban con la marmita colmada de alimentos en la mano, "inocentemente" solicitó a los fotógrafos que se tomara una vista, la que sorprendió al periodista que había asegurado que los norteños se morían de hambre, comiendo entre ellos un enorme pedazo de carne asada.

Después de recorrerse todos los vivaques en los que se pudo ver la originalidad de las tropas de la región montañosa del país, los conscriptos pidieron a un oficial que se apersonara al general Vacarezza, expresándole que les gustaría bailar algunas danzas regionales en su honor y en el de los pe-



Una batería de obuses en "camouflaje".

riodistas que habían tenido la amabilidad de venir a visitarlos, retardando gustosos una hora su almuerzo para agasajar así a su general y acompañantes.

Acompañados por el gitarrero del regimiento, las parejas de bailarines de cada compañía, bailaron zambas y cuecas con un ritmo y limpieza notables, formándoles circo todos sus compañeros que aplaudían con entusiasmo a los bailarines, incitándolos a lucirse delante de sus visitantes. En esta ocasión, los santiagueños del 18 de infantería lograron destacarse como lo habían hecho en las marchas y ejercicios militares, en compañía de sus camaradas de las provincias andinas.

Los marinos agregados entre el personal de la dirección de maniobras, acompañados por algunos de sus camaradas del Ejército, con los que desde el primer momento habían trabado estrecha amistad, aprovecharon este día de descanso especial para hacer una excursión hasta Santa Rosa, donde pasaron el día a orillas del río de ese nombre, en la forma más agradable posible.

Formaron el grupo de marinos destacados por el Ministerio de Marina para seguir las maniobras del Ejército los siguientes jefes y oficiales que fueron adscriptos a sus respectivas especialidades en las tropas en campaña:

Capitán de fragata Francisco Lajous, incorporado a la dirección general de maniobras; teniente de fragata Andrés Schack, a las tropas de comunicaciones; teniente de fragata Angel Rodríguez, a artillería; teniente de fragata Víctor M. Padula, a aviación; cirujano de primera doctor Julio R. Mendilaharzu, a sanidad, y contador de primera Humberto Ruspini, a administración militar.

Todos estos oficiales, como lo decimos anteriormente, desde su llegada al campamento general se captaron la simpatía de sus colegas del Ejército por su preparación, discreción y forma de conducirse durante toda la campaña. Aunque parezca raro entre marinos, montaban muy bien a caballo y ha-

cían largos recorridos con la mayor desenvoltura, por todo lo cual dejaron la mejor impresión, al terminarse la campaña, en los jefes y oficiales.

Cuarto y quinto ejercicios de destacamento

Octubre 26-27.

Como final de los ejercicios de destacamentos, la dirección de maniobras planeó para el día 26, después del descanso reparador que entonó el espíritu de las tropas, un tema de doble desarrollo diurno y nocturno, que resultó sumamente interesante por todos conceptos, como se verá por la crónica de su desarrollo que damos a continuación. Se trataba de un tema táctico que debía durar dos días, y terminar con el ataque, por fuerzas superiores en número, a una posición fortificada.

Dirigió este trabajo el general Ricardo Solá, comandante de la 4ª división de Ejército; el destacamento azul estuvo al mando del coronel Sisterna y el colorado, a órdenes del coronel Etchichury. Se preveía un intenso trabajo entre las sierras durante 48 horas consecutivas y las perspectivas de las fatigas no hicieron sino avivar el interés de todos por asistir a este ejercicio, en el cual, por primera vez, se iba a combatir por la noche y ver sobre el terreno como se construyen las posiciones defensivas de campaña, tan utilizadas durante la última guerra.

En efecto: el 26, casi de noche, apenas se tocó diana, el comando hizo saber al personal adscripto a la dirección de maniobras que a las 10 se almorzaría, y que una hora después, se montaría a caballo para presenciar estos ejercicios finales. Se comprendió que eso significaba que se comería una sola vez en el día y que se permanecería en el campo de maniobras ese día y la noche siguiente, para poder asistir, a la madrugada, a la parte de los combates nocturnos y a las marchas previos de aproximación a la posición que se debía atacar al venir el día.

Volvieron, pues, los campamentos a adquirir su anterior animación y en el de la dirección de maniobras las acostumbradas reuniones de jefes para organizar, de acuerdo con las órdenes del comando superior, los servicios de árbitros, la conducción de espectadores y periodistas, agrupándose los caballos para los mismos, conducidos por los respectivos asistentes.

Mientras eso ocurría en los comandos, las tropas habían salido de sus respectivos campamentos e iniciado sus marchas para llenar el objetivo que se les había señalado, marchando el destacamento verde, a las 5.30 y los otros dos a las 6. Hacia el norte del río de Los Sauces, se habían reunido los destacamentos verde y colorado y constituído uno solo de esta última denominación formando así un núcleo que doblaba casi las fuerzas del azul, al que debían atacar en una sólida posición fortificada de acuerdo con todas las reglas modernas de las fortificaciones de campaña.

Hay que advertir que, desde el día anterior, las tropas de ingenieros habían sido adscriptas a los azules para preparar esas defensas, las que se suponía reforzadas poderosamente más tarde por las propias tropas defensoras al ocupar esa posición.

La situación general de guerra en que estaba encuadrada la acción de ambos destacamentos en lucha, era la siguiente:

"Un ejército azul avanzando del norte en varias columnas pasó al descanso en la tarde del 24 en la línea Los Reartes, Estancia Tülzer y Despeñaderos.

"Un ejército colorado viniendo desde el oeste alcanzó el día 24 las inmediaciones de Río IV-Sampacho-Achiras, habiendo una columna alcanzado el río San Bartolo.

"La aviación colorada ha sido dominada por la azul.

"El comandante en jefe del ejército azul, al saber que el ejército colorado había adelantado una fuerte columna al río San Bartolo, con la intención quizá de oponerse al pasaje del Río III y tomarlo, como dicen los franceses, en flagrante

operación de pasar el río, concibió la idea de enviar otro destacamento hacia el sur con la misión contraria, es decir, asegurar los pasos inmediatos del Río III y sus afluentes, hasta el de La Cruz inclusive, con el propósito ulterior de facilitar la reunión de las columnas que marcharon a ambos lados de las sierras.

"Con esta misión el destacamento azul, compuesto en un solo regimiento de infantería, uno de artillería, otro de caballería, sanidad, etc., llegó el 24 a las 16 a Cañada de Alvarez, donde pasó al descanso.

"Su caballería y su aviación le informaron que un enemigo había alcanzado el río San Bartolo, y que este enemigo era doble más fuerte que él, pues contaba por lo menos con dos regimientos de infantería; que la caballería enemiga también más fuerte que la suya la había rechazado y alcanzado al anochecer el pueblito Río de los Sauces."

Ahora bien, en lo que respecta al destacamento atacante, o sea el colorado, su misión fué la de avanzar hacia el norte y atacar a las tropas azules que avanzaban por el oeste de las sierras, buscando de aferrarlas por el frente, mientras con el resto de sus fuerzas tratarían de envolver su ala izquierda, es decir, ejecutando el movimiento ya clásico para desalojar a un ejército adversario de una fuerte posición fortificada, sin el ataque frontal que tantas pérdidas ocasiona.

Los azules, saliendo pues, de inmediaciones de Los Pozuelos y al alcanzar una magnífica altura al norte de L. Salas, resolvieron fortificarse allí en una posición de flanco, con el objeto de defenderse de su fuerte enemigo o atacarlo a su vez si se le ocurría pasar de largo.

El "camouflage"

Era una poderosa posición, la que, desde que se establecieron los azules, trataron éstos de hacerla más fuerte aun con



Infante en el combate.

obras de defensa perfectamente enmascaradas, comprendiendo el terreno una cadena de sierras que dominaba un ancho valle, limitado por el ya famoso cerro San Lorenzo. Describiendo esa posición, escribía a su diario el enviado especial de "La Prensa", lo siguiente:

"Poco después, mientras galopaba sobre los cerros aludidos fuí sorprendido por la aparición de una boca de artillería la que emergía de un manchón de arbustos. Caí en la cuenta, después de que todo el terreno, desde la base hasta la ceja de los cerros, estaba fortificado. El "camouflage" estaba tan bien hecho que no se reconocía un soldado, una batería de artillería, ni una posición de ametralladoras, oculto como estaba todo en trincheras cubiertas de pasto, en agujeros donde bajo un adecuado "camouflage" escondían los cañones, las ametralladoras y los fusiles automáticos. Todos los puestos estaban unidos por líneas telefónicas de campaña.

"La posición elegida para la defensa por el destacamento azul, mandado por el coronel Sisterna, había sido perfectamente fortificada, a la espera del ataque que debían efectuar los contrarios. Un aeroplano, de los que fueron avistados en exploración fué recibido con descargas de artillería antiaérea, la que lo obligó a retirarse. Se produjeron también cañonazos contra algunas patrullas coloradas que intentaban avanzar por los caminos descubiertos.

"Colocados ya en esa situación de espera, bien ocultos, los soldados comenzaron a consumir sus raciones de campaña. Por las hondonadas veíanse circular conscriptos con raciones frías destinadas a los compañeros que no habían tenido tiempo de comer antes de la marcha. Por los flancos de la posición encontramos puestos de observación y exploradores sueltos avanzados, los cuales se resguardaban del intenso calor bajo un árbol o al abrigo de una pirca.

"Un conscripto que montaba guardia junto a un puente improvisado por las tropas azules, tomaba al amparo de un sauce, el mate que le cebaba una vieja criolla, la cual venido

exprofeso de un rancho cercano, tal vez con el pensamiento puesto en algún hijo que sirvió al ejército."

Por su parte el enviado especial de "La Nación", refiriéndose también al cuadro anterior expresó sus impresiones en la forma que reproducimos a continuación:

"Sólo con una detenida y constante observación de la carta de estos lugares y registrando a cada instante los detalles en ella apuntados puede ser recorrido en una forma que permita apreciar debidamente los detalles de los temas impuestos a las tropas, el vasto campo que se ha elegido esta vez para los ejercicios finales del Ejército. En las amplias planicies sin límite que las sierras más elevadas parecen contener entre sus altas murallas, los caminos indican una que otra vía de tránsito en torno a los cerros menores, sobre cuyas faldas y lomadas pueden verse de cuando en cuando algunos ranchos con el aspecto habitual de estas viviendas, en su mayoría aseadas y decorosas, rodeadas del caracterísitco cerco de pirca, que suelen extenderse hasta la montaña siguiendo todas sus sinuosidades.

"Para protegerse de los vendavales los habitantes de los valles han levantado sus casas en el fondo de los desfiladeros o al borde de las gargantas en sus partes más bajas, y para asegurarse la provisión de agua buscaron los ríos y arroyos de la región, en cuyas orillas viven ahora cuidando los predios o vigilando las reses y los sembrados. Los altos álamos y frondosos sauces los abrigan aun más y les dan sombra, viéndose por todos lados de una manera evidente que el territorio cordobés ha experimentado un rudo vuelco con la destrucción de la leyenda de que los terrenos serranos eran ingratos para la agricultura y la ganadería. En un trozo de esta tierra, que casi podríamos señalar en un mapa como el comprendido entre José de la Quintana al norte y Los Quebrachos al sur, las fuerzas militares del país están terminando en estos momentos sus programas de instrucción anual.

"El enmascaramiento de las tropas fué, indudablemente, durante la guerra, especialmente al final, una de las exigencias



Maniobras de 1925.—Infantería en descanso.

que más debieron cuidarse para obtener cualquier éxito, por pequeño que fuera. Los recursos artificiales alcanzaron proporciones inusitadas en este sentido y bien puede recordarse las calles de un pueblo enteramente toldada con lienzos de diversos colores, que iban de una acera a la otra, atados a los techos de las casas para ocultar el pasaje de una división, que de hacerlo sin ese cuidado hubiera sido denunciado por la observación aérea o los poderosos lentes de aumento de los vigías enemigos. Pero, donde la simulación de los cuerpos y brigadas tuvo lineamientos hasta cierto punto inesperados, fué en lo que se refiere al aprovechamiento del mismo terreno en que debían actuar, para tratar de buscar los resultados perseguidos en las mejores condiciones. Hubo momentos en que los hombres y las cosas no existían. Eran aquéllos y éstos simples pastos y corpulentos árboles, de que nadie tenía noticia el día anterior. A veces no eran nada, por que nada se veía.

"En este sentido, el campo de maniobras de Calamuchita ha sido debidamente aprovechado en el empleo de tan extraordinario recurso tiene que haber sido eficazmente practicado por los soldados argentinos. Así, por ejemplo, recorriendo esta mañana la zona de ejercicios, nuestro automóvil se detuvo en una inesperada desviación de su rueda delantera en un punto que solamente apareció más flojo que el resto del camino, por que se trataba de arena blanca y suelta. Era, en cambio, que habíamos llegado a uno de los bordes de un río sin agua. En ese lecho, seco y lleno de las más raras curvas, apenas un poco más alto que la estatura normal del hombre, estaban extendidas las cuatro piezas con sus correspondientes armones, sus 24 yuntas de caballos y 50 soldados y sargentos de una batería de artillería de campaña.

"El acero cubierto por manojos de yuyos arrancados allí mismo y los artilleros y las bestias tapados con los más estrafalarios ramos de los mismos pastos atados a los sombreros o asegurados en los arreos del tren.

"Sólo podía verse a los escondidos, que estaban allí sin sufrir molestia alguna y sin esfuerzos mayores, arrimándose al veril mismo de esa zanja, tan bien aprovechada. Retirándose un par de metros nada denunciaba al viajero la existencia detales en semejante lugar. Tal era el campo y tales eran los equipos botánicos que los hombres lucían en sus cabezas, que resultaban, pura y simplemente otras tantas matas entre aquellas raigambres de la vegetación natural.

"Al lado, el camino tenía el declive consiguiente de lo que antes o mientras el río traía agua debió ser el vado. Por no diferenciarse mucho de todo lo que se ve en el abra aquella, el paso está cubierto por ramas de grandes sauces, que también dan sombra al rancho del dueño. Al pie de los árboles hallábanse otras piezas y más soldados almorzaban alegremente, recibiendo sus raciones al pie de una humeante cocina. Estamos seguros de que ningún aviador pudo ver lo que allí pasaba ni lo que había entre ese simple paisaje de la sierra. Menos aun los observadores a caballo, y es casi seguro que esta noche, cuando el bando colorado intente escalar las alturas que le señala el ejercicio, esa artillería y la infantería sumida en las trincheras que está cavando ahora rápidamente, le obligará a quién sabe qué procedimientos para obtener el éxito."

Los ataques nocturnos

El destacamento colorado, que había salido de Los Sauces con la misión antes indicada, alcanzó a las 14, una posición de apresto al norte del arroyo Toledo, donde resolvió atacar de frente con parte de sus fuerzas a los azules, mientras con el resto, que constituía su masa de maniobra, dar un rodeo por debajo del cerro San Lorenzo y caer de flanco y retaguardia en la posición del enemigo.

Efectuado el desdoblamiento, se produjeron algunos combates de vanguardia, llegándose, en esa forma, a unos 4 kiló-



Una pieza de artillería enmascarada haciendo fuego.

metros más o menos de la posición fortificada de los azules, en cuyo momento se mandó hacer alto, siendo las 17, con objeto de dar descanso a las tropas y para que pudieran comer algo, a la espera de la obscuridad de la noche, pues es sabido, que dada la rapidez de fuego de las armas modernas, no se puede atacar durante el día una posición fortificada como la de los azules, sin exponerse a grandes pérdidas, en los trabajos de aproximación y ataque final.

La observación durante el día, se desarrolló perfectamente, pues se habían afectado tres aeroplanos a cada partido, poniéndose uno a disposición de la dirección de maniobras para la transmisión de órdenes durante el desarrollo del ejercicio. Dichos aparatos entraron en acción desde las primeras horas de la mañana, observando las marchas de las columnas enemigas, pudiéndose ver en más de una ocasión, el descenso de los aviones sobre los paños de señales tendidos en el campo, y dejar caer en ellos sus partes e informaciones, para remontarse después y para continuar sus tareas.

A las 17 horas, como lo hemos dicho, los azules, bien fortificados en posición defensiva, suspendieron toda actividad, a la espera del ataque, estaban seguros, les llevaría los colorados al amanecer, después de aproximarse protegidos por las sombras de la noche. Las tropas de ambos bandos, entretanto, comieron y descansaron sobre sus respectivas posiciones de combate hasta las 24 horas, en que, de acuerdo con las órdenes dadas, debían reanudarse las actividades.

A las 24 horas, con una noche obscura y algo fría en medio de un relente serrano que penetraba hasta los huesos quizá a causa de la mala noche pasada sobre las alturas, se reanudó el ejercicio, partiendo las hostilidades desde el punto en que habían quedado a las 17. Al amparo de esa obscuridad, las tropas coloradas iniciaron sus marchas y maniobras de acercamiento hacia la posición enemiga, para llegar a la distancia de asalto, produciéndose algunos combates preliminares. Así la quietud de la noche era frecuentemente turbada por el estampido del cañón o el crepitar de las ametralladoras, mien-

tras surcaban el cielo los cohetes de señales de los defensores, que indican el rechazo de un asalto o el reforzamiento de una posición amenazada. A medida que se acercaba el alba, el combate se iba haciendo más intenso, pues el atacante venía acercándose a la distancia de asalto, intensificando su contrario la defensa para rechazar a las olas de ataque. Describiendo ese momento del combate, escribía a su diario lo siguiente uno de los corresponsales:

"A las 3, con un frío intenso, salimos a recorrer las líneas y deslizándonos por las quebradas y barrancos llegamos así hasta las avanzadas de los colorados. Pude advertir así las dificultades que ofrecen las operaciones nocturnas y la utilidad que puede sacarse de estos ejercicios hechos durante la noche.

"En un camino encontramos una batería que había perdido el contacto con sus tropas, mientras su capitán, desorientado, esperaba allí a que regresara un oficial de enlace que había despachado, no atreviéndose a moverse de su sitio. Este mismo oficial nos informó que después del despliegue y avance, dos regimientos de infantería se habían cruzado a causa de la obscuridad, habiendo también perdido su enlace con el resto de sus propias tropas, lo que comprueba la dificultad de operar de noche en terreno desconocido, sin un previo reconocimiento y adiestramiento de las tropas para esa clase de trabajo.

"Mientras caminábamos, sentíamos repiquetear las ametralladoras, y de vez en cuando tronar el cañón de las baterías de acompañamiento, en tanto que cruzaban el cielo, cubierto de estrellas, en una floración maravillosa, las luces de las pistolas de señales que indicaban un ataque rechazado o el esfuerzo de un sector en peligro, al mismo tiempo que los destelladores impartían órdenes desde las cumbres, parpadeando su luz con las señales del código Morse sobre el fondo obscuro de la noche. Con las primeras luces del día, se presenció claramente el ataque frontal de los colorados a la posición fortificada de los azules, avanzando en sus respectivas zonas



Ametralladoras en combate.

de ataque la infantería por olas sucesivas apoyadas por ametralladoras y la artillería de acompañamiento abierta en una amplia zona. Atacaban unos 10.000 hombres contra la mitad de ese efectivo, pero atrincherados estos últimos en una posición fortísima, preparada de antemano, lo que equilibraba el esfuerzo."

Un colaborador de "La Prensa" el teniente coronel Fasola Castaño, al relatar ese mismo momento de la acción nocturna, lo hizo de esta manera:

"No hay cosa más emocionante que un combate de noche. No se oyen más que vagos rumores, no se ve nada, los árboles parecen espectros, los soldados fantasmas, de todo se desconfía.

"El atacante se arrastra como serpiente aprovechando los vericuetos y cortaduras del campo, sin disparar un solo tiro. Destaca patrullas de oficiales y suboficiales que se arrastran hasta chocar con las avanzadas enemigas.

"El defensor escudrina las tinieblas, cree que por todas partes aparece el enemigo, abre el fuego de improviso porque cree que lo asaltan, lanza granadas de iluminación, explora el campo con reflectores y se mantiene listo, agazapado y nervioso, en el más absoluto silencio.

"El atacante espera la hora del alba para abrir el potente fuego de su artillería y ametralladoras, para lanzarse al asalto de las posiciones enemigas.

"Así sucedió, y a las 5 más o menos, se pudo contemplar el cuadro de que el asaltante no había equivocado el frente de ataque, como es frecuente en la guerra, pero había chocado primero con el ala derecha en vez de chocar simultáneamente con ambas alas y su centro.

"En cuanto a los batallones que debían llevar un ataque envolvente, no aparecieron hasta las 6 de la mañana, después de una marcha penosísima a través de una región llena de precipicios, monte bajo y pedregales.

"Un lego, de esos que creen que las maniobras o la guerra, son combinaciones matemáticas en que cada pieza viene y cae en el sitio justo a que se pensó dirigirla, habría dicho: el atacante o el ejercicio ha fracasado. Yo digo que es uno de los más hermosos y fecundos en enseñanzas de cuanto se llevan realizados."

Se iniciaba ya la penetración de la posición fortificada, cuando el director de maniobras mandó hacer alto, siendo las 6 de la mañana, pasando las tropas a situación de descanso, después de casi dos días de marchas y trabajos consecutivos, incluso estos combates nocturnos, tan penosos para soldados no adiestrados previamente en su práctica y más en terreno desconocido como lo era el que se utilizaba en esta ocasión.

Reunidos los jefes y demás concurrentes, se hizo el análisis del ejercicio, iniciando la crítica el director del mismo, general Ricardo Solá, encontrándose presentes el general Uriburu, los jefes de estado mayor coroneles Vélez y Valotta, el árbitro general, coronel Ricardo Day y todos los generales comandantes de división de ejército.

Se estableció que las obras de defensa y enmascaramiento de los azules habían sido perfectamente ajustadas, aunque, según la opinión del crítico, dada la misión del destacamento aludido, su jefe debió hacerlo avanzar lo más posible. Con respecto a la actuación del destacamento colorado, constató que su marcha y despliegue habían sido bien ejecutados, encontrando, no obstante, que su jefe inició demasiado pronto el combate, es decir, cuando la infantería quizá no estaba aun a la distancia de asalto, pues había que evitar pérdidas inútiles hasta entonces y, sobre todo, el ser sentido por el defensor antes de estar en aquella situación.

Finalmente, dejó constancia de que, no obstante esos errores de detalle, tanto el comando de los colorados a cargo del coronel Etchichury, como el de los azules que dirigió el coronel Sisterna, se habían desempeñado con toda corrección en



Un avión militar al salir para un reconocimiento.

ese difícil combate nocturno, tan lleno de sorpresas, sobre todo en terreno desconocido como el en que les tocó actuar.

El director de maniobras, general Uriburu, expresó enseguida su opinión haciendo constar que los errores principales que se habían notado durante el desarrollo de este ejercicio nocturno, el primero de estas maniobras, se debían a la falta de una buena observación previa del terreno por ambos jefes, lo que provocó confusiones en las marchas nocturnas de aproximación y el entrecruzamiento de las unidades. Estuvo también de acuerdo con el director del ejercicio en que los atacantes cometieron el error de iniciar el combate en el avance de aproximación, antes de llegar a la distancia de asalto de la infantería, lo que había facilitado la defensa de los contrarios y dificultando la irrupción de la posición fortificada.

Indicó también la necesidad de no situar a los destacamentos en los temas generales en forma tan apartada de sus núcleos de tropas principales, pues combatiendo así, en el aire, tan distantes del grueso de sus fuerzas principales se encontrarían, en caso de un desastre, sin ningún apoyo y con el peligro de ser destruídos aisladamente.

Finalizada la crítica a las 8 de la mañana, se regresó a esa hora a los campamentos respectivos, para preparar la marcha de las tropas y la dirección de maniobras hacia San Ignacio, donde se iniciarían las maniobras de división.

Habían terminado con los ejercicios de destacamentos, la primera parte del plan de maniobras y debía iniciarse el movimiento del Ejército hacia el norte, buscando en los trabajos de mayor vuelo, las de división, el acercamiento paulatino hacia la ciudad de Córdoba.

El desarrollo de la primera faz de esos ejercicios, habían dejado la mejor impresión en el personal de la dirección de maniobras y los comandos, que, olvidando las fatigas pasadas, comentaban las incidencias de esos trabajos y sus resultados prácticos durante las breves horas que se concedieron antes de iniciarse las marchas generales hacia los nuevos campa-

mentos. En este interregno hasta llegar a la iniciación de las maniobras de división, ocurrieron hechos e incidencias que creemos de interés ponerlas de relieve, si hemos de ser fieles narradores, de esta campaña, antes de comenzar la crónica de los grandes ejercicios desarrollados en la región de San Ignacio y Potreros de Garay, los que cerraron, con la gran parada, revista y desfile de las tropas de maniobras en Córdoba, en forma magnífica el cuadro de estas ejercitaciones del ejército.

Son estas notas sueltas y comentarios que, dentro del marco general, pueden tener su interés a los efectos de corregir errores, estar dentro del ambiente en que se vivía en esta campaña o, por lo menos, completar el interés narrativo de estos sucesos, sacándolos un poco de su faz militar.

Un momento de alarma

Las tropas de los tres destacamentos formadas para los trabajos iniciales, se encontraban acampadas entre las sierras a largas distancias uno de otro, lo que obligaba a un gran tráfico de vehículos para que la intendencia de guerra pudieran abastecerlas regularmente. Para esto, además de los carros de que disponían los servicios administrativos, se contrataron varios regionales, a cuyos propietarios, pequeños terratenientes que los usaban para sus trabajos rurales, se les pagó buenos precios con el compromiso de dar el pasto para los caballos—a veces 15 mulas y equinos los arrastraban—lo que constituía de por sí una buena remuneración, todo fué bien en los primeros días, hasta que los carreros acumularon una buena cantidad de pesos y las exigencias de las cosechas no los apuraba mayormente.

Pero, cuando llegó este momento, aquéllos se negaron a seguir trabajando, sino se les aumentaba enormemente la suma convenida. Se presentó entonces un momento de peligro para el ejército, pues no era posible dejar a las tropas entre

las sierras sin sus abastecimientos diarios y normales, situación que se remedió con el envío inmediato desde Buenos Aires de 30 camiones automóviles, para reemplazar a los carros que hubo que despedir.

Pero esta situación volvió a repetirse más tarde con peores caracteres, pues llegado el momento del acarreo de sus cosechas y previendo que en pocos días más finalizarían las maniobras, el resto de los carreros no quisieron quedarse por ningún precio.

En esta situación de apremio, no era posible hacer padecer de hambre a las tropas, por lo que se ensayó un remedio heroico: se hizo venir al punto principal a un escuadrón de caballería armado con municiones de guerra y se militarizaron esos servicios de transportes. Desde ese momento hasta el final de las maniobras, todo marchó bien y no hubo ya veleidades de huelga en los transportes.

Atentado contra un conscripto

Como ocurre en todas las grandes agrupaciones de tropas o de personas civiles, durante los ejercicios solían correr por los campamentos los rumores o noticias más extrañas, entre las que se cuenta de un atentado a un conscripto por el propietario de un establecimiento, se dijo, en efecto, que un soldado del 4 de Caballería, al acercarse a una casa con el objeto de comprar carne para el destacamento al cual pertenecía, había sido recibido a tiros por el propietario, hiriéndole al caballo.

Este hecho repercutió dolorosamente en el ejército, tanto más cuanto que, desde que las tropas pisaron el territorio de la provincia de Córdoba, habían recibido atenciones y agasajos de parte del pueblo y autoridades, las que precisamente, habían extremado sus gentilezas con los conscriptos.

Esta noticia fué desvirtuada después por la misma persona sindicada como autor del atentado, quien explicó satisfacto-

riamente lo ocurrido, lo que alejaba toda idea de mala voluntad hacia las tropas.

Los aviones militares

No era terreno propicio para la aviación militar, la región serrana donde se realizaron las maniobras, no obstante lo cual los pilotos y observadores, a veces con grandes riesgos, cumplieron siempre con su misión entusiastamente. Las nubes demasiado bajas en los primeros días, el terreno montañoso, sin lugares apropiados para aterrizajes forzosos, fueron inconvenientes, en más de una ocasión, para que se sacara todo el provecho posible de la habilidad de nuestros oficiales de esa especialidad.

Adiestrados para la volación en llanura, el personal tuvo dificultades para adaptarse al terreno de las sierras y no obstante aquellos y estos inconvenientes, los pilotos realizaron un buen trabajo, sufriendo también las consecuencias de esas circunstancias desfavorables. En efecto: en los primeros ejercicios, un avión tuvo un percance en su aeródromo de campaña de Río III, hiriéndose el piloto levemente e inutilizándose el aparato. En otra ocasión, otro aeroplano, a causa de la niebla, la que limitaba la visual, chocó con su tren de aterrizaje en un alambrado, causándose algunos desperfectos.

Pero, el caso más interesante, fué la aventura de un piloto, el cual, al remontarse, se encontró de improviso entre los alambres del telégrafo y los tendidos, más abajo, por las tropas de comunicaciones. Ante el peligro, el piloto no perdió la serenidad y maniobró tan hábilmente que pasó sin un rasguño entre los dos hilos que pudieron haberle ocasionado una verdadera catástrofe al llevárselos por delante.



Artillería en combate.

Los muchachos santiagueños

Como lo hemos dicho en otro lugar, las tropas norteñas entre ellas los conscriptos de Santiago del Estero del 18 de infantería, dejaron desde el principio de las maniobras la mejor impresión por su resistencia, disciplina y espíritu de compañerismo. El jefe de esa unidad, mayor Conrado Styrle, a quien el gobernador de la Provincia dirigió un telegrama al campo de maniobras preguntándole sobre el estado de los conscriptos santiagueños, lo que informó en los siguientes términos:

"El regimiento Nº 18 de infantería hace honor a la provincia de Santiago del Estero, marcha sin enfermos ni rezagados y se conduce con eficacia por su gran espíritu militar y entusiasmo."

Dicho telegrama fué contestado por el gobernador Medina en la siguiente forma:

"Al acusar recibo de la comunicación del jefe del regimiento 18 de infantería, en el que hace saber a este gobierno la bizarra actitud del regimiento a su mando, me complazco en significarle, en nombre de las autoridades y del pueblo de esta provincia, la satisfacción producida por tan grata noticia, que evidencia una vez más el espíritu militar del soldado santiagueño, y felicitar a Vd. y señores jefes y oficiales de la unidad, a cuya inteligente dirección se debe el buen éxito obtenido."

"El homenaje al ejército y las damas de Córdoba"

De "Los Principios"

"Para aquellos que recorriendo con el pensamiento el vasto territorio patrio, se manifestarán pesimistas, porque decían no ver expresión alguna del tipo o del alma nacional, ni en la prensa, ni en la tribuna, ni en la cátedra, ni en las industrias, ni sobre la fragua relampagueante del obrero, ni en las ciudades, ni en los campos, ni en las montañas, ni sobre el llano,

y llamaban a revivir el pasado de nuestro pueblo, al resurgimiento de su gloriosa tradición, contestan hoy millares de corazones juveniles desde el campo de las maniobras, donde los soldados ciudadanos nivelados por el sentimiento de la patria, rinden a ésta sus ofrendas con la misma voluntad, con la misma fe, con las mismas virtudes de los que se armaron para crearla en los tiempos de nuestra epopeya legendaria.

"Es que a pesar de los múltiples esfuerzos y las innumerables asechanzas de que se valen los adversarios de la brillante historia de nuestra organización al trabajar desde la escuela primaria hasta los institutos superiores, desde el libro manual hasta las columnas de cierta prensa, desde el círculo íntimo de la tribuna popular, desde el comité hasta el parlamento, por que nuestra sociedad cambie de rumbos, impidiendo que las razas que pueblan el territorio argentino se fundan en el gran crisol de donde surgió esta nacionalidad animada por el fuego del civismo, es lo cierto que hay un alma nacional incontaminada, que antes las notas sublimes de la canción patria y a la vista de la bandera triunfadora, vuelve los recuerdos del pasado y sabe rendir homenaje a los símbolos sagrados, a los patriotas que concibieron, consolidaron y engrandecieron a la tierra argentina, y al ejército que afirmó la libertad de que gozamos a costa de sacrificios incruentos.

"La afirmación de que la patria es la ampliación de la familia, es exacta, porque el hogar tiene trascendencia innegable en la vida del individuo, y la educación del hogar tiene mayor influencia que la educación de la escuela, por lo cual es menester procurar que la escuela sea la prolongación del hogar y que los padres de familia y los maestros marchen de acuerdo. La familia argentina viene bregando para realizar esa concordancia, debemos el tesón con que lucha a la mujer, que sólo concibe a la patria grande mediante las virtudes del hogar.

"En las horas inciertas de la campaña emancipadora, de la organización o de la independencia, como en todos los movimientos sociales, la mujer argentina ha estado a la vanguardia

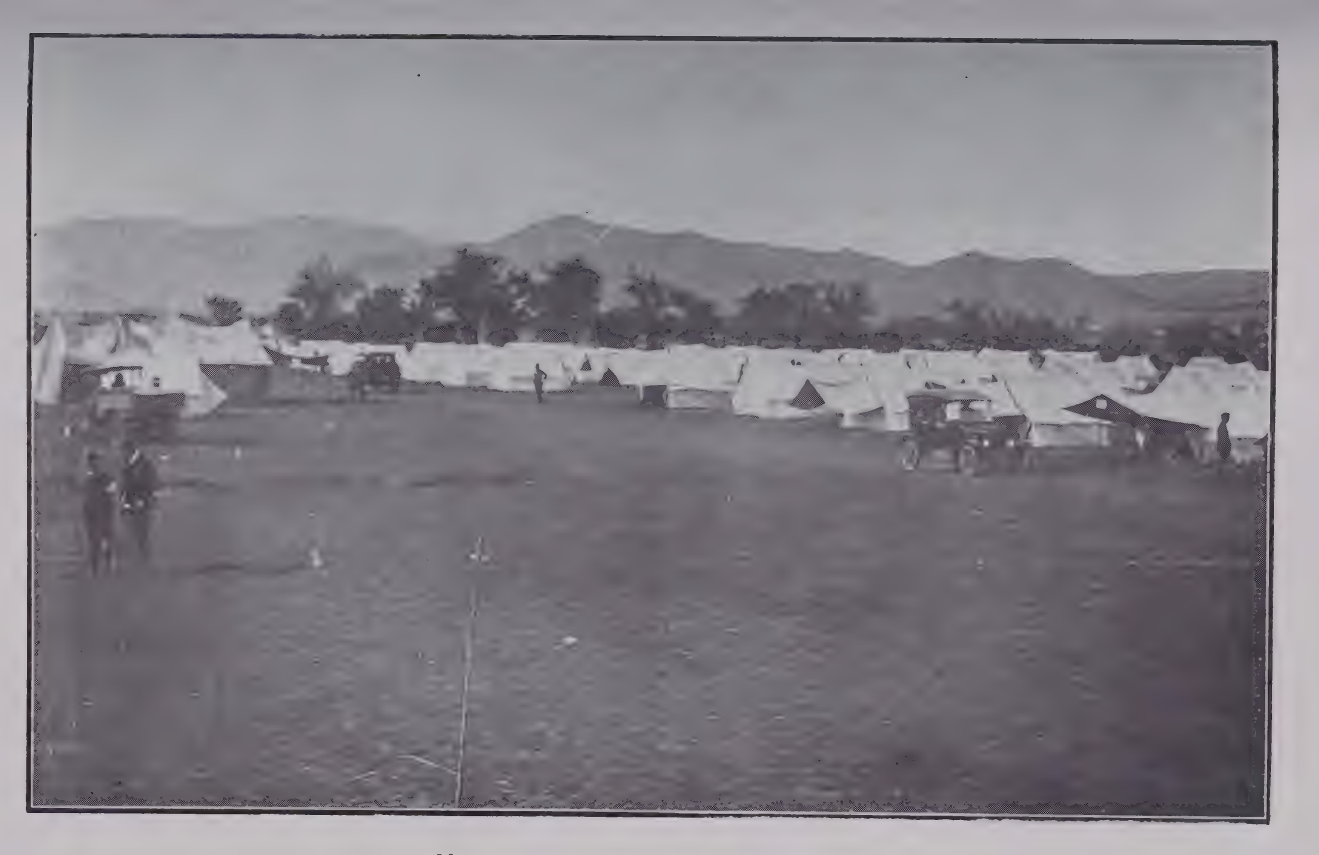
animando a los soldados. Ofreciendo sus joyas para armar al ejército, sirviendo en los hospitales de sangre, fundando y sosteniendo asilos para los huérfanos de la guerra y para los invalidados al servicio de la patria, enseñando con sus ejemplos que el hogar es la escuela de las virtudes ciudadanas.

"Córdoba se prepara a recibir dignamente a los soldados que en el campo de maniobras hacen la escuela de la defensa del orden y las instituciones; ante su pueblo reunido para agasajarlos, desfilarán aquéllos, radiantes de entusiasmo, pero en miles y miles de pechos se sentirá un vacío, porque recordarán a la madre ausente, de la que en el hogar lejano, al ser despedidos para concurrir a las filas, recibieron con el consejo cariñoso de que sirvieran con patriotismo, la bendición que el buen hijo no olvida ni en el tiempo, ni en la distancia.

"Reemplacen las madres cordobesas a las madres ausentes de los soldados ciudadanos, y al aplaudirlos por haber llenado su misión en las filas del glorioso ejército de la patria, unan a los aplausos, las bendiciones que sólo las madres son capaces de brindar.

"La comisión popular formada de caballeros están preparando el homenaje al ejército con particular anhelo de que resulte digno; ¿por qué no se hace participar a nuestras damas en la realización de feliz pensamiento?".

28 de Octubre de 1925.



Un campamento entre las sierras.



Campamento de San Ignacio

Octubre 29.

El 28 a las 5 de la mañana, se inició el movimiento de las tropas hacia el norte, precediéndolo el personal de la dirección general de maniobras, la cual levantó su campamento en Cañada de Alvarez, siguiendo para San Ignacio, en cuya región se iban a iniciar al día siguiente los ejercicios de división de ejército, que constituían los más importantes de estas ejercitaciones por el núcleo de tropas que debían intervenir en la división real y en la figurada.

No fué, en verdad, sin pesar que se levantó carpas en el alegre campamento de Cañada de Alvarez, donde se habían pasado 10 días, en uno de los más hermosos rincones de las sierras, y, siguiendo el movimiento general de las tropas, todos los que formaban en la dirección de maniobras, seguimos para San Ignacio. En el pueblecito de La Cruz se recibió al ejército, a su paso, con toda clase de consideraciones y hasta la escuela local, con su personal docente y alumnos, se declaró en asueto y formó en la calle principal para ver pasar y saludar a las columnas de soldados que, por varias horas, desfilaron hacia sus nuevos puntos de actividad.

El pasaje de río Grande por las tropas, fué otro de los espectáculos interesantes de estas maniobras, pues se puso allí a prueba la pericia de los jefes y los conductores para atravesar ese importante curso de agua sin que se produjeran accidentes, empezándose, desde esa oportunidad, a establecer un jefe de vado para organizar el pasaje de las unidades y un servicio de cuarteo para evitar que un vehículo cualquiera quedara en medio del río y paralizara la marcha de toda la columna.

A la orilla de ese río, a un lado del camino que se guían las tropas, se encuentra la estancia Río Grande pertenecien-

te al general Saturnino García, quien fué durante todas las maniobras en esa región uno de los hombres que más ayuda prestaron a las tropas en campaña. Con el solo propósito de ser útil al ejército, el general García se trasladó de la Capital a su estancia, la que puso a disposición de sus camaradas, con sus campos y elementos utilizables. Su mesa siempre estuvo tendida para los jefes y oficiales que pasaban por allí y en el radio de sus campos se instalaron una plaza de aviación y una de etapas de subsistencia de la administración militar.

Desde que el ejército se puso en marcha, lo hizo ya con su nuevo dispositivo para los ejercicios de gran vuelo que se iban a iniciar, es decir, que, con los tres destacamentos, se formó la división real de maniobras de cerca de 10.000 hombres, y la figurada, de 4.000, tomando el general José F. Uriburu, la dirección de los nuevos ejercicios, mientras los comandos de las divisiones, estuvieron a cargo de los generales comandantes de divisiones de ejército. Por igual motivo, los temas para los ejercicios de división debían ser hechos por el estado mayor de la dirección de maniobras y no por los estados mayores de división de ejército, como ocurría anteriormente con los ejercicios de destacamentos.

La división real de maniobras empezó a concentrarse en La Cruz, al mando del general Gil Juárez, comandante de la 1ª división de Ejército, y la división contraria, que debía enfrentar a aquélla en los próximos ejercicios, o sea el partido colorado, quedó bajo la dirección del general Juan Esteban Vacarezza, comandante de la 5ª división de Ejército.

Siguiendo esa transformación, se dispuso que la aviación militar mantuviera su aeródromo en Río III; pero que debería de establecerse plazas de ejercicios para los de división en La Cruz, estancia García y Potreros de Garay.

Las tropas de comunicaciones, por su parte, levantaron sus líneas tendidas al sur de La Cruz, estableciendo las nuevas para los próximos ejercicios, desde este punto hasta San Ignacio. Estas tropas, de acuerdo con el nuevo estado de cosas, se transformaron en batallón de comunicaciones, cambiando



Atravesando un río.

su anterior organización, por compañías, con que habían actuado en los ejercicios de destacamentos, repartiendo su personal y material entre la división real y la figurada.

Ya desde la noche anterior esas tropas, que estaban al mando directo del teniente coronel Rocco y que se habían distinguido por su rápida organización y espíritu de trabajo, levantaron su campamento de Cañada de Alvarez, despidiéndose del cuartel general con un concierto nocturno de su excelente banda de música, formada por telefonistas, radiotelegrafistas y guardahilos.

Por igual motivos fueron también levantados y siguieron con las tropas hacia el norte, el correo de campaña que funcionaba en el campamento de la dirección general de maniobras, en Cañada de Alvarez, y el hospital de etapas número 2, que estaba en río de Los Sauces, estableciéndose éste en La Cruz.

Al atardecer, las tropas quedaron instaladas en sus nuevos campamentos y la dirección general de maniobras acampó en San Ignacio, a unos 40 kilómetros de su anterior ubicación en Cañada de Alvarez, alzando sus carpas en un hermoso valle, al lado de la estancia de Torres, cuyos propietarios recibieron amablemente al personal de esa dirección y representantes de la prensa, poniendo a su disposición sus campos. Al día siguiente, descansadas las tropas, se iniciaría el primer ejercicio de división de ejército en esa región.

Primer ejercicio de división

El 29 de octubre, tenemos por primera vez, a la división de ejército azul mandada por el general Gil Juárez, concentrada al sur de La Cruz, frente al destacamento colorado, mandado por el coronel Conrado Risso Patrón, núcleo concentrado en la región de Amboy, con la misión éste de retardar el avance de aquélla por los valles del río Santa Rosa y el arroyo Sauce, a fin de asegurar la llegada de la división

colorada a la cual pertenecía y que estaba desembarcando en la estación José de la Quintana.

La situación para la división azul, por su parte, era la siguiente, a la cual tenía que subordinar toda su actividad en el combate que se iba a trabar en el día:

"El ejército principal enemigo se ha detenido en la margen norte del Río III, que fortifica con su ala derecha en arroyo Soroncho. Otras tropas, al parecer de caballería, vivaquean en la región noroeste de la desembocadura del río Grande.

"El ejército atacará mañana al enemigo, elevando su centro de gravedad contra su ala derecha.

"Su división avanzará mañana por el valle del río La Cruz, para posesionarse del valle del río Santa Rosa, a fin de poder actuar posteriormente, contra el flanco oeste y retaguardia enemiga."

Casi entre dos luces, ambos adversarios desprendieron sus exploraciones aéreas y de caballería, y a las 6 de la mañana los dos ejércitos movieron sus tropas hacia el contrario. Los colorados, más débiles, resolvieron fortificarse al norte del río Grande, cuyo paso estaba dispuesto a defender a todo trance, mientras enviaban audazmente su caballería al sur de ese curso de agua para atacar allá del contrario y a sus columnas. Tenían los colorados dos regimientos del arma, reforzados con una batería de artillería y un escuadrón de ametralladoras.

La división azul, en cambio, movió su enorme masa desde La Cruz y formó tres columnas que avanzaron por los caminos existentes en forma paralela, pues, al venir toda la división encolumnada, hubiera ocupado una inmensa extensión de más de 14 kilómetros, lo que requería un tiempo enorme para efectuar el despliegue táctico en momento oportuno. Momentos antes del desdoblamiento, podía verse, con ayuda de los prismáticos, avanzar a esas largas agrupaciones, ascender o bajar los montes, cruzar los ríos y extenderse después al fren-



Después de un alto: Distribución del rancho en campaña.

te con un movimiento que parecía lento visto así, a la distancia, pero que seguía persistente y tenaz en procura de su adversario. Los colorados, mientras su caballería trataba de sorprender a las columnas contrarias, se habían desdoblado y ocupado una sucesión de sierras que dominaban el pasaje del río Grande y desde cuyo punto tenían a su frente una extensa planicie, despejada para el tiro, por donde suponían que necesariamente debían venir las tropas azules para atacarlos. Como medida previa, sólo se había simulado la destrucción de los puentes, para dificultar aun más a los adversarios el cruce de ese curso de agua. Cuando se vieron aparecer a las tres columnas enemigas, la caballería colorada que había dado un gran rodeo y vadeado el río Grande, cayó sobre la columna de la izquierda, batiéndola con sus ametralladoras, cañones y fusiles. Esta coulmna sufre pérdidas sensibles; pero, sin desorganizarse por ello, reforzó a sus tropas debilitadas y atacó a su vez, por el norte, a la caballería contraria, apoyando su ataque con una batería de artillería, provocando así un combate de los llamados de frentes invertidos.

Mientras estos hechos tenían lugar entre las caballerías, a las 10 aparecieron las primeras puntas de infanterías azules desdobladas, dirigiéndose sus tres columnas hacia los pasos del río Grande, con las tropas del centro adelantadas, en relación con las dos restantes. La columna de la derecha había quedado algo retrasada por tener que cruzar un desfiladero muy estrecho, batido por los fuegos contrarios, y a la izquierda, por los ataques de la caballería contraria, de que informamos más arriba.

Se inició entonces un intenso fuego por ambas partes, en el que intervinieron la caballería, los fusiles automáticos y las ametralladoras, tratando las fuerzas azules de aferrar al contrario en su frente, mientras iniciaba un movimiento envolvente para destruirlo. Ante ese peligro de aferramiento, como la misión de los colorados era sólo de retardar el avance de los contrarios, sin hacerse destruir, iniciaron la retirada, para hacerse fuertes en unas lomas más a retaguardia, y

reiniciar más tarde un nuevo combate de retención del contrario. Ante esta retirada, los azules, en un hermoso empuje, cruzaron el río por diversos sitios y redoblaron su ataque frontal y envolvente; pero, la dirección de maniobras habiéndose llegado ya al punto deseado, mandó hacer alto el fuego con la condición expresa de que ambos adversarios quedarían en las posiciones alcanzadas, para continuar al día siguiente el combate bajo otra hipótesis que diera un nuevo interés al desarrollo del tema táctico iniciado y permitiera renovar la iniciativa de los comandos.

Homenaje del ejército a Vélez Sársfield

Durante los preparativos preliminares de la organización de estas maniobras, en una comida de jefes de cuerpos de artillería que realizaban su campaña de tiro y los corresponsales de los diarios "La Prensa" y "La Nación", en la región del río de Los Sauces, nació la idea de tributar un homenaje al creador de nuestro código civil, el doctor Dalmacio Vélez Sársfield, aprovechando el momento en que la división de maniobras pasara por Amboy, pueblecito en el cual, ocasionalmente, naciera ese gran argentino.

La idea, comunicada a la superioridad, fué entusiastamente acogida y propiciada por el Ministro de Guerra general Justo quien encargó al Arsenal de Guerra que fundiera una placa de bronce, la que, con una leyenda apropiada, sería colocada, como un homenaje del ejército, en la casita, ya en ruinas, en que viera la luz el autor de nuestros códigos, en el momento en que las tropas pasaran por Amboy.

Había llegado, pues, el momento de cumplir el mandato ya que, después del combate que acabamos de relatar, casi todo el ejército en campaña se encontraba en marcha por los caminos de la región, en procura de sus campamentos.

Bello y soberbio marco, en verdad, ese en que se iba a encuadrar el homenaje de la institución armada—nervio y brazo



Un homenaje del ejército al Dr. Vélez Sarsfield en la casa en que nació.

que sustentan las instituciones y las leyes—al que creara sus códigos sustentadores de la justicia nacional. En efecto: por los caminos, entre las serranías, a través de los bosques en medio de los cuales está casi escondido el pueblecito de Amboy, las tropas marchaban, terminada su labor del día, cruzando, cubiertas de polvo, y llevando su completo equipo de combate, ante la cuna de Vélez Sársfield como en un desfile de honor magnífico, mientras grupos desprendidos de sus fuerzas compuestas por tropas de caballería, hacían los honores correspondientes al descubrirse la placa conmemorativa.

La casa del codificador, está situada en las afueras del pueblito y de ella quedan sólo una de las paredes frontales y restos de dos laterales, hechas de adobe, viéndose los escombros del resto de las paredes por el suelo. En el espesor del único muro sano, se advierte el nicho donde quizá estuvo una virgen que presidiera al nacimiento de Vélez Sársfield, y, en lo que fuera patio un gran tala, quizá centenario, da sombra a esas ruinas.

Hasta allí se trasladaron los representantes del ejército y de la prensa, procediéndose a la colocación de la placa, la que hubo necesidad de colocar sobre dos trozos de madera pues las paredes en ruinas de la casa no hubieran resistido su peso. Se encontraban presentes en la ceremonia el doctor Loredo Juárez, auditor de guerra, en representación del ejército, las autoridades del pueblo, representantes de "La Nación", señor Félix F. Storni; de "La Prensa", Angel Pérez Franco; de "La Razón", señor Pozzo Ardisi; de "El Diario", señor de Aguilar; de "Los Principios", de Córdoba, señor Spanoghe; de "Crítica", señor de la Fuente; el jefe del destacamento colorado coronel Conrado Risso Patrón que presidió la ceremonia militar, senador provincial doctor Carranza, el propietario de las tierras donde está situada la casita en que nació Vélez Sársfield, señor Michetti, un grupo de vecinos de Amboy y jefes y oficiales del ejército. Tropas de caballería, formadas en línea al frente de la casa, hizo los honores del

caso mientras se efectuaba la ceremonia, desfilando, terminada ésta, ante aquélla.

El doctor Loredo Juárez, en nombre del Ejército hizo entrega a la población de la placa en que la institución armada con sus tropas en maniobras, rendía homenaje al gran hombre de ley, y, en un conceptuoso discurso en que destacó la personalidad de Vélez Sársfield, entregó a la custodia de sus compueblanos la placa aludida, hasta que se levantara sobre esas ruinas ya históricas el obelisco proyectado, así como la escuela que llevará el nombre de aquél, para los cuales han sido donados los terrenos necesarios por su propietario, quien correrá también con los gastos que esos proyectos demanden.

Terminada la ceremonia, se levantó un acta ante el escribano del lugar, en la que se dejó constancia del homenaje y entrega de la placa a la custodia del pueblo de Amboy, firmando ese documento todos los presentes.

Tormenta sobre el vivac

Ese mismo día cuando el sol empezaba a declinar, el tiempo que durante la mañana se había mostrado un tanto benigno, se sacudió fuertemente y se descompuso en medio de una batahola infernal de viento, tierra y agua que cubrió enteramente todo el campamento y sus alrededores. Fué un espectáculo imponente viéndose el cielo obscurecido por los negros nubarrones que varias horas antes habían andado rodando por todo el horizonte y que desde que aparecieron ante nosotros giraban incansablemente, confundidos ante las lejanas alturas de las serranías vecinas, sin detenerse en ninguna parte, hasta que al fin se dirigieron hacia donde estábamos. A las primeras señales de la aproximación de la tormenta las carpas fueron trincadas nuevamente y las fuertes riendas que las aseguran a la tierra, se extendieron todavía más, sin que por eso dejaran de sacudirse a cada golpe de viento que recibían las



La higiene en campaña.

lonas, amenazando por momentos con desatarse de las estacas que las mantenían sujetas al suelo.

Las paredes y las cubiertas de estas habitaciones de campaña, se agitaban continuamente a impulsos de las vertiginosas ráfagas de aire que las movía, hasta que las más fuertes se colaron al interior de las carpas, después de desatar sin miramientos las cuerdas que sirven para cerrar el frente de aquéllas, que es el costado que se transforma en puerta de acceso, en razón de ser el único que puede oficiar de tal. Entretanto, el trueno seguía retumbando entre los cerros y encima de nuestras cabezas, repitiéndose los ecos de las explosiones atmosféricas de un extremo a otro del campamento.

Las nubes tenían una coloración roja subida y una claridad opaca luchaba entre torrentes de agua para tratar de iluminar la escena, llevando algún sosiego a la falange de hombres que apenas encontraban su reparo, bajo las pequeñas carpas que amenazaban a cada rato ser arrancadas de donde se encontraban.

Durante media hora la tormenta domina a todo el lugar y aun después de ese tiempo su furia no disminuye en nada, como si la naturaleza hubiera querido indicar, otra vez, que sus fuerzas no se ajustan a ninguna de las previsiones que bordan los humanos en torno a los movimientos de sus elementos. Por un largo instante sigue todavía rugiendo el viento y el agua, hasta que al fin amaina el temporal y cesa el estrépito de la lluvia, mientras en el seno del campamento renace la actividad para dar término a las tareas de la instalación del cuartel de San Ignacio, en que se estaba trabajando cuando explotó la tormenta. Aun el sol, un tanto despejado el cielo, envió sus rayos postreros al pequeño mundo allí reunido y todos se dispusieron para continuar al día siguiente, sus faenas militares. Esa tarde fué escrita la impresión que reproducimos enseguida:

"Nada puede contristar el espíritu de 14.000 soldados que reciben en estos momentos el azote de la tormenta, después de 15 días de constante trabajo, alejados de los suyos y en

varios casos sin una sola noticia de ellos desde el día de la partida. A pesar de todo, están contentos. Mientras redacto este despacho, apenas alumbrado por un pequeño farol de petróleo cuya débil luz lucha con el viento que nos sacude, y en tanto se escucha la caída del agua sobre la lona, un conscripto pasa tarareando la letra de un tango. Razón tenemos, pues, para afirmar que, pese a todo cuanto ocurra, el conscripto argentino sale airoso de las más rudas faenas y de los más fatigosos esfuerzos que se le pueden exigir en el cumplimiento de sus deberes."

Segundo ejercicio

Octubre 30.

En el segundo ejercicio de división, entraron a mandar ambos partidos los generales comandantes de divisiones de ejército, estando la división real azul a órdenes del general Martín Rodríguez y la figurada o sea el destacamento colorado, al del general Juan Esteban Vacarezza. En el ejercicio anterior, como se sabe, estos últimos, después de un reñido combate en las márgenes del río Grande, se retiraron a una posición de retaguardia, con el fin de evitar el aferramiento de su frente y el amago de envolvimiento de su ala derecha iniciado por los azules, movimiento indicado por las circunstancias, pues teniendo como misión retardar el avance de sus contrarios para dar tiempo a que la división de ejército a que pertenecía pudiera desembarcar y entrar en combate, con esos encuentros sucesivos cumplía las órdenes que se le había dado en ese sentido.

Los colorados, desprendidos del combate el día anterior, fueron a ocupar una nueva posición en las alturas al norte de Cañada Grande, donde se aprestaron a presentar combate a sus adversarios, que se encontraban con sus fracciones de tropas más adelantadas a la altura del río Grande, entre San Rafael y Paso de las Carretas.



Pasaje del Río Reartes por una columna de artillería.

La división azul, que había empeñado su primer combate con sus tropas desdobladas de sus columnas, al reiniciar su marcha en procura del enemigo, cambió ese dispositivo, uniéndose la columna de la derecha con la del centro, quedó con lo que está constituída por una masa más fuerte, mientras la columna de la izquierda continuó su camino en la misma forma de ayer, es decir, constituyendo siempre una amenaza de envolvimiento para la derecha del enemigo, apenas pudiera aferrarle el frente en el próximo combate.

Tenían prisa los azules, en cumplimiento de la misión que llevaban en arrollar lo más pronto posible a su adversario para llegar sin obstáculos hasta el valle de Santa Rosa; pero sus contrarios, que sólo querían retardar esa marcha, se preparaban para ofrecerles un nuevo combate en su segunda línea de resistencia en las alturas de Cañada Grande, escurriéndose siempre antes de empeñarse seriamente.

A las 10 de la mañana, chocaron ambas vanguardias, trabándose un combate de artillería, apoyada por ametralladoras, ocultas éstas en nidos bien enmascarados para evitar la observación aérea. Esta vez, las tropas de vanguardia de los azules estaban formadas por los regimientos de infantería de la capital, el 1, 2, 3 y 4, apoyados por su artillería de acompañamiento, tropas que marcharon gallardamente, por sierras montuosas, gargantas y desfiladeros, sin manifestar ya ningún cansancio, por su mayor entrenamiento y el estímulo de superar a los incansables conscriptos norteños.

Pudo así verse nuevamente el soberbio espectáculo del despliegue de esta división de ejército, compuesta por cerca de 9.000 hombres, pues cuando se efectuó el desdoblamiento, ese gran núcleo de tropas se extendió en un amplio frente de cerca de 5 kilómetros, avanzando la infantería en olas sucesivas y la artillería por tramos, cambiando frecuentemente sus emplazamientos hacia adelante, en protección de aquélla.

Los rojos, entretanto, se defendieron bien en su nueva posición, haciendo actuar a su artillería e infantería, mientras desprendía núcleos fuertes de caballería, que marcharon ocul-

tas por las hondonadas, tratando con ellos de caer por sorpresa sobre las columnas enemigas, para desorganizarlas y detener así su avance, aunque fuera por algunas horas.

Pero llegó un momento, como en el combate anterior, en que los rojos vieron, o creyeron ver, el amago de aferramiento del frente y envolvimiento de su derecha y, quizá algo prematuramente, iniciaron una nueva retirada, retrogradando por escalones sucesivos, bajo la protección de su artillería, ametralladoras y caballería, y fueron a ocupar otra posición más al norte de arroyo Seco, con la intención de preparar una nueva resistencia allí.

Era evidente para los azules que sus contrarios eludían el combate serio, por lo que resolvieron continuar la marcha con sus tropas desdobladas, para estar siempre prontos para entrar en acción. Su masa de artillería protegió el avance de esas tropas desdobladas, avanzando por saltos por cada altura, en forma de estar en condiciones, en cualquier momento, de sostener la marcha de sus propias tropas. Era, como se ve, el comienzo de una persecución, con el propósito de no dar tiempo al adversario para que se hiciera fuerte en una nueva posición a retaguardia.

En ese momento, el director de maniobras mandó suspender el ejercicio, el que se había desarrollado bajo un calor intenso y un sol implacable, inconvenientes que se hacían algo soportable por la brisa seca y fresca que soplaba sobre las sierras. Realizada la reunión de oficiales, el director de maniobras hizo la crítica correspondiente, a la que asistieron también, por primera vez, los generales Ruprecht, del ejército uruguayo, y Schenone, del paraguayo, invitados especialmente por el Ministro de Guerra para presenciar estas maniobras y que habían llegado en el día al campamento con tal objeto.

El general Uriburu, al hacer el comentario del desarrollo de estos dos días de ejercicios de división, expresó su complacencia por la forma cómo ambos comandos habían conducido a sus tropas, teniendo palabras de aliento por las caballerías



Los agregados militares extranjeros presenciando uno de los ejercicios.

de los dos partidos. Terminó su comentario expresando que quizá hubiera sido conveniente, por parte del partido colorado, haber combatido más tiempo en cada posición, ya que con ello retardaba, como era su misión, el avance de la división contraria.

Los generales Schenone y Ruprecht, que habían seguido con marcado interés, ese ejercicio, acompañados por sus ayudantes argentinos tenientes coroneles Ferrari y Gras y sus ayudantes de campo de sus respectivos países, se manifestaron en términos elogiosos para las tropas, así como de las aptitudes de mando de los jefes y oficiales.

Los militares extranjeros

Además de los oficiales extranjeros especialmente invitados para asistir a las maniobras, generales Schenone y Ruprecht, paraguayo y uruguayo, respectivamente, el Ministro de Guerra autorizó a los agregados militares acreditados en nuestro país, para asistir a los ejercicios más importantes de estas ejercitaciones, que lo eran los de división de ejército, quienes previamente, habían manifestado deseos de asistir a ellas.

Dichos militares extranjeros, que se incorporaron al ejército, en el campamento de los Potreros de Garay, con sus trajes de campaña, eran los siguientes:

Agregado militar de Chile, coronel Manuel Bulnes y mayor Rafael Poblete M.; de Inglaterra, teniente coronel aviador Arthur Vere Bettington; de España, mayor Julián Chacel Norma; de Estados Unidos de Norte América, mayor Ralph W. Dusenmerry; de Francia, mayor Jaime Lamarzelle; del Japón, mayor Hiraku Seya; del Brasil, Valentín Benicio da Silva; de Italia, capitán aviador Ludovico Censi. Acompañados por el teniente coronel José Alvea, jefe de una de las divisiones en la Secretaría del Ministerio de Guerra, los agregados salieron el 30 de octubre para Córdoba, siendo saludados, a su llegada, en la estación, por el Jefe de Policía de la

Provincia, teniente coronel, retirado, Alberto Garzón, quien les manifestó que el gobernador doctor Cárcano, los recibiría gustoso en cualquier momento, en vista de lo cual pasaron al despacho de dicho magistrado, donde fueron amablemente cumplimentados por el gobernador y sus ministros. Por la tarde, los visitantes salieron para la estación José de la Quintana, donde se les tenía preparado todo lo necesario, alojándose en el mismo vagón del ferrocarril que los condujo hasta allí.

Salieron el 2 de noviembre en automóvil para el campamento de la dirección de maniobras, en Potreros de Garay y presenciaron uno de los ejercicios de división, almorzaron con el personal de la dirección aludida y regresaron por la noche a sus alojamientos de José de la Quintana. Al día siguiente, que lo era de descanso para las tropas, los agregados militares, siempre acompañados por el teniente coronel Alvea, lo aprovecharon para visitar los distintos campamentos, así como Alta Gracia y sus alrededores, almorzando en el Sierras Hotel.

El 4 de noviembre, último de los ejercicios que se realizaron con la presencia del gobernador de la provincia doctor Cárcano, los agregados concurrieron a ese trabajo, así como al almuerzo que se sirvió con motivo de aquella visita y la terminación de las maniobras. Esa misma tarde regresaron en automóvil a Córdoba, embarcándose allí de regreso a esta Capital.

Regresaron el 8 a la capital de la provincia para asistir a la gran revista y desfile, presenciando todas las fiestas que se organizaron en honor del ejército, aunque esta vez, con motivo de celebrarse un nuevo aniversario del armisticio de la gran guerra, la mayoría de los agregados militares de naciones europeas, no pudieron realizar este viaje con sus colegas americanos.



De San Ignacio a Potreros de Garay



Conscriptos lavando las marmitas en el Río III.

Octubre 31.

Habían terminado los dos primeros ejercicios de división, y se iba a iniciar un nuevo movimiento de las tropas hacia el norte, buscándose, para los finales, la mayor aproximación hacia Córdoba. Como en los traslados anteriores, este salto de San Ignacio a los Potreros de Garay dió ocasión a marchas y escenas interesantes, las que interrumpían los trabajos y preocupaciones de los días de intensas tareas militares en las sierras, daban también oportunidad a la dirección de maniobras, para hacer provechosas operaciones sobre la marcha y resistencia de las tropas, la forma en que se desempeñaban los servicios de abastecimientos y el rendimiento de los vehículos de transportes, ya fueran a tracción mecánica o a sangre en relación con los caminos y el terreno en que actuaban.

El 30, después del ejercicio, pasaron las tropas al descanso y al día siguiente, a las 5 de la mañana, se inició ese nuevo movimiento hacia el norte, precedido, como las veces anteriores, por la dirección de maniobras que a esa hora batió carpas y levantó su campamento de San Ignacio, continuando para estancia Tulzer, en los Potreros de Garay.

Era éste el trayecto más largo que iba hacer el ejército, de cerca de 60 kilómetros, con el agregado que se realizaba con cierta precipitación, pues, noticias llegadas de la aviación que tenía que atravesar, indicaban que estaban creciendo los ríos como consecuencia de las últimas lluvias, lo que obligó a la dirección de los ejercicios a apresurar la marcha hacia el norte, evitando así los inconvenientes de quedar cortados por unos días hasta que, descendieran las aguas.

Además de pequeños arroyos, las tropas tenían que atravesar el río Santa Rosa, el Reartes, arroyo del Medio y el

Espinillo, todos ellos crecidos y con las rapidísimas corrientes característica de los cursos de agua de montaña.

Se encolumnaron las tropas a la hora indicada y se pusieron en marcha costeando el Santa Rosa, primero, a través de los buenos caminos que siguen por los rientes valles verdegueantes extendidos al pie de las cumbres Chica e Hinojo, y por las márgenes del Reartes, después, hasta Potreros de Garay. Previamente, las tropas de ingenieros que, a las órdenes del teniente coronel Montes, tan buenos tendidos de puentes y trabajos de la especialidad habían ejecutado desde que se iniciaron las maniobras, habían compuesto y ensanchado los caminos en algunos puntos para dar paso a la artillería y al bagaje pesado y realizado obras que facilitaban, dentro de lo posible teniendo en cuenta que había llovido fuerte la tarde y noche anterior, la marcha de las columnas.

"Claveles mendocinos"

Seguimos a caballo la marcha de las tropas, la que se realizó en buenas condiciones hasta las orillas del Reartes, que tuvo que vadear el ejército con sus propios medios, no obstante ser sus aguas profundas y estar en esos momentos algo crecido, corriendo con gran velocidad. Antes de llegar allí, las tropas atravesaron una planicie árida de varios kilómetros, sin agua ni árboles que el sol de mediodía batía implacable, no obstante lo cual no hubo entre los conscriptos ni un rezagado, ni un insolado.

Cuando llegamos a la orilla del río, estaba pasándolo una división, habiéndose establecido un jefe de vado y servicios de cuarteles para los vehículos de tracción mecánica que eran los que más fácilmente se quedaban en medio de la corriente por entrar agua en sus motores, o encajarse sus ruedas bajas en el limo del fondo.

Acompañado por un grupo de jefes, nos detuvimos en las orillas, protegidos por una hermosa arboleda, para presenciar



Un almuerzo en campaña.

el pasaje de las tropas y dar un descanso a los caballos, mientras los conscriptos que nos acompañaban encendían fuego y preparaban un costillar, que hubo de suspender sobre las brazas, por un alambre atado a una de las ramas de un sauce, por carecer de asador.

En esa ocasión oímos por primera vez, cantada por las tropas, la zamba llamada "Claveles mendocinos" que tan popular se hiciera más tarde en el ejército y en el pueblo durante la permanencia de aquél en Córdoba. Llegó a la orilla del Rearte un regimiento norteño y pasaron, primero sus jefes, quienes se detuvieron sobre unas piedras en mitad de la corriente que corría rápida, clara y profunda. Cruzó después el vado la banda de música del regimiento y, una vez en la orilla opuesta, empezó a tocar una alegre marcha militar.

Las tropas, en la orilla opuesta, en situación de descanso, esperaban la orden de sus jefes para empezar a vadear el río.

Un oficial, metido ya hasta las rodillas en medio del agua gritó a la tropa:

—Conscriptos, a descalzarse!—dando después la orden de cruzar el río.

Cuando las tropas norteñas estuvieron en medio de la corriente, la banda desde la otra orilla rompió a tocar "Claveles mendocinos", la que fué coreada por todos los conscriptos, quiénes en un solo impulso, llegaron a la margen opuesta, sin el menor accidente, siendo entonces recibido por una diana por su banda, mientras volvían a calzarse para reanudar la marcha.

Acto meritorio de un conscripto

Otro episodio interesante de esa marcha, fué el acto heroico del conscripto Alfredo Martino, quien, con peligro de su vida y sufriendo las torturas de quemaduras graves en las piernas, evitó que se despeñara un camión en un precipicio y perecieran los compañeros que venían en el vehículo. Este

conscripto, venía guiando a uno de los grandes y pesados camiones, tan difíciles de conducir, que estaban en ensayo en estas maniobras, teniendo otro compañero en el pescante. Mientras el carro bajaba de las sierras y estaba en la cima de una pendiente blanqueada por un precipicio, se rompió uno de los caños de los condensadores y el vapor empezó a quemar las piernas del conscripto Martino que estaba en el volante y los pies de su compañero. Este se arrojó inmediatamente al suelo; pero aquél, comprendiendo que si abandonaba la dirección del camión se despeñaría con todos los conscriptos que iban en el interior, se mantuvo estoicamente en su puesto hasta dejar el vehículo fuera de peligro. Llevado a una ambulancia de socorro, Martino fué curado de primera intención y todo vendado y lleno de algodones, volvió a su puesto que se resistió a abandonar hasta que llegó así al campamento de Potrero de Garay.

Informada la dirección de maniobras de lo acontecido, se hizo conocer al día siguiente en la orden del día del ejército en campaña la conducta ejemplar de este conscripto, quien fué ascendido a cabo. La orden aludida del general Uriburu, estaba así redactada:

"El director general de maniobras recomienda al Ejército la conducta ejemplar del soldado Alfredo Martino, del primer grupo de aviación, y la recomienda por que ella honra a quien evidencia tan preciadas virtudes militares y por que quiere dejar pública constancia de un hecho que pone de relieve el fondo moral que alienta a los soldados argentinos.

"Martino recibió en octubre 31 orden de conducir un camión; cumplía esta orden cuando estalló un caño que le quemó el pie, causándole grave mal. En esa ocasión, ni el dolor físico ni la amenaza del peligro fueron suficientemente fuertes para hacerle olvidar que ante todo debía cumplir su deber, y fué así como sin abandonar el camión, cargado de compañeros, conjuró la amenaza que se cernía sobre la vida de éstos, y normalizó la situación de su vehículo.



Los niños de las escuelas cordobesas saludando a su paso al ejército.

"Con ser elogiosa esta actitud que revela un corazón imperturbable, una serenidad a toda prueba y un sentimiento de camaradería ejemplar, en nada desmerece la conducta observada por el conscripto Martino, después de la primera cura; en efecto, se sobrepone al dolor y sigue el cumplimiento de la orden recibida, con la voluntad sincera y tenaz de alcanzar el objetivo que se le había encomendado.

"Así han sido siempre los soldados de nuestra estirpe; han acreditado un grave amor al servicio, un constante deseo de ser empleados en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga, y han sabido cumplir con su deber.

"En mérito de su conducta asciéndese a cabo al soldado Alfredo Martino; esta orden debe ser leída en todas las unidades del ejército."

Alojado y atendido provisoriamente en una de las carpas de la dirección de maniobras hasta su traslado al hospital divisional de Córdoba, el cabo Martino fué visitado allí por el Ministro de Guerra, el inspector del ejército, general Uriburu y los jefes y oficiales adscriptos al alto comando.

Una noche toledana

La primer noche pasada en el nuevo campamento de Potrero de Garay, donde se llegó al anochecer, por las tropas y los que hicieron el trayecto a caballo, estamos seguros que será inolvidable para muchos jefes y oficiales y, principalmente, para los representantes de la prensa que seguían con el ejército, en la dirección de maniobras.

Fué aquella en efecto, una noche toledana, llena de incidentes jocosos que en algunos momentos llegaron a parecer trágicos para los segundos. El largo trayecto recorrido, y los numerosos cursos de agua que hubo que atravesar, un incendio de campos que cortó las columnas de bagajes, lo pesado de los caminos a recorrer y lo cargado que venían los grandes camiones, hicieron que no llegaran hasta el día siguien-

te, después de mediodía, las carpas, carros de campaña y efecto de cocina del personal superior.

Una que otra carpa llegada a media noche en el camión manejado por el cabo Martino y una cocina de campaña caída allí, por casualidad, era todo lo que existía en el campamento cuando arribó todo el personal del alto comando y el grupo de periodistas que formaba parte del mismo.

Para hacer la situación más apremiante, empezó a lloviznar al caer la noche, cubriendo el campamento una niebla helada y penetrante, inconvenientes que encontraban a los periodistas sin defensa, pues al partir del anterior campamento, en medio de un calor sofocante habían dejado en los bagajes los capotes e impermeables.

Con muchas dificultades, pudo hacerse funcionar la única cocina existente, con lo que se logró sopa y carne. Se comió a la intemperie, en el suelo, en grupos; pero con esto, entonado el espíritu y el cuerpo, renació el buen humor proverbial en el campamento y empezaron a chisporrotear las bromas como fuego de artificio, comentándose las diversas incidencias de esta situación y las impresiones de cada uno. Sin embargo los apuros retornaron más tarde cuando, cansados de ambular por los campamentos, a la intemperie y sin abrigo. los jefes y periodistas trataron de dormir. Se esperaban siempre los carros, que no llegaban y el buen humor se iba apagando con la esperanza de tener las carpas y carros.

A las 12 de la noche, los periodistas se acomodaron en una de las pocas carpas que habían llegado preparándose para dormir en la forma más confortable posible, tendiéndose democráticamente uno al lado del otro, en el suelo. Como no había qué poner abajo o arriba, todos se quedaron vestidos y calzados. Hubo quien ni se sacó los anteojos, pretextando que éstos le protegerían la cara contra el frío, no obstante la opinión contrario de un compañero, quien opinaba que, como era algo sordo, no lo iba a sentir mayormente. El dormitorio ese presentaba todo el aspecto de la sentina de uno de los transportes de la armada, cuando conduce penados a



El Ministro de Guerra general Agustín P. Justo a su llegada a la estación Berrotarán.

Ushuaia. Estos incidentes constituyeron otros tantos temas para los chistes del campamento al día después, que, como ocurre en tales ocasiones, estos percances resultan graciosos después que pasan y en esta oportunidad no podían ocurrir las cosas en forma diversa.

Segunda visita del Ministro de Guerra

Octubre 31.

Constituída la dirección de maniobras en el campamento de los Potreros de Garay, para iniciar los dos ejercicios finales de división de estas grandes maniobras, el 31 de octubre por la noche, llegó al campamento el Ministro de Guerra, acompañado por su secretario el mayor José M. Sarobe y su ayudante de campo Santos Rossi, con el objeto de presenciar esos últimos trabajos, visitar las tropas en sus campamentos respectivos y asistir, más tarde a la formación y desfile de Córdoba.

Recibieron al general Justo el director de maniobras general Uriburu y todo el personal del comando, alojándose en la estancia Tulzer, situada camino por medio de nuestro campamento, que sus propietarios pusieron a su disposición y donde estaban también el general Uriburu y los generales paraguayo Schenone y uruguayo Ruprecht. Desde su llegada, como en su visita anterior, el Ministro se puso en contacto con las tropas, recorriendo los vivaques y asistiendo a todos los ejercicios desarrollados de día así como a los nocturnos. Al siguiente día de su arribo, montó a caballo desde por la mañana, pasando todo el día entre sus tropas, visitando a los generales jefes de división y jefes de unidades, comiendo donde se encontraba, incansable y siempre vigilante para reparar cualquier olvido que pudiera perturbar el desarrollo final de los ejercicios o causar inconvenientes a los conscriptos que hiciera peligrar su salud, su bienestar o el éxito de la campaña.

Terminadas sus jiras durante el día, sin volver a su alojamiento, continuó a caballo, presenciando todos los ejercicios desarrollados durante la noche y sólo regresó para descansar a las 9 de la mañana del día siguiente, cuando, terminado el ataque nocturno, y la crítica que le siguió, las tropas y el personal de la dirección de maniobras, volvieron a sus campamentos.

Era evidente la satisfacción del Ministro después de estas jiras y comprobaciones personales del estado del ejército, pues en todas partes encontró el mejor espíritu, la más decidida voluntad de trabajo por parte de las tropas, las que, una vez más habían dado una prueba soberbia de la resistencia y disciplina que caracterizaron siempre a nuestros soldados, impresión que nos expresó con toda sinceridad y entusiasmo en conversaciones que tuvimos con él después de estas visitas e inspecciones.

Durante su permanencia en el campamento el general Justo tuvo un acto de señalada deferencia hacia la prensa, visitando por la noche en su carpa, apenas tuvo conocimiento del hecho, uno de los representantes de los diarios de la Capital que acababa de sufrir un grave accidente de automóvil, poniendo a su disposición todos los recursos de que disponía allí el ejército y que pudiera aquél necesitar.

Tercer y cuarto ejercicio de división

Noviembre 1 y 2.

Las tropas de la división azul, que estaban al mando del general Martín Rodríguez y las coloradas, que dirigía le general Juan Esteban Vacarezza, quedaron acampadas en la gran cuenca de los ríos tributarios del Río II, limitada por el dorsal de las sierras del Hinojo y Cumbre Chica que caen sobre la estación José de la Quintana, las primeras vivaqueando en los alrededores de Santa Rosa y las últimas, al norte del río de Los Reartes, desde cuyos puntos debían ini-

ciar sus combates, de acuerdo con nuevas situaciones de guerra.

La región, montañosa y cruzada por numerosos cursos de agua, se prestaba admirablemente para el desarrollo de los más variados temas tácticos, y las tropas, después de un día de descanso, estaban nuevamente capacitadas para realizar un esfuerzo más. La división azul, el 1º de noviembre, al tener conocimiento de su tenaz adversario, el destacamento colorado, reforzado con tropas frescas, se preparaba a la defensa en las alturas situadas al sur del arroyo del Medio, decidió marchar a su encuentro durante el día, acercándose a la posición lo más posible, con el propósito preconcebido de que, llegada la noche, poder avanzar aun más hasta la distancia de asalto y caer sobre él.

En esta ocasión, el comando azul cambió su táctica anterior, buscando ahora una acción decisiva en las primeras horas del amanecer del día siguiente. A ese efecto, dió otro dispositivo a sus fuerzas, pues, si bien es cierto que las organizó nuevamente en tres columnas, las misiones de ellas fueron diversas de las que habían tenido en los combates anteriores.

Se dispuso que la columna del centro trabara combate con la exclusiva misión de aferrar al enemigo en su posición defensiva, mientras las dos restantes debían ejecutar un doble envolvimiento para cerrarle toda la retirada hacia una nueva posición a retaguardia. Durante todo el día, marcharon las tropas azules en procura del enemigo y, al anochecer, hicieron alto cerca de su posición, para reanudar la marcha de acercamiento a las 12 de la noche, protegidas por las sombras de la noche y una espesa neblina que se había levantado sobre las sierras bajando hasta los caminos.

Reanudaron, pues, los azules su marcha hacia adelante a media noche, y al amanecer, cuando se hizo posible la orientación, las tres columnas azules, como estaba proyectado por su comando, cayeron sobre la posición ocupada por los rojos una de ellas algo retardada; pero se dieron cuenta que caían en el vacío, pues, sigilosamente, moviéndose los hombres y los

caballos sin hacer el menor ruido, las tropas coloradas, que durante el día realmente ocuparon esa posición, la abandonaron, aprovechándose de la obscuridad y la niebla, y fueron a situarse en otra, más al norte del arroyo del Medio, para lo que tuvieron que vadear este curso de agua.

Esta estratagema—escribía un periodista que presenció el episodio, a su diario—realizada con el más profundo silencio, con los soldados que se movían en la semiobscuridad como espectros, dejando en la primera línea, en contacto con el atacante, algunos tiradores, produjo todo el efecto deseado y logró engañar al enemigo. Sin embargo, la división azul, al darse cuenta del engaño y de que los colorados se les escurrían de la mano, siguió avanzando con toda energía, y a las 6 estuvo sobre él, produciéndose un nuevo combate, con buen éxito, no obstante que una de las columnas azules, la del ala derecha, se había retrasado en la marcha y llegó un poco tarde al combate. Quizás esta circunstancia pudo ser aprovechada por los rojos, quiénes, en vista de la situación de esas tropas aisladas, pudo haber enviado contra ellas sus reservas para tratar de rechazarlas y caer después sobre las tropas enemigs del centro, batiéndolas así en detalle.

Este combate nocturno, fué otro de los tantos magníficos espectáculos que ofreció el ejército durante estas ejercitaciones, pues, desde los comienzos de la acción nocturna, todos los elementos se combinaron para dificultar el manejo de las unidades y tenerlas a la mano. El amplio terreno de la acción se cubrió de una niebla espesa en forma tal, que en los caminos, en los alrededores de los barrancos que circundan el arroyo del Medio y sobre las cimas de las sierras, no podía distinguirse un soldado o un caballo a los pocos metros, lo que impedía a los combatientes, tomar sus disposiciones de acuerdo con la posición del enemigo, y a los espectadores y árbitros, seguir las incidencias de la lucha. Pero al iniciarse la madrugada, un fresco viento del noroeste despejó de improviso las sierras, los valles y los barrancos, apareciendo la luna llena en todo su esplendor marmolizando el paisaje por así decirlo,



Un grupo de agregados militares extranjeros y jefes argentinos en las maniobras.

con su luz blanca y permitiendo entonces situar a la infantería desplegadas como en un amplio damero sobre el gran frente de combate, iniciándose entonces por ambas partes, un furioso fuego de artillería, fusiles y ametralladoras.

Ya casi de día, se alzó el sol cuando aun brillaba la luna, ofreciéndose en ese instante un espectáculo único de belleza y energía, pues entre sus luces combatían las tropas de ambos en un entrevero a la bayoneta, al penetrar los atacantes la posición.

En ese momento, se mandó cesar el combate, procediéndose a hacer la crítica del desempeño de ambos bandos, en presencia del Ministro de Guerra, que siguió estos ejercicios desde su iniciación, los militares extranjeros especialmente invitados y los agregados militares, periodistas y jefes y oficiales.

En atención al largo tiempo que las tropas habían estado en actividad, casi dos días consecutivos, la crítica fué corta, para evitar mayor fatiga, tocándose solamente los puntos principales de las diversas fases del combate. Se refirió así el comentador del tema táctico a la manera de tomar contacto con el enemigo que había puesto en práctica la infantería azul, la que, dijo, por carencia de una buena observación, tuvo que combatir mucho antes de entrar a la distancia de asalto, como ya había ocurrido en ejercicios anteriores.

Instaladas las tropas en sus nuevos campamentos, quedaron allí en descanso todo el día siguiente, el que aprovecharon el Ministro de Guerra, los agregados militares, el director general de maniobras general Uriburu y algunos otros jefes, para visitar Alta Gracia, trasponiéndose las hermosas sierras del Hinojo, a cuyo pie se encuentra esa bella ciudad serrana, y en donde era esperado el gobernador de la provincia, doctor Cárcano, quien venía a visitar el campamento de ejército y presenciar el último ejercicio de las actuales maniobras.

El último ejercicio de división

Noviembre 4.

El gobernador de la provincia doctor Cárcano, que había seguido con todo interés la concentración del ejército y sus ejercicios posteriores en el territorio de la provincia de su mando, prestándole a aquél todo su concurso, aceptó la invitación del director general de maniobras, general Uriburu, para visitar a las tropas y presenciar su último ejercicio y se trasladó a Alta Gracia el 3 de noviembre acompañado por un grupo de amigos y miembros de la Comisión de agasajos al ejército en Córdoba, de donde pensaba seguir al día siguiente para el campamento de Potrero de Garay.

Coincidió su llegada al primer punto nombrado con la visita que hacían el Ministro de Guerra y el inspector del ejército a Alta Gracia, quiénes tuvieron así ocasión de saludar al mandatario cordobés y sus acompañantes y agradecerle las atenciones que había tenido para el ejército, acompañándolo al día siguiente hasta el punto en que iba a desarrollarse el último ejercicio de esas maniobras.

Desde luego, la presencia del gobernador doctor Cárcano en los campamentos, constituyó un verdadero acontecimiento y motivo de complacencia, pues todo el mundo sabía lo que habían hecho el pueblo y las autoridades de la provincia para agasajar en la mejor forma al ejército y las fiestas que se preparaban en Córdoba, en honor de las tropas, para cuando éstas fueran a desfilar por sus calles y avenidas al finalizar sus trabajos actuales.

Con tales antecedentes y siendo esa la situación de espíritu de todos los que dirigían o intervenían en estas ejercitaciones, no será de extrañar si suponemos que el ejercicio del día fué casi organizado en honor del gobernador de la provincia y desarrollado en tal forma, como para que éste pudiera ver al ejército en su último trabajo de campaña como en una revista, revista que realmente resultó soberbia, pues aquel se



El general Justo, Ministro de Guerra y el gobernador de Córdoba, Dr. Ramón F. Cárcano, al llegar a esa ciudad el primero, con la División de Maniobras.

desplegó a su frente en el empuje del combate actuando con todas sus armas, en el escenario maravilloso de las sierras y valles cordobeses.

Se trataba, esta vez, del ataque de la división azul contra una posición defensiva ocupada por un destacamento colorado, operación que se inició con las marchas y combates usuales de vanguardia, hasta llegarse al momento álgido del empeño a fondo de ambos adversarios, que es el que describiremos, ya con motivo de la visita antedicha y las circunstancias apuntadas, era lo que más interesaba en ese día.

Para dar una idea de lo que fué el ejercicio, transcribiremos los siguientes detalles que enviara a uno de los diarios de la Capital, su enviado especial en las maniobras:

"El último ejercicio de las actuales maniobras realizado y preparado por la dirección de éstas, fué, puede decirse, panorámico u objetivo, pues se desarrolló en la amplia hoya de Potrero de Garay, entre la cintura de sierras que lo circundan por todas partes.

"Tal vez se eligió este terreno y el combate cercano en homenaje al gobernador de Córdoba, huésped del ejército, para que este magistrado y su numerosa comitiva pudieran contemplar casi sin necesidad de los prismáticos, cómo se ejecuta un combate moderno y la utilización de las diversas armas.

"Tan a la mano se desarrolló el tema, que los regimientos de infantería, las ametralladoras y aun la artillería de acompañamiento que apoyaba a aquéllas, pelearon entre las carpas de nuestros campamentos, desplegándose en el amplio escenario como en la pantalla de un cinematógrafo.

"En medio de este escenario, desde la cresta de un cerro, el gobernador de la provincia, vestido con traje de campaña, seguía lleno de interés las incidencias del combate, acompañado por el Ministro de Guerra general Justo, el inspector del ejército general Uriburu, el vicegobernador de la provincia, el contraalmirante Alfredo Malbrán, presidente de la Comisión de fiestas al ejército en Córdoba y otras personas. Hacía un calor sofocante y el sol, a mediodía, caía sobre las lo-

madas como olas de fuego, molestando a las tropas que, al cambiar de posición o correr al ataque, llevaban, además de su pesado equipo de campaña, sus fusiles automáticos o ametralladoras livianas, mientras zumbaban encima de su cabeza los motores de los aviones de observación que habían establecido una de sus bases en el mismo Potrero de Garay."

Terminada la demostración del ataque recio y pleno, se mandó hacer alto, pasándose a la crítica correspondiente, a la que asistieron con el gobernador Cárcano y el Ministro de Guerra, todos los comandos, agregados militares e invitados especiales. El director de maniobras, general Uriburu, analizó el desarrollo del tema y el desempeño de ambos comandos, y, cumplida la parte militar de su estudio, pasó a saludar al gobernador de la provincia, quién había querido, dijo, presenciar este último trabajo del ejercicio en el Estado de su mando, aprovechando esta oportunidad para agradecer las facilidades que el distinguido gobernante había dado para el mejor éxito de estas ejercitaciones.

Terminó el director de maniobras su disertación felicitando a los comandos, jefes, oficiales y tropas, por la forma como habían cumplido, llenas de entusiasmo, energía y actividad, las exigencias y fatigas de todas las maniobras y ejercicios efectuados.

Habló después el general Justo, quien expresó que estaba altamente complacido por la forma como se habían llevado estos ejercicios hasta esa etapa final, así como por el desempeño de los jefes y oficiales, así como por el comportamiento de las tropas, lo que haría constar, dijo, en la orden general que se daría en breve.

Tomó la palabra finalmente el doctor Cárcano, quien después de agradecer los conceptos que se había vertido a su respecto, expresó que consideraba bienvenidas estas invasiones del ejército nacional a su provincia, en son de paz y de trabajo, ratificando con ellas, una vez más, la misión civilizadora y cultural que tuvo siempre la institución armada.



Una critica de los ejercicios por el Inspector General del Ejército en presencia del Ministro de Guerra y el gobernador de la provincia Dr. Cárcano.

Un almuerzo memorable

Después de la crítica antes aludida, vueltos al campamento el Ministro de Guera, el gobernador y su comitiva, el general Uriburu y el personal adscripto al alto comando, mientras las tropas irrumpían por los caminos ya en columna rumbo a sus respectivos vivaques, algunas unidades cantando, se sirvió en el casino de oficiales de campaña un almuerzo festejando la terminación de las maniobras y en honor del gobernador doctor Cárcano.

Así en plena sierra, casi al aire libre, pues el sol entraba por los costados de la gran carpa-comedor y ponía sus oros cálidos como un adorno floral sobre las amplias mesas, se reunieron todo el cuerpo de oficiales que había intervenido en los ejercicios y los invitados especiales entre los que se hallaban los militares extranjeros, miembros de la prensa nacional y representantes de la armada y Comisión de festejos de Córdoba.

Fué esa una bellísima reunión, en la que el elogio al ejército expresó en notas vibrantes por la forma como había trabajado en esta ocasión, dando al país y a los que observaban desde fuera, un vigoroso ejemplo de disciplina, espíritu de trabajo y respeto por todos los hombres y todas las cosas como cuadra a las instituciones armadas de una nación democrática como la nuestra.

Al finalizar la comida, tomó la palabra el general Justo en una brillante improvisación, saludó al gobernador de la provincia por la visita que hacía al ejército y agradeció las facilidades que ofreciera para que esos ejercicios se realizaran, allanando todos los obstáculos, tanto los hombres de gobierno como los más humildes ciudadanos de Córdoba.

Terminó el Ministro de Guerra su disertación, expresando nuevamente a los comandos y a las tropas, su complacencia por la forma como en que se había desempeñado, haciendo mención especial de las unidades de ingenieros y comunica-

ciones, que, en sus respectivas especialidades, habían facilitado los movimientos de la gran masa del ejército de maniobras.

Agradeció el doctor Cárcano las palabras del general Justo a su respecto y terminó brindando por el Presidente de la Nación, jefe supremo de los ejércitos de mar y tierra, el Ministro de Guerra, por el ejército nacional y los jefes y oficiales allí presentes.

Tanto las palabras del Ministro, como las del gobernador, fueron largamente aplaudidas por los recurrentes, dándose poco después por terminada la reunión.

Momentos más tarde, el gobernador y su comitiva, se despidieron del general Justo y demás jefes y oficiales y partieron, en automóvil de regreso a Córdoba. Tras de ellos se inició también la partida de todos los jefes y oficiales que no tenían mando de tropas y que sólo habían actuado como árbitros o espectadores, pues sólo quedaban por cumplir las dos marchas de la división unida hacia la capital de la provincia, atravesando las escarpadas cumbres del Hinojo.

Viaje en aeroplano del Ministro de Guerra

Mientras las tropas cumplían aquellas dos grandes marchas hacia Córdoba, el Ministro de Guerra resolvió hacer una inspección a los campos de la Remonta General Paz, situados en Ordóñez, donde se trasladó en una escuadrilla de aeroplanos militares y civiles organizada por el mayor Francisco Torres, en cuya excursión aérea lo acompañaron el coronel Pilotto y los mayores José M. Sarobe, su secretario y Santos V. Rossi, ayudante de campo.

La escuadrilla se remontó casi simultáneamente del campamento de Potrero de Garay y, una vez que los aviones aterrizaron en Ordóñez, aquél visitó todas las dependencias de la Remonta acompañado por el jefe de la misma coronel Fauché, inspeccionando los animales de reproducción, los campos

cultivados y arrendados que prometían entonces una espléndida cosecha y las instalaciones de esa repartición del ejército.

De allí el ministro y sus acompañantes se dirigieron a Córdoba, para asistir a la revista y desfile de las tropas de maniobras, de cuyo acto nos ocupamos en otro lugar.



Hacia Córdoba



Tropas al entrar a Córdoba después de las maniobras.

Con la iniciación de la marcha de las fuerzas desde los Potreros de Garay hacia Córdoba, llegamos al final de las maniobras, cuyo aspecto eminentemente técnico desapareció al terminar el último de los temas de los que debió solucionar la división de ejercicios, para comenzar aquí la prueba táctica de su traslado hasta el punto en que deberían disgregarse las tropas. Cumplida aquella, no pudo pasar desapercibido para quienes siguen con alguna atención las cuestiones que atañen al Ejército—y bueno será que lo ignoren los menos posible, sobre todo si de argentinos se trata—el significado del magnífico esfuerzo que entonces se realizó. No se registró durante la marcha la existencia de un solo rezagado y debe saberse que la distancia recorrida fué de unos 75 kilómetros. Los primeros 30, de los Potreros de Garay a Anizacate, corrían entre las sierras y los conscriptos caminaron subiendo y bajando las empinadas pendientes, llenas de recodos extraordinarios para venir a desembocar sobre José de la Quintana, donde empieza la altiplanicie que se extiende desde aquí hasta Córdoba. En este trozo de la ruta, de José de la Quintana al río Anizacate, la tierra que se movía al paso de tantos hombres y tantos carros, caballos y vehículos, molestó bastante a los soldados. La jornada fué ruda y a pesar de todo, los cantos se repetían a cada momento y después de unas 35 horas de descanso en el Anizacate, siguieron para la Capital de la Provincia, para instalar en sus cercanías el campamento final.

Una marcha de semejantes alcances sin haber tropezado realmente con ningún inconveniente, es realmente digna de ser mencionada para su divulgación, como ejemplo de lo que puede el espíritu de los que la hicieron. En lo que se refiere al Ejército de la República, señala indudablemente un episodio que perdurará por mucho tiempo, como concluyente exponente de la fortaleza física y espiritual de la raza, mostran-

do a la vez el cuidado y la atención que han prestado a los problemas con ella relacionados, las autoridades que tuvieron a su cargo la misión de prepararla. Sólo un entrenamiento de circunstancias, severamente llevado sin saltos, entre el mismo desenvolvimiento de los ejercicios y enseguida con las maniobras ha podido colocar a los conscriptos en condiciones de cubrir sin desfallecimiento la etapa final de todos los trabajos. En total, desde la iniciación de las ejercitaciones han recorrido los regimientos unos 400 kilómetros.

Otro aspecto del asunto lo constituye el hecho de que marchas de tal importancia son pocos los ejércitos que las han efectuado, por lo menos en la distancia y en el tiempo calculado en esta forma, siendo los buenos resultados obtenidos una hermosa demostración de lo que es en la actualidad el Ejército Argentino.

De los Potreros de Garay al Anizacate

Noviembre 5.

La tarde anterior había sido bastante calurosa, pero, como ocurre siempre en las sierras, durante la noche refrescó intensamente, y cuando volvió a salir el sol, un persistente viento, que venía del oeste, mantuvo la temperatura en una media conveniente, para que la marcha de los conscriptos pudiera desenvolverse en buenas condiciones. Levantaron sus vivaques inmediatamente después de terminado el día de ayer, y a eso de las 2.30 de hoy se movió la inmensa muchedumbre hacia el camino que habría que recorrer para llegar a las orillas del río Anizacate, primera etapa de su viaje a la ciudad de Córdoba, desde los campos vecinos al río del Espinillo, en torno al lugar conocido por Potreros de Garay.

Se formó la columna, volcándose los regimientos en la fila a medida que les tocaba el turno para tomar el lugar que se les había indicado dentro de aquella.



Pasaje de tropas por un puente militar.

Empezó entonces el lento caminar hacia la Capital provinciana. Angosta la ruta, y tanto, que en algunos trozos ha debido recurrirse a la dinamita para disminuir la pequeñez de algún desfiladero, la tropa marcha con el menos frente posible y las piezas de artillería pasan rozando las paredes de piedra que flanquean el camino en muchas partes y que con sus vertiginosas curvas y sus no menos insospechados declives sobre el borde de grandes precipicios, que apenas pueden mirarse sin sentir el vértigo, hacen todavía más peligroso el rodar de los vehículos y la conducción de las cabalgaduras a un paso que permita arrastrar como es debido las bocas de fuego y los pesados camiones del avituallamiento.

No se salvan tampoco del cuidado más somero y fatigoso los pequeños vehículos de los cuerpos, porque, si bien las mulas que los llevan pisan tierra, a la que están habituadas, la liviandad de los furgones las empuja en los descensos hacia adelante, y se producirían verdaderos descalabros a no mediar la ayuda que debe prestarles cada vez los soldados encargados de sostenerse desde la parte trasera de los carros, las bajadas de éstos por las pendientes.

Hasta que apareció el sol, y en medio del aire fresco de la noche, el avance de los conscriptos fué una verdadera marcha de juventud y algazara, llenando los cantos y aires nacionales el ambiente a lo largo de los 14 kilómetros que abarcaban desde la cabeza al otro extremo los cuerpos en movimiento.

Por su fama de buenos caminadores, los tres regimientos de infantería: el 18, el 19 y el 20, ocuparon la retaguardia de la columna de infantería, y como ellos bien sabían cual era el propósito, hacían más vibrantes sus endechas regionales las que podían oírse a largas distancias.

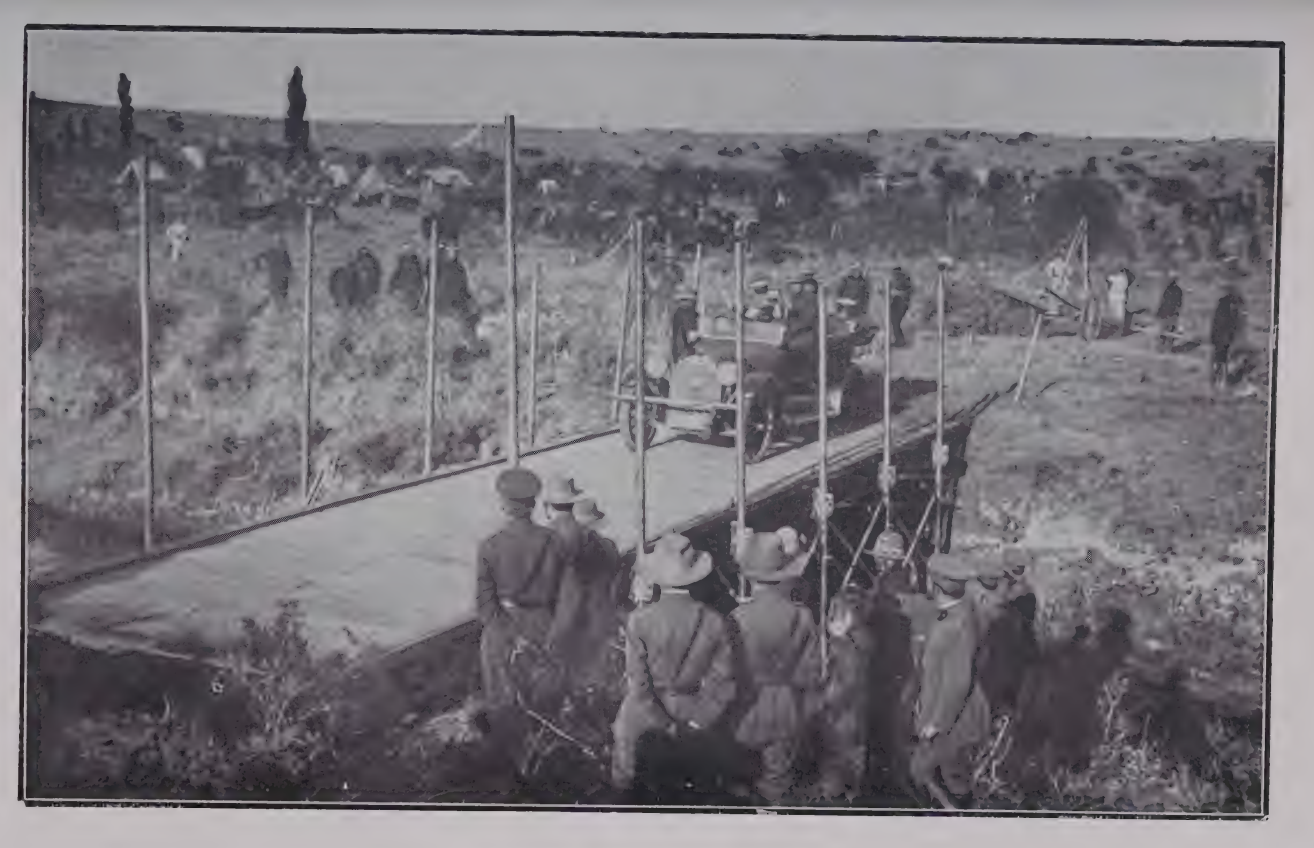
Antes de medio día los vivaques quedaron instalados sobre el río Anizacate.

El descanso junto al río

Noviembre 6.

Como la mayoría de los ríos y arroyos de Córdoba, el Anizacate a cuyas márgentes se detuvo la columna de operaciones, corre saltando sobre piedras y entre barrancas de las más variadas alturas, en una línea llena de caprichosas curvas, con grandes desplayados en algunas partes y a pique, con alcantilados de roca, en otras, cuyos bordes aparecen ocupados por hermosas residencias veraniegas, entre las que se asoman de cuando en cuanto las rústicas habitaciones de los trabajadores de los campos, en medio del magnífico espectáculo de luz y de color que presenta la región entera, hasta donde alcanza la vista. Al occidente la limitan las primeras sierras del noroeste, contra las que parecen recostarse los caseríos, todavía un tanto aislados de Alta Gracia, con el hotel en su punto más empinado, mientras hacia el sur los extensos valles rebosantes de vida, se deslizan suavemente desde las alturas para ir encausando a la corriente de agua que los baña y fertiliza, hasta la unión con el Santa Ana. Desde aquí hasta Córdoba hay 45 kilómetros de distancia.

Las nubes disminuían un poco la intensidad de los rayos solares cuando al promediar el día 5, los regimientos iniciaron las tareas de instalar sus respectivos vivaques. Hasta esta noche, en que se reanudará la marcha, las preocupaciones de los oficiales y los conscriptos, después de haber atendido a su aseo personal con repetidas visitas y no menos prolongadas permanencias en el río, se han concretado a los preparativos para la etapa final en un deseo incontenible de llegar a la ciudad que los espera, en las mejores condiciones de limpieza y arreglo. En gran parte el descanso resulta un poco ficticio porque nadies quiere desmerecer en su aspecto general. Las armas son cuidadosamente limpiadas y revisadas, bajo las miradas de los superiores; cada prenda del uniforme es prolijamente recorrida remendándose las averías en la me-



Un puente de circunstancia.

dida de los recursos y de las pretensiones de sus dueños; los implementos sufren a su turno la limpieza de rigor y sólo al caer la tarde viene realmente el descanso, que ha de prolongarse hasta la madrugada próxima. Las bandas ejecutan sentidas canciones cuyos tonos corean suavemente los conscriptos añorando quién sabe qué lejano episodio de la vida en el hogar hacia el que van a ir en pocos días más. Cuando terminen la marcha estarán todavía más cerca de los suyos; lo saben ellos perfectamente y satisfechos de que así sea y orgullosos de haber rendido a la tierra natal el tributo de su cuerpo, las palabras de los cantos vibran, en el temor que infunde el ocaso, como una profunda respuesta de viril acatamiento a los llamados de la patria.

Suena luego el clarín por que la bandera va a ser arriada del alto mástil que domina a todo el campamento y 14.000 rostros se vuelven hacia el simbólico paño de la nacionalidad y las manos se extienden junto a las viceras en la prolongada venia con que cada uno lo acompaña, mientras dura la ceremonia. Ha terminado la jornada y es menester batir los vivaques. A media noche volverán a reanudar la marcha.

Del Anizacate a la Capital

Noviembre 7.

La marcha de la división de maniobras, constituída, como es sabido, por unos catorce mil hombres con todos los elementos que en la actualidad puede disponer el ejército argentino para equipar una formación semejante, inicia en la noche anterior desde los vivaques de cada una de las unidades en las proximidades del arroyo Anizacate, terminó esta mañana antes de las 8 con un resultado sumamente halagador tanto por lo que se refiere al tiempo empleado como al mínimo de las fuerzas que al final de semejante esfuerzo, al cual hacía mucho tiempo no era sometida ninguna unidad de la institución armada del país, ofrecían un magnífico aspecto.

Ahora, después de una marcha que se ha prolongado durante más de trece horas, sobre el camino macadamizado que sale de Córdoba y viene hasta el Alto, todos los soldados descansan perfectamente en los nuevos acantonamientos que se les señalaron oportunamente en los alrededors de la Capital provinciana, habiendo comenzado sus preparativos generales para el desfile que efectuarán el martes por las calles de la población, para que sus habitantes puedan verlos con los útiles del trabajo realizado entre las sierras y valles de la región de Calamuchita desde el 15 del mes anterior hasta la fecha.

Hemos dicho ya que el aspecto de los conscriptos es magnífico. Poco o nada evidencia la dura labor a que han estado sometidos hasta ayer, y su continente permite suponer que soportarían perfectamente cualquier parangón que quisiera establecerse con fuerzas más frescas.

El peso de las mochilas y demás implementos que lleva cada uno, calculado en un total aproximado de 27 kilos no ha significado nada al parecer, y su marcha a paso de camino aun después de la jornada de anoche, continúa siendo airosa, tal como si se hubiera tratado pura y simplemente de un paseo militar por los alrededores del cuartel.

De lo único que a pesar de todo su cuidado no han podido librarse es de la tierra, y de cuando en cuando los ojos parpadean para tratar de alejar al incómodo polvo que todavía los hace lagrimear.

Se conoce que los fusiles han sufrido una limpieza de emergencia antes de la entrada a la ciudad y sólo los borceguíes y las polainas, enteramente cubiertas de tierra blanca, denuncian la distancia de donde han venido dichos soldados, y si por instante ese estrafalario calzado parecía un nuevo modelo de botines o botas, el cuadro general de la unidad en marcha, resultaba singularmente pintoresco, ya que cada soldado lucía airosamente en cualquier parte de la chaquetilla, una flor o un ramo que una mano femenina le prendió sobre su ropa a lo largo del interminable camino recorrido, como un anticipo de



Una avanzada de Caballería en marcha.

la gran salutación que la ciudad entera se dispone a tributar a estos buenos soldados de la patria.

La primera manifestación la tuvieron anoche mismo los conscriptos, cuando al emprender la marcha hacia Córdoba entraron al camino principal que viene desde Alta Gracia pasando bajo un arco de triunfo que en su parte más alta ostentaba la leyenda "Sean eternos los laureles" entre dos grandes banderas que la brisa nocturna mantenía constantemente desplegadas, y que el claror de la luna les permitió leer.

El general Uriburu, que había asistido por la mañana a la entrada de la infantería a los jardines de Villa Rebol, siguió a la cabeza del regimiento Nº 13, y, como todos sus soldados, también el generalísimo llevaba una magnífica rosa blanca y como todos fué objeto de las más expresivas demostraciones de aprecio de parte de la población.

Con el general Uriburu estaban, además, el coronel Vélez, jefe del Estado Mayor de operaciones, los coroneles Valotta, Martínez Pita, Day y Obligado, y el personal restante de la dirección de maniobras.

Los regimientos de la guarnición

Entretanto, el regimiento Nº 13 de infantería se dirigió a sus cuarteles en la calle Bedoya, en Alta Córdoba, haciendo lo propio el regimiento Nº 4 de artillería montada y el IV batallón de zapadores pontoneros, que tienen sus alojamientos en el Parque Sarmiento. Como es sabido, estos tres cuerpos constituyen la guarnición militar de Córdoba donde existe además el asiento de la 4ª división de Ejército, a la cual pertenecen aquellos.

Su paso a través de la ciudad, ya que los restantes lo hicieron directamente sin llegar a las avenidas centrales, sirvió para poner en evidencia la expectativa que ha despertado en

toda la población el anuncio del próximo arribo de la división de maniobras y la fiesta del martes.

Los conscriptos desfilaron entre una verdadera muchedumbre que se reunió rápidamente cuando el rumor de su marcha pudo escucharse desde la plaza Vélez Sársfield al entrar los soldados en la amplia avenida que conduce al otro extremo de la ciudad.

El tráfico quedó interrumpido en todas las calles transversales y sobre la calzada los vehículos se apresuraron a dejar libre la parte izquierda de la misma, que fué la que tomaron las tropas para continuar su marcha.

Casi inesperadamente, la banda de música hizo oir los acordes de un trozo popular y toda la ciudad o poco menos, se enteró de que los primeros soldados habían llegado.

Rápidamente, la Avenida General Paz, se llenó aun más de gente y, a medida que el regimiento rebalsaba cada una de las arterias perpendiculares a la primera, podían verse animados grupos formados por toda clase de personas que se apresuraban a acercarse al cordón de la acera, ávidos de contemplar el retorno de sus parientes y amigos, después de cerca de dos meses de ausencia.



Infantería en marcha.

Tres editoriales periodísticos

Por una singular coincidencia los tres diarios más importantes del país, "La Nación", "La Prensa" y "La Razón", publicaron el mismo día, 8 de noviembre, un editorial relativo al término de las maniobras y al arribo de las tropas a Córdoba. A continuación se reproducen los tres y si algo deben agregar los autores de este volumen, periodistas ellos mismos, se referirá necesariamente al escrito de D. Mariano de Vedia, cuya firma va al pie del comentario de "La Razón", para señalar la circunstancia, que el mismo escritor apunta, de que los corresponsales que acompañaron a las fuerzas en los ejercicios, fueron en sus crónicas lo suficientemente explícitos para que toda la República, pudiera darse somera cuenta del trabajo realizado por el Ejército, durante ese tiempo.

"Soldados de la patria"

De "La Nación"

"En desfilada por la sierra que azulan profundamente la distancia y la tarde, como proyectados por el haz rasante del sol que va a ponerse, sableando reflejos sobre el movido metal, los regimientos de la maniobra, polvorosos, densos, obscuros a la contraluz, que parece así fundirlos en hierro, concluyen la última etapa, aventada su noble fatiga con la reanimación de las charangas y las canciones de camino, cuesta bajo hacia Córdoba, que parece ofrecerles, blanqueando entre las quintas, su propicio regazo, estremecida ella también, allá a lo lejos, en vibración de bronce musical, por el repique de las vísperas dominicales.

"Son doce mil soldados de ejército que acaban el rudo trajín de la maniobra de montaña. Regresan prietos de recia curtidura, ensanchados de pecho y alma con aquel aire de los cerros en que la exhalación del romero y de la menta dijeran un áspero perfume de patria libre, fortificados al valeroso contacto del suelo de la roca, luciéndoles como una doradura el orgullo del arma, poseída de veras en acción de combate, coluroso de honra bélica el corazón, reída virilmente su juventud en aquella alegría del acero desnudo.

"Flota patria en el paño de las banderas, resuena en el estruendo de la artillería, que era la "tormenta" de la antigua legión, domina en la potente marcha de tropa, empínase al galope del caballo de guerra. Así entran de regreso los conscriptos en la ciudad universitaria, donde el guerrero de bronce que marcha en su corcel, siempre despierto para la victoria, impone allá, desde su escueta plaza de armas, la varonil concordia de la cultura y de la fuerza. De la fuerza civilizada por la ciencia y el arte, que fué, precisamente, su severa lección.

"La ciudad del general Paz resulta así particularmente bien elegida. Pues el hombre del aula y el hombre de la espada viéronse como nunca exaltados a la vez en quien fué por excelencia el soldado de la civilización. Así, no es sólo tierra la patria, sino espíritu excelso. Síntesis de todas las potencias en una gloriosa aspiración.

"Bien elegida la ciudad, por ser también, territorialmente, el corazón de la República. Y bien elegido el campo agreste para la experiencia rigurosa de hombres, ganado y material. Así, por otra parte, se evitaba la suspicacia de vecindad, inherente a las maniobras de frontera. En su reducida magnitud, aquella fragosa comarca constituye, por decirlo así, una verdadera lección de obstáculos. Ofrece cuanta circunstancia es menester a las características de la gran guerra. No le falta ni la sugestión histórica, que parece insinuar, con una especie de heráldica bravía, su denominación de Sierra de los Cóndores.

"Y como adrede, colaboró también la inclemencia del tiempo. Hubo que afrontar los azares del vado al tanteo, la improvisación pontonera, la travesía descaminada, la atascadura del lodazal, los vivaqueos batidos a rigor de viento y agua...

"La prueba ha sido completa y de resultados auspiciosos, sobre todo en lo sanitario, que ha revelado, como se preveía, una juventud espléndidamente vigorosa de cuerpo y de alma. Rendir el esfuerzo máximo era la consigna, superada, sea dicho con legítimo orgullo, por la gallarda voluntad.

"El Ejército ha realizado, pues, un esfuerzo digno de la confianza y del cariño que en él pone la Nación, ganándose, si aun se necesitaba, el mejor derecho a la preferencia que le daban pueblo y gobierno para dotarlo con la máxima eficacia.

"La única diferencia importante ha sido, en efecto, la escasez o la carencia visible de elemento bélico. Falta, evidentemente, mucho, y, mejor es decirlo a tiempo, buscando en el desentono de esta nota ingrata, el estímulo perentorio de esa retardada colaboración.

"A la antigua designación de los ejércitos despóticos: "carne de cañón", como se decía, substitúyela ahora una, entre todas, entrañable y cordial: "carne del pueblo". Desde las grandes horas iniciales, esto fué, por lo demás, el Ejército de la República. Y por esto también es deuda de la Nación consigo misma la preferencia que merece.

"Oficialidad y tropa, comando y ejecutores, que de intento no hemos querido separar, en tal modo es todo ello patria una y grande, han cumplido con su deber, según la austera sencillez de la fórmula que erige al heroísmo en costumbre y prescribe la victoria como un desenlace natural sobre el dilema del último sacrificio.

"Y mientras la ilustre Capital interior, esa Córdoba tan culta y tan argentina, los aclama con todo su entusiasmo, los agasaja con toda su gentileza, ofreciéndoles, en rosas primaverales y en sonrisas mejores, el galardón que merecieron, el antiguo jefe de la Tablada y Oncativo, alto en su caballo, de

frente hacia la montaña azul, como si los revistara, descansará sobre ellos, desde la inmortalidad, tranquilo y grave, su mirada de bronce."

"Córdoba y el ejército"

De "La Prensa"

"El ejército y la marina de guerra no son sino el pueblo armado para la defensa de la patria y de la Constitución. No constituyen una clase dentro del pueblo, porque todos los ciudadanos están obligados a armarse para los fines expresados, conforme a las leyes que al efecto dicte el Congreso y a los decretos del Poder Ejecutivo.

"En tiempo de paz, las instituciones armadas se hallan constituídas visiblemente por los ciudadanos que están en la edad de incorporarse a ellas, para realizar el aprendizaje del cual ha de depender la eficacia de la defensa del país y de sus instituciones. Los demás ciudadanos no son ajenos a las instituciones militares; forman sus reservas. En tiempo de guerra, el ejército y la marina son la Nación en armas.

"Estos conceptos, escritos en la Constitución Argentina, la cual no hizo sino dar expresión a lo que está encarnado en el pueblo de esta tierra desde que fué dueño de sus destinos, son los que han inspirado a la provincia de Córdoba y a sus autoridades la decisión unánime de tributar un merecido homenaje a las tropas que intervinieron en las maniobras que se han realizado recientemente.

"Esas fuerzas entraron ayer en la capital de la provincia nombrada, la cual les hizo una cariñosa acogida, como preliminar de todos los actos de homenaje que se realizarán hasta que los regimientos que las componen vuelvan a sus respectivos acantonamientos y que alcanzarán seguramente su máxima intensidad, como demostración popular, durante el gran desfile militar del martes próximo.

"El gobierno de la provincia nombró una comisión de vecinos de la capital para que organizara y dirigiera la recepción de las tropas; dió así forma y principio de ejecución a una iniciativa que estaba en el ambiente.

"Fué secundado en seguida por la municipalidad de la ciudad, la cual por su parte resolvió adherirse "al homenaje que rendirá el pueblo de Córdoba al ejército nacional", que llama "custodia permanente de las instituciones de la patria". Las expresiones trascriptas se hallan en los considerandos que preceden a las resoluciones en que se adoptan las medidas necesarias para secundar el homenaje popular.

"El consejo de educación de la provincia consideró que la escuela debía vincularse al acontecimiento de que damos cuenta; por ello decidió que en todos los institutos de su dependencia se dictasen clases relacionadas, "no sólo con la importancia de la misión que ha desempeñado y desempeña el ejército argentino, sino también con la obra de cultura que realiza en favor de los ciudadanos, los que al pasar por sus filas se elevan moral y materialmente".

"Estas adhesiones oficiales completan el justificado homenaje popular de cuya iniciación dan cuenta las crónicas.

"La ciudad de Córdoba, engalanada como en los días de fiesta nacional, asume en estos momentos una actitud que constituye una elevada expresión de patriotismo y de civismo a la vez. Al enaltecer al ejército, ofreciéndole un homenaje de muy alto significado, así por la espontaneidad y la unanimidad que en él se advierten, como por la justa comprensión que el mismo revela de lo que son y representan las instituciones armadas argentinas, Córdoba se enaltece a sí misma y da una nueva muestra de su cultura proverbial."

"A vuelo de pluma"

De "La Razón"

"El viejo hogar argentino, denominación en que comprendemos a todos los hogares que rinden culto a nuestras tradiciones, se conmueve al anuncio de que una fuerza militar cualquiera va a pasar debajo de los balcones o frente de las ventanas.

"Ese sentimiento como infantil que nos acompaña hasta la vejez no es sino una forma ingenua e instintiva del patriotismo.

"El patriotismo está hecho de historia y de gloria y nada hay que represente más directa y vivamente a la una y a la otra que el Ejército de la Nación.

"Entre los mejores recuerdos de Buenos Aires quedará siempre el de la calle de Florida en los días de desfile y ningún movimiento popular causa más grande satisfacción que aquel en que las cabezas se descubren al paso de las banderas.

"Si los corresponsales no fueran tan explícitos, fácilmente imaginaríamos lo que ha sido la llegada a Córdoba de las tropas que acaban de pasar, al término de las maniobras, bajo un arco de triunfo sobre el cual se había colocado esta inscripción: "Sean eternos los laureles".

"Los ejércitos regulares pueden triunfar efectivamente tanto en la paz como en la guerra y es por ello que se aseguran la eternidad siempre fresca del laurel.

"Es claro que la mayor preparación militar de un pueblo lo mismo asegura su suerte en los combates que sus destinos en el constante perfeccionamiento de sus virtudes y de sus aptitudes, pero en el viento que agita las enseñas, en la música de los clarines y de los tambores y en el paso marcial de los soldados, se adivina siempre el soplo guerrero que atraviesa las filas, estremeciendo los corazones y encendiendo la imaginación.

"El país ha estado todo en Córdoba en esta oportunidad y ha aplaudido con entusiasmo a sus tropas, descubriéndose ante el generalísimo de la rosa blanca, que del mismo modo habría de regresar al campo de batalla, vencedor y sereno.

"Por lo demás, no necesitamos dar los tres golpes consabidos para proclamar que el ejército argentino merece bien de la patria por lo que hace y por lo que no hace, por lo que nos proporciona y por lo que nos evita, porque nos honra y no nos deprime, porque nos alegra y no nos entristece."



En la Capital de la Provincia

Domingo 8.

Aun para los ojos del espectador más indiferente no pudo pasar inadvertida la alteración que en estos días ha sufrido el aspecto habitual de la tranquila ciudad de los claustros, que apenas se transforma muy de cuando en cuando, al tiempo que las luchas políticas llegan a sus postrimerías. Esta vez la atención de la población se encuentra entregada a la inminente revista militar que llevarán a efecto en uno de los paseos más bonitos de Córdoba, si no el más hermoso, las tropas que durante más de un mes estuvieron entregadas al simulacro de la guerra, para que sus conductores practicaran el dificultoso arte de saber dirigir a sus subordinados sobre el terreno y frente a vicisitudes que la lucha pudiera presentar en el desenvolvimiento de sus actividades.

Córdoba se aprestó a aplaudir una vez más a los conscriptos que pasado mañana desfilarán por sus calles y en honor a ellos el vecindario, encabezado por las autoridades de la ciudad prepara sus mejores galas para agasajarlos, brindándoles la cálida hospitalidad que se merecen quiénes, como todos los componentes de la falange militar, han cumplido correctamente y sin desmayos una de las exigencias más penosas entre todas las que el país impone a sus hijos.

Sobre los frentes de muchas casas flamean ya las banderas, y en torno de los cuarteles y vivaques de las tropas se renueva constantemente el público, siguiendo curiosamente las actividades de los conscriptos en sus tareas de cada hora. Entretanto, las bandas de música repiten intermitentemente los compases de algunos cantos populares y patrióticos, que el público escucha atentamente, pudiendo verse por todas partes que cada grupo de conscriptos, en amena gira por la ciudad, recibe continuamente las muestras más inequívocas del profundo

afecto popular para el Ejército. Las demandas de soldados son atentamente evacuadas, y no falta quien se apresure a acompañarlos hasta las oficinas del correo para depositar la carta para los suyos, o en la compra de las golosinas y bagatelas que se llevarán como recuerdo de su paso por Córdoba. Por la tarde, las peregrinaciones a Alta Gracia y el Parque Sarmiento han adquirido proporciones inusitadas, y por todos lados el comentario público se refiere pura y exclusivamente a cuanto se relaciona con la presencia de las tropas.

Detallar los actos que se realizaron en Córdoba en honor de las tropas y autoridades superiores del Ejército, nos obligara a extender este volumen en proporciones insospechadas. Baste saber que la población, sin distinción de clases, ni de jerarquías, hombres y mujeres, chicos y grandes estuvo durante todos esos días con ellas. Fueron huéspedes de honor y de amistad para los cordobeses y tratados como tales, la permanencia de las fuerzas transcurrió en medio de una fiesta interminable que se prolongó hasta que el último regimiento permaneció allí. A continuación reproducimos el programa de agasajados que se cumplió en todas sus partes, con lo que el lector tendrá una idea somera de las horas que se vivieron entonces en Córdoba:

Para la oficialidad: Domingo 8, a las 17, "garden party" en el Bristol Club, ofrecido por la Comisión especial de damas; a las 23, recepción en los salones del Círculo Español, ofrecida por su Comisión Directiva. El lunes a las 22, recepción en el Círculo Italiano, ofrecida por la Comisión Directiva; a las 23, gran baile en el Teatro Rivera Indarte, organizado por la Sociedad Hogar y la Sociedad Damas de la Providencia; a las 22 horas del mismo día, banquete en el Plaza Hotel, ofrecido por la Comisión oficial a los altos jefes. Día 10, a las 14, reunión hípica en el circo de carreras local, con programa especial.

Para la tropa: Día 10, a las 22, gran festival popular, para los conscriptos y suboficiales en la Avenida General Paz y



La cabecera del banquete en el Plaza.

Vélez Sarsfield. Habrá veinte orquestas que ejecutarán música bailable. Además, todos los días se repartirán entre la tropa entradas para diferentes salas de espectáculos y pasajes tranviarios. A las 14 podrán concurrir a las tribunas populares del hipódromo a presenciar la reunión especial de carreras.

Adhesión del Consejo de Educación

El Consejo de Educación dictó una resolución adhiriéndose a los homenajes populares a las tropas nacionales, con motivo de haber realizado con el mayor éxito los ejercicios de experiencia a que por resolución del Poder Ejecutivo de la Nación acaban de ser sometidos, considerando que la escuela debe vincularse a este acontecimiento haciendo conocer a los niños de ambos sexos la importantísima misión que desempeña el Ejército como guardián de los intereses y los derechos de la patria.

En el Crisol Club

Esas grandes fiestas preparadas por la sociedad y el pueblo de Córdoba en honor de los jefes y oficiales del Ejército y las tropas no pudieron tener una iniciación más destacada ni más brillante que la cumplida con el "garden party" que se realizó en la tarde del 8 en la suntuosa finca que el Crisol Club posee en el Parque Sarmiento. Sin temor de pecar de exagerados, podríamos decir que esa fiesta ha logrado congregar a todo cuanto de más representativo y selecto tiene la sociedad cordobesa a la que se han unido también, con ánimo de participar en los festejos, numerosas familias de jefes y oficiales del Ejército que se encuentran en nuestra ciudad.

A la hora indicada para la iniciación del "garden party" era ya realmente enorme la concurrencia de familias. Los hermosos jardines del aristocrático club habían sido objeto de un esmerado arreglo y de una iluminación extraordinaria, que

reflejándose sobre las aguas muertas del lago ofrecían a la distancia un aspecto en realidad fantástico. Ponía en ese marco de singular suntuosidad una nota de colorido la distinción de los atavíos femeninos, constituyendo, sin duda alguna, el mayor encanto de la reunión la elegancia de las damas y niñas asistentes.

La llegada del Ministro de Guerra, a quien acompañaban el gobernador de la provincia, el inspector del ejército, los ministros del Poder Ejecutivo provincial, altos jefes del Ejército y otras personalidades, fué recibida con calurosos aplausos por la numerosa concurrencia. Momentos después las orquestas daban comienzo al programa musical y la danza hallábase al poco rato en todo su apogeo. Ya entrada la noche comenzó a retirarse la concurrencia, sin que aun decayera el entusiasmo en la tertulia, que ha sido su característica saliente.

El "garden party" dejará un recuerdo gratísimo en la memoria de los que participaron de él, y será sin duda un motivo especial de recordación para aquellos en cuyo honor fué organizado.

El banquete en el Plaza Hotel

Todo el salón principal del Plaza Hotel fué dispuesto para la fiesta ocupando los lugares principales de las mesas, además del Ministro de Guerra y el gobernador de la provincia, los jefes superiores de las fuerzas, los funcionarios de la administración provincial y un extenso grupo de personas caracterizadas de la sociedad y el comercio de Córdoba. En torno a los comensales se situó una numerosa concurrencia que se aproximó aún más cuando al servirse el champaña se pronunciaron los discursos que reproducimos en seguida en medio de los repetidos aplausos y exclamaciones que subrayaron los párrafos más salientes de aquéllos.

Discurso del contraalmirante Malbrán

"Asistimos a un nuevo triunfo del Ejército nacional. La técnica formulada por los más doctos y sancionada por la experiencia de centenares de años, ha aprobado sus procedimientos y constatado una vez más su pujanza y disciplina.

El país entero celebra el nuevo triunfo y el pueblo de Córdoba, que llevó al Ejército en toda hora el estímulo y el apoyo prestigioso de su adhesión, me encarga que exteriorice su aplauso y diga su contento.

Esta tarea es honrosísima para mí, por lo elevado de la representación, por el Ejército a que se dirige, por su distinguida oficialidad, y la cumplo con singular agrado porque quiero al ejército entrañablemente y porque siendo hijo de la armada me vincula a él un filial afecto.

Siempre existió una comunidad íntima entre el pueblo y el Ejército; nació el convivir diario y del recíproco sostén y fué afianzada por idénticos desvelos, por comunes y magníficas hazañas.

La historia enseña que el pueblo concurrió con personas y con bienes a fortalecer al Ejército en horas difíciles y tambin enseña que el Ejército respondió a ello, manteniendo invariables su desinterés y patriotismo.

Digna conducta de la fuerza armada de un pueblo tan digno como éste.

Por eso la iniciativa del excelentísimo señor gobernador de constituir una comisión popular de agasajos al Ejército, ha tenido el apoyo entusiasta del comercio y de la banca, de la prensa y de las manifestaciones todas del trabajo, y por eso mañana, cuando las tropas entren a la ciudad en magnífico desfile, se abrirán hospitalarias las calles y la población entera concurrirá a recibirlas.

Córdoba debe mucho al Ejército y el Ejército debe mucho a Córdoba. Merced a sus tropas la provincia desterró a la barbarie que se presentó insolente hasta las puertas mismas de su ciudad y merced a un hijo de Córdoba, el general Paz, el

Ejército aumentó sus glorias e incorporó al caudal de sus conocimientos normas eficaces de estrategia.

Pocos días hace que el Ejército ha rendido su homenaje a un hijo preclaro de esta provincia; del campo de maniobras se desprendió un destacamento que depositó un bronce en la casa que nació Vélez Sársfield.

En esta forma el ciudadano que demostró tanta preocupación por formular normas que mantuviesen en la vida privada los principios de justicia y equidad, ha recibido el testimonio de adhesión del Ejército que luchó siempre por la razón y el derecho.

Las aspiraciones idénticas han hermanado un hombre con una institución, y Vélez y Paz singular coincidencia tienen sus bronces como perenne símbolo de la unión indestructible del derecho y nuestro Ejército en los extremos de las calles que mañana el pueblo adornará con luces y con flores para convertirlas en salón de fiesta de la tropa, donde lucirá el espíritu juvenil y el galanteo caballeresco.

La fuerza armada del país interpreta fielmente las aspiraciones del pueblo. Por eso desea la paz y la convivencia pacífica de las naciones y su comando la orienta certeramente hacia esos fines.

La tropa es leal y disciplinada y hace del valor un culto, y tiene el hispánico concepto del honor.

La oficialidad es inteligente y sus actuales jefes unen a sus estudios meditados el vigor de la juventud.

El señor Ministro de Guerra, cuya alta graduación es el reconocimiento justiciero de títulos y aptitudes probadas, quiso mostrar al país el estado del Ejército, y la prueba ha sido feliz y los resultados han colmado las aspiraciones más exigentes.

Señores: Se sientan a esta mesa distinguidos representantes militares de naciones extranjeras. Digo a ellos que el pueblo de esta provincia y del país entero se complace en recibirlos, porque son portadores de unión, de adelanto y de cultura.

Por la prosperidad de sus países; por el Ejército de la Nación; por el excelentísimo señor Presidente de la República, jefe supremo de las tropas de mar y tierra; por el señor Ministro de Guerra; por el general Uriburu, inspector general del Ejército, que con su inteligencia y actividad ha prestigiado su pueblo; por los distinguidos jefes y oficiales; por la tropa que defiende, y por el pueblo que contribuye a su amparo."

Discurso del señor Gobernador de la Provincia, doctor Ramón J. Cárcano:

"Acabáis de oir el mensaje del pueblo de Córdoba.

Me apresuro en nombre del gobierno a saludaros con la divisa de todas las naciones: ¡Viva la paz! Sois un Ejército de paz, porque sólo para asegurarla aprendéis la guerra. Esta es vuestra tradición, gloriosa como las victorias. Nunca el soldado argentino combatió por la conquista o el dominio, la dictadura o el poder discrecional. Emancipó naciones, derrocó tiranías y afianzó las instituciones y libertades de la paz. Fué siempre una fuerza heroica, aplicada a libertar y constituir y no a oprimir o anarquizar.

Hemos tenido gobiernos de militares, pero no gobiernos militares. San Martín se alejó del país, por no mezclarse en las contiendas disolventes; Lavalle y Paz lucharon por los derechos civiles y políticos; Urquiza coronó las batallas de la liberación, y dictó la Constitución vigente; Mitre también vencedor constituyó la unidad nacional; Roca extendió las fronteras de la riqueza y el trabajo. Todos son militares, ilustres en la guerra, estadistas eminentes en la paz, y siempre ciudadanos de una democracia libre.

La Nación no registra batallas, menos golpes de estado, que hayan engendrado dictaduras, y en cambio honran su historia figuras militares que se agrandan en el tiempo inexorable, porque el tiempo encuentra en ellas la consistencia de libertadores y constructores, fundadores de la república y guardianes de sus instituciones.

La Argentina tiene por eso plena confianza en sus soldados. Nunca fueron una clase social ni una casta privilegiada, sino el pueblo mismo, obrando al mismo impulso, ardiendo en la misma llama.

En el estado argentino el Ejército se prepara para afrontar la guerra engrandeciendo al país por los trabajos de la paz. Las industrias de la paz son aquí las industrias de la guerra, la especialidad militar se desarrolla dentro de la universidad, de la actividad social. Le interesan todas las manifestaciones de la vida colectiva y en toda ella aplica su esfuerzo de perfeccionamiento progresivo. Los cultivos de la tierra, la cría de ganado, las industrias manufactureras, los transportes, astilleros, minas y altos hornos, la cartografía del territorio, el aprovisionamiento de la población, las formas de la riqueza y el comercio, los impuestos y las rentas, las investigaciones, los inventos, las ideas, las costumbres, todas son situaciones y obras que el Ejército estudia con espíritu científico y empeño sistemático, que las discute, orienta, fomenta y a veces inicia y crea. En esta múltiple y honda tarea, su mejor esfuerzo lo consagra al hombre en sí mismo. No extrae a los jóvenes conscriptos del trabajo y del hogar para convertirlos en un resorte mecánico, sino para infundirles el sentimiento de la patria, formarles la conciencia de los deberes sociales, cuidar de su higiene y su salud, disciplinar su espíritu y conducta. Los instruye, estimula, educa y civiliza. Al Ejército pueden entrar analfabetos; pero no salir analfabetos de sus filas. El Ejército es fábrica, taller, laboratorio, cátedra y escuela.

No compartir con este concepto, no sentir esta convicción, significa ignorar o desconocer las realidades vivientes. El Ejército Argentino constituye un exponente de fuerza nacional, necesaria e histórica, y también es hoy un organismo moderno, de saber y elevada cultura, de libertades y garantías, y de su entraña no saldrá el militarismo, producto de instituciones retrógradas, ni tampoco en la república no debe haber semilla ni terreno que engendre esta planta tóxica.

El Ejército se desenvuelve en consonancia con el país. Son dos poleas que giran por la misma tracción. En las horas pasadas en el campo de maniobras he sentido impresiones intensas y grabado recuerdos duraderos. Desde el cerro empinado en el poniente, diviso todavía el inmenso valle bañado por el sol donde corren los ríos y es muy generosa la tierra. Oigo tronar los cañones, redoblar las ametralladoras, disparar los fusiles, se arman los puentes, vuelan los aviones, las señales de colores y luces saltan en el aire, funcionan los teléfonos, se cruzan los partes conducidos por los mensajeros febriles. Arrecian los cañones, ametralladoras y fusiles. Aparecen, se ocultan y reaparecen las columnas en masas, en grupos, en hileras y en orden disperso. Avanzan, se detienen, se renuevan y vuelven a avanzar, el hombre busca con ahincó al hombre. Nada le fatiga porque arde el corazón, la mejor arma de combate. El avance insiste y empuja. Parecen multiplicarse los que caen hasta que próximas brillan las bayonetas y al grito de la patria estalla el asalto. Suenan los clarines, se paraliza el movimiento y la calma invade otra vez el inmenso valle.

Momentos después sobre el mismo cerro quemado por el sol los jefes y oficiales de ambos bandos, formados en círculo escuchan del Ministro de Guerra y del inspector general la crítica severa e imparcial de la jornada. Se interrogan, se rectifican, informan y confirman y la verdad de la batalla se extrae y comprueba sobre el mismo campo de batalla. Allí están el laboratorio, el aula y la cátedra, la gran escuela de la Sierra de los Cóndores.

Anoto en el hablar todas las tonadas del país y siento vibrar fuerte y cálida el alma argentina. Una gran escuela de nacionalismo se abrió también sobre la Sierra de los Cóndores.

El pueblo está en su Ejército y el Ejército en su pueblo, y concordantes, iguales y libres, todos somos soldados de la misma democracia.

Señores:

Levantemos en alto las copas.

Por el señor Presidente de la Nación.

Por el señor Ministro de Guerra.

Por los agregados militares extranjeros que nos honran con su presencia.

Por el inspector general, los jefes, oficiales y tropas del Ejército, emancipación, fuerza y confianza de nuestro pueblo."

Discurso del Ministro de Guerra, general Justo

"Mis palabras iniciales deben traducir la patriótica y grande satisfacción del cuerpo de oficiales del Ejército, ante esta demostración de simpatía y adhesión con que nos honra la culta sociedad de Córdoba. Los sentimientos vigorosamente nacionalistas de este pueblo, han encontrado, en esta oportunidad, su generosa e inspirada interpretación, en el discurso que acabamos de oir, cuyos elocuentes conceptos agradezco, en nombre de mis compañeros de armas.

Desde hace un mes, como compensación a nuestros trabajos, venimos disfrutando del cordial agasajo y de la amable hospitalidad de los habitantes de esta provincia. Y en verdad todas las fatigas, preocupaciones y desvelos que la realización de los mismos imponen, resultan retribuidos con exceso, cuando como final asistimos en esta histórica capital al espectáculo confortante para nuestro patriotismo de una verdadera confraternización del pueblo con el Ejército.

Es grande y justificado, pues, el reconocimiento del Ejército hacia el pueblo de esta provincia. Y ese agradecimiento comprende por igual al gobierno y a sus autoridades, cuyo primer mandatario honra con su presencia esta mesa, a los elementos de su distinguida sociedad tan dignamente representados en la comisión de homenaje, al pueblo entero sin distinción de matices y hasta los humildes habitantes de la campaña de esta provincia recorrida por el Ejército, que pres-

taron su concurso solícito y desinteresado en cuanta ocasión les fuera requerido.

La opinión del país ha seguido de cerca con patriótico interés las tareas que hemos venido realizando y esto tiene para nosotros todo el significado de un estímulo y de un aplauso. Y debo declarar que el balance total de nuestras actividades satisface las más lisonjeras expectativas, no sólo por los beneficios profesionales obtenidos en un mes de vida de campamento, sino por la misma realidad auspiciosa de haber logrado reunir en el corazón de la República varios miles de hijos de las provincias más distantes, avivando los sentimientos nacionalistas de esa juventud, que ha conocido así una de las provincias más ricas y progresistas del país y se ha formado una idea más clara de la grandeza del territorio patrio.

La ejecución de maniobras de esta naturaleza, como la comprende la opinión inteligente del país, es el complemento obligado de la labor anual del Ejército. Los gastos que naturalmente ellas demandan, están ampliamente retribuídos por las ventajas resultantes de desarrollar al máximo la instrucción de los hombres bajo banderas, antes de reintegrarlos a la vida ciudadana y de perfeccionar la aptitud de los comandos en la difícil conducción de las tropas en campaña.

La Nación necesita poseer un Ejército, bien instruído y preparado para cualquier eventualidad y sólo la realización periódica de estos trabajos, de cierta magnitud, permiten enseñanzas y sacar conclusiones orientadas hacia esa finalidad superior.

El país no ignora que exclusivamente las cuestiones de orden profesional absorben la atención y la preocupación del cuerpo de oficiales. Es nuestra legítima aspiración, sin veleidades militaristas completamente desconocidas en nuestro medio, llevar al más alto grado la preparación del Ejército, para que esté en todo momento a la altura de su elevada misión y sea digno de la confianza que la nación tiene en él depositada. Esa eficiencia de la institución militar será la mayor garantía para el mantenimiento de la paz, asegurada por otra

parte por la amistosa vinculación a los países que nos rodean y por la orientación franca y sin dobleces de nuestra política exterior. No pueden existir dudas sobre la sinceridad de propósitos que inspiran a nuestro país a este respecto. Constituímos una democracia pacífica, abierta a todos los hombres del mundo que quieran habitar nuestro suelo, según reza el preámbulo de la Constitución. Sin rivalidades, sin ambiciones, sin prejuicios, sin más anhelo que conservar el inmenso patrimonio y enaltecerlo por el trabajo y el culto de la libertad, nos sentimos estrechamente solidarios de los demás pueblos de esta parte del continente, a los cuales nos vinculan los lazos de la raza, de la lengua, la similitud de nuestras instituciones y los afanes comunes por la independencia.

Esta demostración que congrega a militares y civiles, en torno de una mesa común, parece ser una ocasión propicia para fijar en conceptos definitivos ante la opinión del país, cuál es el papel que aspira a desempeñar el Ejército en la vida y el progreso de esta democracia. Por anticipado puedo afirmar, en forma concluyente, sabiendo que interpreto el pensamiento unánime y leal del cuerpo de oficiales, que no tendrá imitación en nuestro medio el ejemplo extraño que ha llevado a ciertas instituciones armadas a suplantar a los poderes civiles, con el propósito de corregir sus males efectivos o imaginarios.

Por fortuna, somos los oficiales argentinos herederos de una tradición honrosa de respeto a las instituciones, de acatamiento a la ley que sabremos mantener intacta a través de todas las contingencias aportando así nuestra mejor y patriótica cooperación al adelanto social y político de la República. Nos bastará para ello inspirarnos en el ejemplo de nuestros mayores que, poniendo sus brazos y talento al servicio de los más altos ideales, fueron acreedores a la gratitud de sus conciudadanos, tanto por la abnegación con que sobrellevaron las penurias de la guerra, como por la devoción con que sustentaron los anhelos democráticos y los principios liberales de su pueblo.



Los perros de guerra.

En nuestra historia son comunes los ejemplos de esos soldados, cuya única ambición fué servir honradamente a la patria, que se resignaron hasta con el ostracismo y el olvido antes de transigir o explotar, en beneficio propio y con desmedro de los intereses colectivos, el egoísmo y las pasiones de las banderías políticas. Tal fué nuestro Gran Capitán, quien, con la rectitud y la austeridad inflexible de su vida, señaló para siempre a los soldados argentinos el camino inconfundible del honor y del deber. Tal fué también el proceder de ese preclaro hijo de esta provincia, el general Paz, cuyo nombre ha sido recordado con justicia en esta ocasión, cuya inflexible integridad de principios desafió la cólera de los déspotas y el rigor de las prisiones.

El ejemplo de lo acaecido en otras colectividades, la ingerencia que en ellas ha tomado el ejército en asuntos que le son totalmente extraños y la preeminencia que ha querido ejercer sobre las demás instituciones civiles, ha permitido a espíritus prevenidos, en el nuestro felizmente aislado, con desconocimiento absoluto de la mentalidad de nuestro cuadro de oficiales, lanzar la especie de que quizá tales ejemplos podrían cundir en nuestro medio, con las consecuencias que a ese respecto nos ofrece la experiencia ajena.

He dicho en otra oportunidad, y me ufano en repetirlo ahora, que el Ejército es lo que es su cuerpo de oficiales, y el nuestro, quizá por hábito, por educación o porque siempre obró por mandato imperativo de su pueblo, hasta en sus errores, quizá también porque la grandeza actual de la patria es en gran parte el fruto de sus sacrificios, no ha tenido nunca y, puede asegurarse, que no tendrá tampoco en el futuro otros intereses que los supremos de la nación, ante los cuales declinará absolutamente cualquier conveniencia de orden particular. Estos sentimientos forman parte de la tradición que él cultiva y es su orgullo: importa que lo conozca la nación, que se grabe como verdad indiscutible, como dogma, en la conciencia de su pueblo, porque de ello depende, en buena parte, la tranquilidad y el porvenir de la patria. Ejército ani-

mado de un espíritu mezquino de clase no puede ser instrumento de la voluntad de la nación, baluarte firme de sus instituciones, ni núcleo sólido sobre el que repose la defensa nacional.

Tal es el principio que rige la conducta de nuestra institución armada y con legítima satisfacción vuelvo a afirmar en esta oportunidad que no conozco un acto suyo, colectivo o individual, que signifique el olvido o la transgresión de esos deberes.

Hemos avanzado demasiado en nuestras conquistas democráticas para que nuestros problemas políticos y sociales puedan resolverse fuera del orden y del respeto a la ley tuteladora por igual de todos los derechos y garantías. El Ejército debe vivir al margen de las contiendas políticas, para no desnaturalizar su misión esencial, dedicado por entero a su preparación profesional, tan íntimamente vinculada a los intereses fundamentales de la patria.

Muy honrosa es la profesión del oficial y muchas satisfacciones importa su ejercicio, para buscar fuera del marco de la carrera otros halagos o ventajas que no condicen con la disciplina y son a la vez incompatibles con la austeridad misma de la vida militar.

En las filas de nuestro cuerpo de oficiales se respira un ambiente de verdadero civismo, de consideración respetuosa a las instituciones civiles del Estado, lo cual ha sido obtenido por una instrucción superior homogénea y por la misma confianza del país en la solidez de su disciplina, confianza que ha llegado hasta depositar en sus manos el otorgamiento y la custodia del instrumento del sufragio, derecho primario del ciudadano.

Nuestra mayor aspiración es conquistar por medio de la consagración a nuestros deberes el prestigio y la consideración pública, de manera que el pueblo contemple en su Ejército lo que debe ser: la escuela de dignidad, de patriotismo y de honor de la nación.

En nuestras filas, integradas por los hijos de este pueblo, no existen diferencias sociales, sino las jerárquicas impuestas por las necesidades ineludibles del mando y de la disciplina. Es perfectamente justo que la simpatía popular acompañe la marcha de nuestros batallones, porque dentro de ellos pasa lo más sano, lo más generoso, lo más altivo de nuestra juventud, lo que constituye la más legítima esperanza de la patria.

En síntesis, señores, puedo afirmar que el Ejército ha aprovechado la experiencia del pasado, y si a él le estuviera permitido hablar para expresar el sentimiento que hoy impulsa su acción y las ideas que le guían, habría de decir que sólo aspira a contribuir a la grandeza de la patria, ocupando en todo momento y circunstancias el lugar que le corresponde de acuerdo con las leyes fundamentales del país, para que al campo del orden que él tutela pueda el pueblo que le da vida marchar serenamente a la consecución de sus destinos buscando por sí solo, con abstracción de las fuerzas, el camino de su perfeccionamiento político.

Habría de oírsele decir, lo aseguro con la más absoluta convicción, que él participa intensamente de ese espíritu de concordia y de fraternidad que mueve hoy a la humanidad; pero que mientras llega la hora en que el derecho no requiera de la fuerza para ser respetado, él está dispuesto a todos los sacrificios que la nación le imponga, para, si fuera necesario, hacer respetar por la fuerza los derechos de la nación argentina.

Señores: El ambiente, la oportunidad y el propio motivo que nos congrega, predispone a nuestros espíritus a las más generosas y patrióticas expansiones.

Este homenaje honra por igual al Ejército y a la sociedad que le prodiga, pues, al proclamar la solidaridad existente entre civiles y soldados, constituye una demostración palpable del adelanto social y político alcanzado por nuestro país.

Por eso tengo la convicción de que interpreto el anhelo íntimo de todos los presentes, al levantar mi copa formulando votos porque mañana, como hoy, en nuestra patria, los mili-

tares y civiles se sientan obreros de la misma causa: la del progreso, la felicidad y la paz de la República."

"La buena doctrina"

De "La Nación"

"En el banquete que se dió en Córdoba a la oficialidad, con motivo de la terminación de las maniobras, pronunció el ministro de Guerra un discurso, que ha despertado en la opinión pública un eco de profunda simpatía. El general Justo ha hecho declaraciones importantes al juzgar la función del Ejército. Coincidiendo con lo que hemos sotenido reiteradas veces, a raíz de acontecimientos ocurridos en otras partes, manifestó que los militares tienen que vivir al margen de las contiendas políticas, siendo como son un órgano vital del país, formado por el pueblo, y en modo alguno atribuirse el carácter de una clase que puede sobreponerse en virtud de razones especiales a la decisión popular, que es, en suma, el resorte de nuestras instituciones democráticas. La palabra del general Justo, tanto por la autoridad oficial que inviste como por el prestigio propio de su personalidad, ofrece en estos momentos el valor de una actitud. Si bien nuestro ambiente no es favorable a las inquietudes y sacudidas de origen militar que experimentan otros países, conviene que hombres de ascendiente en el Ejército como lo es el ministro de Guerra y como lo es el general Riccheri, proclamen, con su experiencia, con su crédito profesional, la buena doctrina, que consiste en limitar a las milicias, como entidad orgánica, a su misión esencial, que la Constitución les señala con tono inequívoco y que nuestra tradición civil consagra al substraer a la Nación en su actividad política a todo lo que podría turbarla en su desenvolvimiento normal.

"El general Justo no se ha reducido a una exposición fría de ideas. Al fundarlas adujo el ejemplo de los Estados en que la oficialidad abandonó la noción de su deber fundamental y

quebró la disciplina para mezclarse a las luchas cívicas con el fin de corregir deficiencias presuntas o reales. Ese ejemplo basta, en efecto, y así lo entiende el general Justo, para desvanecer, en los que sólo ven en los métodos democráticos los inconvenientes momentáneos, el deseo de evitarlos con la implantación de remedios basados en el predominio de la fuerza, puesto que la participación del Ejército en la política supone en la práctica el régimen de la dictadura. Ese anhelo, que difundió quizá la alteración del ritmo ordinario de la existencia colectiva en ciertas naciones, no llegó a transparentarse entre nosotros en propósitos definidos ni en sospechas de un plan.

"No pasó, tal vez, de la muda aprobación de uno que otro espíritu nublado por la actualidad y que chocaba sin duda con la solidez de los sentimientos democráticos de la oficialidad, que el ministro de Guerra se complace lógicamente en alabar. Es éste, desde luego, un elogio que califica el progreso moral de nuestro país, al relevarnos en el continente como una comunidad organizada sobre principios netos y sobre fundamentos arraigados. La conciencia civil de la Nación se ha cristalizado normas fijas y los que se dedican a la profesión militar no lo ignoran y se forman a su vez en esa concepción.

"Mas, eso mismo, que es un hecho visible, cobra nueva importancia al decirlo con tan serios y elevados argumentos el ministro de Guerra, quien expone así la línea de conducta que guía al militar argentino. Y está en condiciones, por ser, con independencia de la posición que ocupa, una figura tan representativa del Ejército, para hablar en su nombre y expresar ante la opinión el pensamiento verdadero que lo anima.

"La oficialidad, sostiene el general Justo, no cultiva un espíritu mezquino de clase, pues si no fuera así no sería el instrumento eficaz de las instituciones ni el núcleo substancial en que se apoya la organización completa de nuestro sistema. Tampoco es militarista, afirma en su discurso. Ello es interesante siendo quien lo dice. Con eso se denuncia una vez más el temperamento pacífico de la Nación y se declara en tono categórico que ningún fenómeno eventual o prejuicio surgido

de las contingencias inherentes al desarrollo democrático desviaría al oficial o al soldado del rumbo severo de su obligación y de su ética precisa, que se cifra en la absoluta neutralidad ante el debate de las cuestiones públicas. Y es lo que determina en nuestro país el respeto que rodea a las milicias: la opinión se da cuenta de que el Ejército es una institución totalmente ajena a la agitación ciudadana, y quien piense de otra manera y le asigne oficios providenciales conspira contra su vinculación honda con el pueblo y elabora involuntariamente su desprestigio, según nos lo enseñan las dolorosas vicisitudes de los países en que esa regla se ha quebrantado.

"Es lo que el ministro Justo opina; esa es la doctrina saludable, que sostuvimos desde el primer instante, que nace de nuestra historia y cuya aplicación ha sido la causa de nuestro rápido ascenso".

12 de Noviembre de 1925.

"Los militares en la política"

De "La Vanguardia"

"En vísperas de la terminación de las maniobras, demasiado costosas e inútiles, ha habido en Córdoba demostraciones de homenaje al ejército, entre ellas un banquete, al que asistieron las autoridades de la provincia, y jefes y oficiales, con el gobernador y el ministro de Guerra a la cabeza.

"El acto era propicio a las expansiones más íntimas, digno de ser aprovechado por quiénes tenían algo que decir, y el deber de decirlo.

"Diferentes causas, entre ellas el mal ejemplo cercano, hacían atrayente el tema de la intervención de los militares en la política como fuerza directiva y absorbente de todos los poderes.

"Y, en nombre del gobierno de la provincia, el gobernador dijo, entre otras cosas, que "nunca el soldado argentino combatió por la conquista, la dictadura o el poder discrecional",



En Córdoba.—Recepción de las tropas después de las maniobras.—Festival en el Rivera Indarte.

y que "la nación no registra batallas, y menos golpes de estado que hayan engendrado dictaduras", concluyendo por definir el militarismo, "producto de instituciones retrógradas", como una "planta tóxica".

"A su turno, el ministro de Guerra ahondó en el tema, con la autoridad que le da la importancia de su cargo.

"Su discurso ha provocado las iras del órgano del ex presidente Irigoyen.

"¿Qué ha dicho de vituperable el ministro? Son, según él, "cuestiones de orden profesional, exclusivamente", las que "absorben la atención y preocupación del cuerpo de oficiales", libre de "veleidades militaristas completamente desconocidas en nuestro medio". Asegurando interpretar "el pensamiento unánime y leal del cuerpo de oficiales", afirmó que "no tendrá imitación en nuestro medio el ejemplo extraño que ha llevado a ciertas instituciones armadas a suplantar a los poderes civiles, con el propósito de corregir males efectivos o imaginarios". Agregó aun: "El ejército animado de un espíritu mezquino de clase no puede ser instrumento de la voluntad de la nación, baluarte firme de sus instituciones, ni núcleo sólido sobre el que repose la defensa nacional". Y, para concluir, expresó concretamente que "el ejército debe vivir al margen de las contiendas políticas",... "ocupando en todo momento y circunstancia el lugar que le corresponde de acuerdo con las leyes fundamentales del país, para que al amparo del orden que él tutela pueda el pueblo que le da vida marchar serenamente a la consecución de sus destinos, buscando por sí solo, con la abstracción de la fuerza, el camino de su perfeccionamiento político".

"¿Pueden concebirse palabras más sensatas, ni más oportunas?

"La salvedad de que no desea "un ejército de pretorianos", ni admite que "nuestras instituciones armadas sigan la moda liberticida de imponer dictaduras con las mismas armas que la patria les confió para que la defiendan", no puede excusar la ardiente protesta que esas manifestaciones arrancan al ór-

gano del señor Irigoyen, que debe interpretar el pensamiento y el sentir de su jefe y amo.

"O se niega redondamente a los militares el derecho a intervenir en política, sobre todo en forma colectiva, o se va al encuentro de los más graves peligros para las libertades públicas.

"Palabras "extemporáneas e imprudentes" son, pues, las que tienden a destruir el efecto de declaraciones o consejos inteligentes y sanos, que por desgracia no pueden considerarse superfluos.

"Lo más curioso es que el propio señor Irigoyen, siendo presidente, sostuvo la tesis que ahora considera perniciosa. Bajo su gobierno, y siendo ministro de Guerra un hombre de su confianza como el señor Elpidio González (o el señor Moreno, no estamos seguros), ¿no prohibió a los militares formar parte de la llamada "Liga Patriótica", después de haberla fomentado, cuando las actividades secretas de ésta le inspiraron temores más o menos fundados?

"No se trata, ahora, de que los militares puedan derribar a un gobierno para levantar a otro, dándonos a elegir, por ejemplo, entre Figueroa Alcorta o don Hipólito Irigoyen, pero respetando, en el fondo, pasado el trance, las normas constitucionales y democráticas.

"El problema es otro, actualmente, aunque el señor Irigoyen y su órgano simulen no comprenderlo.

"En realidad, el titulado radicalismo debe menos a los motines de cuartel que al instrumento del sufragio popular, que le dió el triunfo, mientras los primeros representaron para aquél otras tantas derrotas.

"Realizada la "reparación histórica", ¿puede admitir que los militares continúen pensando en la posibilidad de volver a la conspiración y a los motines cuarteleros?

"Acaso busque, sólo congraciarse con ellos, para alejar los peligros que se anuncian si la república tiene una segunda presidencia del señor Irigoyen.

"Pero, esos peligros serán más seguros y reales, no para el irigoyenismo, sino para la república, si cunden las ideas y los sentimientos que el señor Irigoyen ampara por medio de su órgano oficial".

14 de Noviembre de 1925.)



El desfile del 10 de Noviembre

La ciudad desierta

Señalada la provincia de Córdoba para teatro de las maniobras terminales del Ejército, su capital recibió, por así decirlo, la visita de todas esas fuerzas, reunidas aquí para iniciar luego su desconcentración. Lo que esto ha significado para ese pueblo, cuánto ha sido el cariño con que la población ha visto a los conscriptos en vísperas de terminar sus obligaciones militares, tras de finalizar la parte más ardua de sus tareas, y el afecto demostrado a los cuerpos y unidades desde el momento que acamparon en las cercanías de la población, sólo podría reflejarse si fuera posible agregar otro comentario más al hondo significado que ello encierra, como una demostración del profundo cariño que toda la población del país siente por sus instituciones militares.

Ese afecto y esa simpatía, que son siempre una indicación de patriotismo que embarga a las multitudes, frente a uno de los símbolos más salientes de la nacionalidad, han tenido esta mañana en Córdoba una exteriorización sin precedentes en el desfile que las fuerzas efectuaron en el Parque Sarmiento, para cerrar con una hermosa fiesta el período de actividades a que han estado sometidas sobre los campos y sierras de Calamuchita y Los Cóndores, al sur de la provincia más central de la República.

Ha sido la fiesta que todo el mundo presagió en base al entusiasmo con que fué recibido el anuncio de su celebración, y sin temor de caer en exageraciones de ninguna especie, bien puede decirse que todo Córdoba, participó de ella, en medio de una alegría sólo comparable con la que experimenta el pueblo en las grandes recordaciones patrióticas.

La ciudad desde temprano ofreció un magnífico aspecto de animación, volcándose sus habitaciones hacia los lugares en

que iba a realizarse el acto, hasta que, cuando llegó la hora fijada para la iniciación del desfile apareció poco menos que desierta. Las calles y las plazas quedaron solas; de los negocios salieron sus parroquianos habituales, y por todas partes apenas si se siguió viendo a uno que otro transeunte dirigiéndose también al Parque Sarmiento. Muchas casas particulares cerraron sus puertas, porque todos sus ocupantes, tanto patrones como sirvientes, salieron muy temprano para ir a ver a los soldados. Dejaron de circular los tranvías, amontonados en las calles vecinas al parque, y de silencio se inundó la ciudad, callada bajo la impresión del acontecimiento que no se le brindara nunca, ni a ella, ni a ninguna otra población argentina.

En los alrededores del hermoso paseo la escena era distinta, ya que cada balcón y todas las azoteas fueron convertidas en otros tantos lugares para presenciar la formación, uniéndose en una sola muchedumbre la enorme concurrencia que llenó las avenidas del Parque con toda la gente que desde las cercanías asistió a la concentración de las unidades, así como a la salida de las mismas para sus cuarteles y vivaques, una vez que finalizó la ceremonia.

Entretanto, las tropas fueron a ocupar los sitios que se les había designado para constituir la columna militar, y lenta y paulatinamente, a medida que transcurría el tiempo, los regimientos se extendieron a lo largo de los caminos del paseo, hasta quedar enteramente preparada, conforme a los detalles que se establecieron para la constitución de las líneas.

Mucho antes de las 8 había comenzado a afluir gente al Parque Sarmiento con objeto de obtener ubicación estratégica a fin de no perder detalle del magno desfile a realizarse a las 10. Desde los lugares más lejanos de la ciudad, gran cantidad de personas, entre las que llamaba justamente la atención el número de mujeres y niños, se dirigían al parque, después de haber recorrido grandes distancias a pie. Ya a esa hora era también extraordinaria la circulación de coches y automóviles que conducían familias al desfile. Estas eran portadoras de



La ofrenda maternal en medio de la marcha.

muchas flores, que luego distribuyeron en forma entusiasta entre las tropas, siendo los más agasajados en ese sentido los cuerpos, cuyo paso era clamorosamente saludado.

Cerca de las 9 se hallaban numerosos palcos ocupados, de los construídos en la Avenida de los Carolinos, donde debía efectuarse el paso de las fuerzas. Además, en las amplias aceras de la misma comenzaban a congregarse millares de personas, que se alineaban sobre los cordones con el objeto de ceder posiciones, ya que era allí el sitio más indicado para observar perfectamente y de cerca el acontecimiento que había tenido la virtud de movilizar a todo el pueblo, desde un extremo a otro de la ciudad. Era dable ver asimismo, entonces, que el Boulevard Chacabuco, señalado como entrada de vehículos al Parque, y parte de la Avenida Argentina, en su embocadura con la Avenida de los Aguaribays, ofrecían un aspecto imponente por el número considerable de automóviles y carruajes que llegaban y por la gran masa humana que se movía en toda su extensión en su afán explicable de arribar con tiempo para encontrar ubicación cómoda y adecuada.

A la hora indicada para la iniciación del desfile, todos los palcos estaban completamente ocupados por familias, y en las aceras de la Avenida de los Carolinos el público formaba varias filas compactas, en toda su extensión de 1.000 metros. No quedó lugar que ofreciera un claro para presenciar el paso del ejército que dejara de ser llenado por el público. Entre los palcos y detrás de ellos el público que no había tenido ubicación en los sitios mejores, por haber llegado tarde o cualquier otra circunstancia, se había estacionado, y muchos fueron los que se agregaron a los palcos que dejaban algún lugar disponible, cuando comenzó el desfile, y con ellos todos estaban pendientes del mismo. Igual cosa ocurrió en la Avenida de los Aguaribays, repleta de gente a uno y otro lado.

En resumen, puede decirse, sin pecar de exagerados, que la mayor parte de la población de Córdoba se volcó esta mañana en el Parque Sarmiento, que ofrecía así un espectáculo de vida y animación extraordinarias. Sobre el rosedal habían sido lle-

vados los automóviles y demás vehículos que debían aguardar la terminación del desfile para pasar a recoger a sus respectivos ocupantes, siendo su número en extremo considerable. También frente a la plazoleta del Deán Funes, numerosos automóviles y carruajes se hallaban estacionados, espectáculo que se repetía en el Boulevard Chacabuco, sobre los costados norte y sur.

La nerviosidad que se apodera del público cuando es tan excesivamente numeroso, como ocurrió hoy, ante la demora en comenzarse el acto—el desfile se inició a las 10.30—fué, en parte, calmada por la presencia de varios aeroplanos, dos aparatos militares y un avión Junkers, que evolucionaron sobre el Parque hasta momentos antes del paso de las tropas. La visión de éstas calmó definitivamente el natural estado de ánimo, para transformarlo en una ansiedad entusiasta por no perder detalle del gran acontecimiento, la que se exteriorizaban, en forma casi intermitente, en prolongados aplausos y expresiones verbales de adhesión y simpatía.

Iniciación del acto

Pasadas las 10.30, el automóvil que conducía al gobernador de la provincia y al ministro de Guerra llegó a la Plazoleta Deán Funes. Se encontraba allí el general Uriburu, comandante en jefe de las fuerzas, acompañado por los jefes y oficiales de su estado mayor y de su escolta, y tras de una breve detención, durante la cual el último de los nombrados saludó a los funcionarios mencionados, se inició la revista de la formación de infantería, que estaba a las órdenes del general Gil Juárez.

Los conscriptos echaron las armas al hombro, ejecutando las bandas marchas regulares, mientras el general Justo y doctor Cárcano inspeccionaban las unidades. El general Uriburu siguió a uno de los costados del automóvil oficial, dirigiéndose después al palco levantado en la Avenida de Aguari-

bays, entre las dos hileras interminables de otros palcos que se extendían, repletos de concurrencia, de un extremo a otro de aquélla, flanqueando la espléndida perspectiva que ofrece ese camino, techado frondosamente por las ramas de los viejos árboles, que aparecen unidas en lo alto de la ancha y larga calzada.

En medio de las muestras del afecto popular, los dos funcionarios ocuparon el lugar que se les había reservado, hecho lo cual el comandante de las tropas solicitó la venia correspondiente para dar en seguida las órdenes del caso, a fin de que diera comienzo el desfile.

La infantería en marcha

Un cielo nublado y sereno cubrió el paraje, manteniéndose una temperatura agradable, que hizo más llevadera la larga espera del público. La expectativa de esa muchedumbre se mantuvo sin desmayos durante toda la mañana, pues fueron muchos los que desde muy temprano buscaron un lugar apropiado para presenciar el desfile, y si la banda municipal que ejecutó mientras tanto algunos trozos musicales, pudo servir para contener en parte la nerviosidad, de que estaba poseída la gente, cuando los toques de clarín reglamentarios anunciaron que las tropas iniciarían su marcha, un movimiento de toda esa ola humana buscando aun mejores posiciones sacudió a esa masa, y sólo a duras penas pudo ser contenido dentro de los límites que se habían indicado. Hubo luchas desesperadas por llegar a la primera fila, y en los palcos todo el mundo se asomó a las barandas para no perder detalle del espectáculo que se presentaría en seguida. Por los espacios libres que quedaron entre los palcos rebalsó la concurrencia; la calzada, los árboles, se cubrieron a su vez de gente, y en cada punto o lugar que pudo ser utilizado con el mismo objeto, desafiando incomodidades y fastidios más o menos llevaderos, el público se ubicó o trató de tomar colocación para ver pasar a las tropas.

Estas se acercaron rápidamente, formadas de la misma manera como actuaron en los ejercicios, es decir, reunidos los regimientos 1, 2, 3, 5, 6 y 7 de infantería de maniobras, que estuvieron constituídos por los regimientos reales, del arma mencionada, distribuídos como dejamos dicho. La tensión del público fué quebrada inmediatamente, y las exclamaciones que ya se escuchaban, desde el fondo de la avenida acompañando estruendosamente el andar de las tropas, subieron de tono cuando la banda de música de la cabeza se desplazó de la columna para colocarse frente al palco oficial, iniciando la ejecución de una marcha al tiempo que los abanderados de tres de aquellos regimientos aparecieron, siguiendo a los jefes superiores a la cabeza de la columna en movimiento.

La muchedumbre ya no quiso ocultar su emoción, y las explosiones de entusiasmo llenaron el ambiente, sin solución de continuidad. Vítores a la patria y loas al Ejército se escucharon en todas partes, alcanzando las manifestaciones proporciones inesperadas. Al paso de las banderas caían sobre éstas los ramos de flores que desde mucho antes se agitaban en las manos de las damas y las niñas, como si se hubieran desprendido de la alta enramada que cerraba el cuadro. Los pañuelos se agitaban continuamente; los gritos se repetían al desfilar de las banderas, que pasaban escoltadas por sus pelotones de honor.

En el temor de perder su ofrenda más de una niña bajó a la calzada a entregar las flores. Desde algún palco una madre tuvo que hacer esfuerzos inauditos para alcanzárselas a su hijo y así lenta y suavemente la falange ciudadana preparada para las energías supremas, marchó jubilosamente acompañada por la simpatía unánime de la muchedumbre.

Artillería y comunicaciones

Vino después la artillería bajo el mando superior del general de división D. Martín Rodríguez. Se había apenas calmado



En el desfile.—Las tropas de caballería al galope.

un poco el entusiasmo del gentío porque ya se moría más lejos las últimas filas de la infantería, cuando la curiosidad del gentío tuvo enseguida otro motivo de preocupación: un ruido lejano se escuchaba entonces y mientras empezaba a pronunciarse el rodar de las piezas, ante la mirada asombrosa de los espectadores comenzaron a pasar los artilleros sobre fogosos caballos que arrastraban al trote los cañones atronando el espacio. Otra vez se repitieron las manifestaciones de afecto de todo ese mundo de gente allí reunido.

Había en el ambiente el temor de que las cabalgaduras no tuvieran espacio suficiente para marchar sin tropiezos. Todos estaban pendientes de ese pasar de animales, llevando los pesados mecanismos que por la fuerza de impulsión que habían adquirido momentos antes, parecían que apenas tocaban el duro pavimento sabiéndose sin embargo que al menor descuido la pata de un caballo podía calzarse en uno de los tiros y provocar una verdadera catástrofe, en que los férreos aparatos irían a detenerse encima de las yuntas sin que mano humana alguna pudiera seguramente evitar la caída de los soldados y el choque con los cañones que los seguían o iban a sus costados. Hubo algo así como una hesitación en los aplausos y exclamaciones de la multitud, pero, si existió alguna duda o si algún ramo de flores cayó a los pies de su dueña que embargada por la emoción no tuvo fuerzas para largarlo hasta las filas, apenas se prolongó.

Los caballos vigorosos y bien entrenados con el constante trabajo de las maniobras no aguantaron fácilmente el trote y apenas pudieron ser contenidos sin llegarse con todo a sofrenarlos completamente y como se viera que las líneas, descompuestas por algunas tendidas al galope no impedían que toda la masa continuara perfectamente su marcha, aquel ligero temor de la gente quedó destruído y otra vez sin dejar de contemplar ávidamente el desfile, la muchedumbre siguió saludando clamorosamente el paso de las tropas.

Vino después la Escuela de Comunicaciones, con su jefe, el teniente coronel Pedro J. Rocco a la cabeza, trayendo perfec-

tamente alineados todos los vehículos y demás implementos que intervienen en los servicios a que están destinados los tan nuevos recursos de que ha sido dotado el Ejército. La amplitud alcanzada por los partes de operaciones, la disgregación de las tropas en marcha, para disminuir en lo posible su visibilidad y a la vez dificultar la defensa y el ataque del adversario, obligaron a disponer de los recursos necesarios para mantener la unión de las avanzadas y aun mismo de los núcleos más importantes con el comando superior, reuniéndose entonces a cuanto pudo hacerse en materia de comunicaciones. De ahí que fuera menester dotar al Ejército de los elementos destinados a asegurar hasta donde se pueda, dentro de lo humano, el contacto del jefe con sus subalternos, mientras éstos se mueven a distancias insospechadas del lugar a que ha establecido el director de las piezas, aplicándose en consecuencia todos los inventos y mecanismos reputados como más convenientes. Aparecieron de inmediato las formaciones encargadas de conducirlas e instalarlas que este año se organiza recién entre nosotros, fueron vistas por primera vez en la formación militar que se realizó en agosto en honor del heredero de la corona británica, su segunda presentación en público fué en Córdoba, después de haber actuado satisfactoriamente en los ejercicios.

Tantos automóviles y vehículos de los más variados aspectos sin que tampoco fueran iguales sus tamaños, carros a sangre, motocicletas, jinetes, voiturettes, camiones, armones de artillería, convertidos en portaestaciones radiotelegráficas, palomares móviles sobre chatas arrastradas por dos o tres yuntas, soldados a pie, etc., todo eso y muchas otras cosas que posiblemente se nos escapan en esta enumeración, vió el pueblo durante el desfile de la escuela de comunicaciones, celebrando a sus hombres como lo hizo con todos los que constituyeron la columna de tropas de aquél día.



Una parte del desfile de las tropas en Córdoba.

El galope de la caballería

Hubo enseguida un largo intervalo y poco después, del fondo al extremo de la amplia avenida completamente despejada, comenzó a oirse un rumor que aumentaba por momentos. Los sones de los clarines parecieron cubrir un instante el ruido y apenas la fanfarra de la brigada de caballería tomó su ubicación, fuera de la columna, pasaron ante los espectadores los jefes de la formación agitando sus espadas en el saludo disciplinario a las autoridades que presenciaban el desfile.

En seguida, otros jinetes aislados, los comandantes de los escuadrones entre los cuales cabalgaba el más joven de todos los oficiales del primero de los cuerpos, con la diestra en alto, afianzando en el estribo el asta de la bandera que ondeaba al viento, enteramente desplegada por la velocidad de la marcha.

Era la caballería que avanzaba al galope.

En menos tiempo del que se tarde en relatarlo, las primeras secciones del escuadrón que encabezaban los regimientos, estuvieron entre las dos hileras de la muchedumbre que se agitaba en los veredones en un afán inusitado de verlo todo, sin perder el más mínimo detalle.

Flojas las riendas de las cabalgaduras, perfectamente sentados los soldados con un dominio absoluto de los corceles que corrían impetuosamente pidiendo freno sin desviarse para nada de la dirección que les habían dado sus jinetes, aquellas ráfagas intermitentes de hombres y animales galoparon la calzada levantando ligeramente el movible piso de arena, mientras las banderolas blancas y azules de las lanzas, parecían otros tantos pendones que se agitaban entre el enorme conjunto de personas y cosas allí reunidas.

Apenas si las líneas se alteraron un poco, cuando un caballo más fogoso quiso aventajar a los otros, hasta que la mano del jinete le obligó a disminuir su marcha, y en medio del entusiasmo delirante de la multitud, de entre la que manos fe-

meninas arrojaban ramos y flores, la avalancha de tropas de caballería avanzó totalmente y pasó en pocos minutos como una corriente incontenible, en busca de campos más amplios para correr todavía más o estrellarse contra cualquier obstáculo que intentara detenerla.

La bandera de otro de los regimientos de la brigada llevaba el asta adornada con una guía de flores naturales, y cada sección de los escuadrones que pasaba casi sin tiempo para verla, tal era la velocidad de la carrera, mostró bien a las claras que los conscriptos habían recibido antes el homenaje que todo el mundo tributó a los soldados, enredándose en sus arreos hermosas flores.

Los carros de aprovisionamiento arrastrados por tres animales, corrieron igualmente como las demás tropas, y si la pericia de los jinetes impidió que se produjera el menor accidente, los conductores de los pequeños vehículos también salieron airosos de la prueba, no siendo menor el éxito de las piezas de artillería liviana, designadas como de acompañamiento para los cuerpos de caballería, cuyo paso resonó en todos los ámbitos del Parque haciendo aun más intensos los extraordinarios ruidos que se oyeron entonces.

Disminuyó el rumor lentamente y enseguida se extinguieron los ecos lejanos de las tropas que retomaban el paso a pocas cuadras del punto en que habían galopado, para iniciar el retorno a los vivaques.

Era el término del acto y la muchedumbre se lanzó a la calle alcanzando a ver todavía al general Uriburu que daba cuenta a su superior que el desfile había terminado.

El gentío le tributó entonces una afectuosa demostración de simpatía que el inspector del ejército agradeció agitando varias veces su espada.

Comenzó luego el regreso al centro, durante todavía por un largo instante las manifestaciones en honor de las autoridades nacionales y provinciales que asistieron a la fiesta, las que alcanzaron igualmente a los militares extranjeros.



Un grupo de niñas y militares en el Hipódromo.

Las autoridades superiores saludan al Ejército

Poco después de finalizado el desfile el general Uriburu, junto con el jefe de estado mayor, coronel Vélez, confeccionó el último "orden de división" para dar cuenta a sus subordinados de la terminación de los trabajos. Por su parte el ministro de Guerra, había enviado al presidente de la República un telegrama, informándole del arribo de las tropas a Córdoba. El doctor Alvear contestó al general Justo con el despacho que reproducimos a continuación:

"Muy complacido por los felices resultados de las maniobras del Ejército, que he seguido con especial interés, ruego a V. E. haga presente a los señores jefes, oficiales y tropa, mis francas congratulaciones y mi sentimiento por el hecho de que las ocupaciones de mi cargo, me hayan privado de presenciar los ejercicios y expresar personalmente mi satisfacción."

Este último fué hecho conocer a la tropa junto con la orden de división a que nos referimos y que estaba concebida en los términos siguientes:

"El período de maniobras que acaba de desarrollarse ha puesto en evidencia que nuestros soldados conservan inalterables las virtudes tradicionales de la raza, y que los jefes han sabido mantener una buena disciplina.

"El país ha contemplado con interés el éxito alcanzado por el Ejército en esta prueba. Hoy todos los ciudadanos sinceros deben saber que el Ejército trabaja, y que desde el general al soldado, todos quieren responder a la confianza que la Nación deposita en él.

"El esfuerzo cumplido constituye una promesa, y el cuerpo de oficiales no debe pensar que se ha alcanzado la finalidad completa, sino que, por lo contrario, es menester continuar redoblando las energías para hacer del Ejército lo que debe ser.

"El inspector general del ejército, comandante en jefe de las tropas en maniobras, considera un deber llevar a todos el convencimiento de que las autoridades del Ejército están saitsfechas de su abnegación en el servicio de nuestra institución, y al despedirse de sus camaradas, jefes, oficiales, suboficiales y soldados, les exhorta a mantener en tensión constante sus propósitos, a fin de ser el verdadero brazo armado de la patria".

Telegramas cambiados entre el gobernador de Córdoba y el presidente de la República

El gobernador de la provincia dirigió el siguiente despacho al presidente de la República, con motivo del desfile militar:

Tengo la satisfacción de comunicar a V. E. que las tropas del Ejército Nacional acaban de desfilar por el Parque Sarmiento en medio de las aclamaciones incesantes del pueblo de Córdoba, que fraterniza y se identifica con ellas como si fueran el mismo pueblo. El señor ministro de Guerra y el señor inspector general han sido igualmente objeto de grandes manifestaciones.

El doctor Alvear contestó dicho telegrama en los siguientes términos:

Acuso recibo del atento telegrama en que V. E. me informa de las aclamaciones tributadas a los jefes y oficiales y tropas del ejército en maniobras en el territorio de esa provincia. Agradezco a V. E. su gentileza y me es grato manifestarle la honda satisfacción que me ha dado esa actitud del pueblo de Córdoba, digno de sus gloriosas tradiciones y de la simpatía que siempre demostró por las instituciones armadas de la patria.

Felicitaciones al ministro de Guerra

El ministro de Guerra recibió del almirante Domecq García el despacho siguiente:

"Terminadas en forma brillante las maniobras, a juzgar por la apreciación hecha por usted públicamente y tan favorablemente comentadas por la prensa y la opinión sensata del país, me congratulo, con el más puro sentimiento de marino, por el brillante éxito que corona la terminación del corriente año militar, transmitiendo al Ejército las felicitaciones de la Armada, por su digno intermedio, en homenaje al deber cumplido por los soldados y oficiales para con la patria.

"Deseo, asimismo, quiera transmitir mi aplauso a nuestro común amigo el general Uriburu, inspector general del ejército, así como a sus colaboradores, por el resultado de su actuación en el cargo que desempeña".

Este telegrama fué contestado por el general Justo en los términos que reproducimos a continuación:

"En respuesta a su telegrama de ayer, le expreso mi vivo reconocimiento por los conceptos con que exterioriza su sincera y patriótica satisfacción ante el buen resultado obtenido en las maniobras del Ejército, y a mi vez le manifiesto que participo de idénticos sentimientos al considerar que ellas señalan prácticamente, con la presencia de distinguidos marinos en nuestros trabajos, la solidaridad de las dos instituciones, finalmente empeñadas en colaborar al unísono en el objetivo común de servir bien a la patria. Tendré el gusto de transmitir al general Uriburu y a sus colaboradores sus congratulaciones".

Del general uruguayo Ruprecht

El general Ruprecht, jefe del estado mayor general del ejército del Uruguay, envió al ministro de Guerra el siguiente despacho:

Deplorando la necesidad de regresar hoy a Montevideo, no quiero hacerlo sin reiterar a V. E. la expresión muy efusiva de mi agradecimiento por las atenciones que ha tenido a bien dispensarme durante mi permanencia en este país amigo, lamentando no poder presenciar el desfile, como coronamiento de las brillantes maniobras realizadas.

Felicito sinceramente a V. E. por el resultado de las maniobras, por la disciplina e inteligentes actividades desplegadas por las tropas del Ejército argentino, de gloriosa tradición en los fastos de nuestra independencia.

La respuesta del ministro de Guerra fué la siguiente:

Intimamente reconocido a los sentimientos afectuosos exteriorizados en el despacho de ayer, que comparto muy sinceramente, debo expresarle que su grata permanencia entre el cuadro de oficiales argentinos, en ocasión de las maniobras, ha servido para robustecer aun más los lazos de profunda cordialidad y simpatía existentes entre nuestras instituciones armadas.

Juntos con los míos van los saludos de todos los compañeros de armas y los votos que formulamos por la grandeza de esa patria hermana y el progreso de su brillante ejército.

En el Hipódromo

La reunión extraordinaria hípica y social organizada por el Jockey Club de Córdoba en honor del ministro de Guerra, general Justo, del general Uriburu y de los jefes y oficiales del Ejército resultó lucida por las hermosas proyecciones que adquiriera, digno complemento de los diversos festejos realizados en estos días. Nuestro circo de carreras presentó esta tarde un aspecto brillante, como pocas veces se ha visto. La ciudad, después de asistir al desfile se dió cita para la reunión hípica de la misma tarde que transcurrió favorablemente auspiciada por una tibia temperatura primaveral. Allí se había congregado todo cuanto de más representativo y caracteriza-

do tiene la sociedad cordobesa, destacándose como la nota especialmente simpática la presencia de numerosas damas, cuyos claros atavíos estivales ponían una nota de alegre colorido en la fiesta.

La llegada del ministro de Guerra, general Justo, y del general Uriburu, a quienes acompañaban el gobernador doctor Cárcano, los ministros del Poder Ejecutivo provincial y demás comitiva oficial, fué saludada con estruendosos aplausos, que se extendieron a lo largo de las tribunas repletas de concurrencia. El general Justo, el señor Cárcano, el general Uriburu y los demás acompañantes oficiales siguieron con marcado interés el desarrollo de las diversas pruebas hípicas. Después de corrido el clásico Marcelo T. de Alvear, las autoridades del Jockey Club ofrecieron un lunch a la concurrencia, que se llevó a efecto en la tribuna oficial.

Al retirarse la comitiva oficial se renovaron los calurosos aplausos con que había sido recibida.

Agasajos a la esposa del ministro de Guerra

Cuando el ministro de Guerra llegó a Córdoba para asistir al desfile militar, lo acompañó su esposa, la señora Ana Bernal de Justo, quien fué objeto de señaladas atenciones por parte de la culta y distinguida sociedad cordobesa, como lo fuera también la señora Aurelia Madero de Uriburu.

Desde el primer momento de la llegada de ambas damas, la comisión de agasajos al Ejército designó a una comisión de señoras compuesta por Rosaura Agüero de Villegas, Amelia Tedín de de la Vega, Aurelia López de Fernández y Ana Domínguez de Vértiz, para que pasaran a saludar a las distinguidas damas e invitarlas a las fiestas que se preparaban en honor de los jefes y oficiales que eran huéspedes de la ciudad.

Opiniones de dos militares extranjeros

Del general Schenone, jefe de la delegación militar paraguaya

Nuestras autoridades militares, no teniendo ningún propósito oculto ni finalidad hacia determinado país con las grandes maniobras de Córdoba, quiso, desde el primer momento, que pudieran presenciarlas todos los representantes de los ejércitos vecinos que tuvieran interés en ello, para lo cual, previamente, hizo las invitaciones del caso por la vía diplomática o directamente, según el caso. Así fué que, durante esas ejercitaciones, además de los agregados militares, de que nos ocupamos en otro lugar, estuvieron presentes el jefe del estado mayor del ejército uruguayo general Guillermo Ruprecht, y el general Manlio Schenone.

Ambos, una vez de regreso a sus respectivos países, hicieron declaraciones sobre nuestras maniobras, expresándose con una sinceridad y entusiasmo tales respecto a las mismas, que dan valor inapreciable a sus opiniones, por lo que creemos del caso reproducirlas.

El general Schenone, relevante figura militar, que conoce los grandes ejércitos europeos y americanos, de estos últimos especialmente el de Chile, cuyas prácticas y doctrinas siguió de cerca, inspector de armas y director de la Escuela Militar de su país, de regreso a la Asunción, requeridas sus impresiones con respecto a las grandes maniobras de Córdoba, a las que asistió como jefe de la delegación paraguaya compuesta por cuatro oficiales, se expresó de la siguiente manera, declaraciones que hizo públicas en el importante diario local de la capital paraguaya "El Liberal":

—Considero de importancia—comenzó diciendo el general Schenone—se sepa en nuestro país la preocupación que merece al gobierno argentino la conveniente preparación de sus fuerzas armadas, cumpliendo con ello un elemental deber de velar por la seguridad interior y exterior del propio país.

Es de todos conocida la inmensa actividad que se desarrolla en la República Argentina, en todos los órdenes, y nadie ignora ni desconoce el grado de sólida prosperidad en que se encuentran todos los resortes de su vitalidad, los cuales se desenvuelven con inteligencia, buscando la realización de un bienestar verdadero para todos sus habitantes, en particular, sin dejar de interesarse de que ésa su prosperidad ejerza también influencia benéfica sobre el progreso tranquilo de sus vecinos.

La verdadera organización militar de un ejército y la conveniente preparación defensiva de un país, no constituyen por sí, en la actualidad, un peligro para los vecinos; es un corolario forzoso y necesario de toda obra política que vela por la propia seguridad, tratando de hacer efectivo el tranquilo desenvolvimiento interno del país. Una conveniente organización militar constituye un factor eficiente que mucho contribuye para la estabilidad de los gobiernos de orden que, desentendiéndose de las rencillas internas que tanto perturban e impiden el trabajo pacífico, sólo desean hacer el bien que a todos interesa y a todos ha de beneficiar por igual, permitiendo perfeccionar las disposiciones gubernativas que regulan el ejercicio de todos los derechos cívicos, el desarrollo y el incremento de la riqueza general para llegar, poco a poco a un estado de progreso general que permita una verdadera vida civilizada digna de los tiempos actuales. Y, si como comienzo de vida nacional, la organización militar verdadera favorece semejante evolución, tanto más necesaria lo es afianzarla y completarla, perfeccionándola a medida que se vaya alcanzando un estado floreciente que es tesoro que debe cuidarse, estimularse y asegurar su posesión y aumento constante, en homenaje al grado de civilización misma que tales conquistas representan.

En este sentido, me era de sumo interés conocer de cerca al ejército argentino, cuya evolución no me era del todo desconocida al través de sus publicaciones de carácter profesional, que de algunos años a esta parte, demuestra una intensa

actividad bien orientada y encaminada; deseaba pues, ver en la práctica la condensación—diré—de esa labor de preparación que se desarrollaba en sus academias, escuelas, oficinas técnicas, altos comandos y cuerpos de tropas.

Respondiendo, pues, a la invitación particular del señor ministro de Guerra argentino general de brigada don Agustín P. Justo al Ministerio de Guerra de nuestro país, para que representantes de nuestro ejército concurrieran a las maniobras a realizarse, insinué al señor ministro de Guerra doctor Riart la conveniencia de que me acompañaran cuatro oficiales, ya que era interesante para nosotros no desperdiciar la ocasión de facilitar a nuestros oficiales jóvenes la oportunidad para vivir un período de intensa y positiva labor que nosotros no podríamos realizarlas todavía en nuestro país, en iguales proporciones.

Partimos de aquí, Asunción, el 18 de octubre a fin de estar en Buenos Aires el 25, día de llegada que se nos había fijado. Arribamos el 20, y en la estación nos esperaban nuestro ministro en ésa, el señor Saguier; el señor cónsul, algunos compatriotas y el teniente coronel don Juan Ferrari, distinguido oficial de estado mayor designado por el señor ministro de Guerra general Justo, en carácter de ayudante personal mío, quien nos condujo en un automóvil puesto a nuestra disposición, al Plaza Hotel, donde ya teníamos alojamiento preparado.

El señor ministro de Guerra se encontraba entonces en el campo de maniobras, de donde regresó el día 25. Con nuestro ministro señor Saguier, estuve a saludar al día siguiente al señor ministro de Relaciones Exteriores y al almirante Domecq García, ministro de Marina, quienes nos recibieron con toda amabilidad y deferencia.

Vuelto el ministro de Guerra, fuimos a saludarlo siendo recibidos por él con manifestaciones de la mayor cordialidad y amistad y él mismo nos introdujo hasta el despacho de S. E. el señor presidente de la Nación, doctor Alvear, quien tuvo frases de cordial simpatía por nuestro país, mostrándose satis-

fecho por la presencia de oficiales paraguayos en las maniobras, adelantándose a asegurarnos que encontraríamos toda afectuosidad en medio del Ejército, pidiéndonos al mismo tiempo le volviéramos a ver antes de nuestro regreso al país.

LAS MANIOBRAS

—El estado mayor general como es de práctica en estos casos, sigue diciendo el general Schenone, ya había preparado completamente todo lo relativo al movimiento de las tropas, itinerarios de marcha, puntos y días en que las unidades deberían estar concentradas, vías que debían seguir, constitución de unidades orgánicas especiales llamadas unidades de maniobras, y todas las demás instrucciones complementarias que preven y aseguran el conveniente desarrollo y ejecución de los trabajos que deben realizarse.

Estas diferentes disposiciones, cuyas directivas dadas por el inspector general del ejército general de división don José Félix Uriburu, en su carácter de comandante en jefe del ejército, fueron desarrollados por el estado mayor general del ejército, órgano dependiente del comando en jefe, e impresas en dos folletos, el uno titulado "Disposiciones generales", anexo "Arbitros", y el otro "Disposiciones generales", sencillamente.

En el primero se explica la misión de los árbitros; organización de este servicio; actividad de los árbitros; apreciación de un ataque; apreciación de la defensa; puntos de vista para la apreciación de las armas; armas de infantería, caballería, artillería; medios de lucha cercana; aviadores; tanques automóviles blindados; cuadro resumen para armas de infantería; cuadro resumen para artillería.

Faltando en los ejercicios de tiempo de paz los factores reales, como las bajas; las preocupaciones de orden moral emergentes de las responsabilidades verdaderas, y otros varios que intervienen en las luchas armadas, por un lado; y por otro, siendo necesario hacer figurar en lo posible la influencia que

la existencia de tales factores suelen producir, en los ejercicios realizados en la paz se recurren a "arbitros" que son oficiales elegidos entre los de mayor experiencia, quienes están encargados de seguir estrechamente todas las fases de actividad de cada unidad durante el desempeño de su misión, a fin de hacer resaltar en cada momento las diferentes consecuencias que en un caso real traerían tal o cual determinación adoptada por su jefe en un instante dado, o dejada de adoptar por él. Dentro de esta misión, los árbitros están facultados a pronunciar decisiones inmediatas y rápidas, tales como establecer el porcentaje de bajas; declarar fracasado un ataque efectuado o pretendido efectuar; poner fuera de combate unidades, fracciones o individuos, según las circunstancias que influyen en el momento dado, sea durante una acción, al comienzo, o al final de ella.

Conforme lo establecía el plan de maniobras, las actividades se iniciaron el 12 de octubre, comprendiendo marchas, vivaques, ejercicios de destacamentos y ejercicios de división. El 26 de octubre recibimos la invitación para incorporarnos; en consecuencia, partimos de Buenos Aires el 27, y el 28 nos presentábamos en el gran cuartel general que estaba instalado en el valle de San Ignacio (Sierra de los Cóndores, provincia de Córdoba). El teatro elegido fué el departamento de Calamuchita, en la zona estación Despeñaderos (F. C. C. A.), estación Almafuerte, estación Elena, nacientes del río Los Sauces, sierra Grande, río Anizacate, Río II, estación Despeñaderos. Esta zona se halla situada entre las ciudades de Córdoba y Río IV, a 50 kilómetros, término medio de cada una de ellas, presentando dos aspectos: zona de serranías, zona llana.

Todas las características, propias de regiones de esta naturaleza estaban reunidas: caminos llanos con fuertes pendientes; angostos; zonas pastosas; de cultivos; de vegetación natural arbórea pero sin la frondosidad e importancia de nuestros bosques naturales.

Para someter a prueba, tanto la resistencia de las tropas y del ganado como la adaptabilidad del material, de los diversos elementos de transportes a sangre y mecánicos de los diferentes medios de comunicación y de observación a terreno tan variado, la zona ha sido a mi juicio muy bien elegida. Ciertamente que la dureza del suelo en la mayor parte de la región, por la naturaleza misma del terreno, los inconvenientes más grandes estaban representados por las pendientes que por la inconsistencia o la blandura del suelo, como pasa en los terrenos arenosos de muchas regiones de nuestro país. Pero en ningún momento las columnas de trenes ni las baterías de diferentes calibres, como los obuses de 10 y de 15 cm. y cañones largos de 13 cm., sufrieron atraso de ninguna clase, ya por la excelente calidad y buen estado del ganado de tiro en los unos, como por la potencia de los camiones y tractores mecánicos en los otros, lo que significa que los medios de movilidad empleados han estado perfectamente de acuerdo con las exigencias a que fueron sometidos en un terreno que por su configuración especial no siempre podrá considerarse como normal para operaciones del ejército argentino. Indudablemente, que su alto comando tendrá en cuenta teatros que presentan mayores dificultades naturales, pero sea lo que fuere, en lo que respecta a este punto de vista particular, estimo que los comandos han recogido útiles experiencias sobre la capacidad de rendimiento de los medios mecánicos empleados, los cuales, según he oído decir, no son los tipos ni modelos definitivos que ha de adoptar ese ejército como tampoco son los diversos tipos de automóviles que fueron empleados en los diferentes comandos, servicios, etc., para sus necesidades especiales.

En este aspecto, entiendo que la dirección de maniobras ha querido obtener una experiencia positiva acerca del rendimiento militar que pueden producir los tipos de automóviles, camiones y tractores que los servicios privados utilizan en el país para con el tiempo, llegar—si es posible—a una standarización de los elementos mecánicos de locomoción y transpor-

tes, pensamiento altamente previsor desde el punto de vista de una posible movilización, pues, alcanzando los ejércitos modernos movilizados efectivos considerables, para cuya movilidad los gobiernos por ricos que fueren los países no siempre pueden—por razones de orden económico—acumular desde el tiempo de paz todos los elementos que necesitarían para moverlos en el terreno, resulta indispensable resolver por otros medios que tienen a su alcance, que los elementos de esa naturaleza empleados en las diferentes actividades particulares sean, en lo posible, adaptables para un caso dado, a las necesidades militares; de este modo, se prevee la defensa nacional dentro del moderno concepto de "la nación en armas", que hoy se realiza por medio de la "movilización civil" paralelamente a la militar.

Creo, pues, no equivocarme grandemente al pensar que el estado mayor general argentino no ha dejado de tener en cuenta este interesante aspecto de la organización del ejército.

Estas consideraciones muy naturales estoy seguro no escapan del criterio del alto comando del ejército argentino, constituído por profesionales que tienen un concepto muy bien definido e ideas bien orientadas sobre las conveniencias que han de contribuir al mejor reforzamiento de la organización militar del país.

Al presentarnos el día 28 en el cuartel general en el valle de San Ignacio, el señor general Uriburu nos recibió con la amabilidad y afectuosidad propias de un antiguo compañero, y cuando en Buenos Aires manifesté al señor ministro de Guerra que mis deseos eran que cada oficial que me acompañaba se incorporara a una unidad de su arma, a fin de seguir de cerca toda la actividad propia de ella, para así recoger mayor experiencia que la que un joven oficial puede obtener como mero espectador en ejercicios, con los cuales no está habituados, me contestó con toda amabilidad que así se haría y que así lo manifestase al general Uriburu.

Así, pues, apenas manifesté al señor general Uriburu idénticos deseos, en la misma tarde, el estado mayor general en su

Orden del Día disponía el destino de los capitanes Franco, Vera y Castagnino a unidades de sus respectivas armas, orden que debía cumplirse al día siguiente después de terminarse un ejercicio cuyo desarrollo estaba en plena ejecución; yo y el capitán Bray, quedamos agregados al gran cuartel general; antes de llegar al sitio donde se encontraba el cuartel general desembarcamos en la estación de Almafuerte donde fuimos recibidos por el teniente coronel señor Duval, oficial de estado mayor, con los automóviles y camiones para nuestro viaje y transporte de equipajes hasta el campamento. Durante el trayecto, el teniente coronel señor Duval, nos informó minuciosamente de la situación de guerra del día, entregándonos las copias en que se expresaban que, con el plano que ya teníamos de la región podíamos fácilmente darnos cuenta de las tareas desarrolladas y a desarrollarse. Los ejercicios de Destacamentos, conforme ya dije, habían terminado, o sean los de unidades menores, constituídas y agrupadas para fines tácticos especiales y cuyo objeto principal es, en estos casos, ejercitar a los comandos de unidades menores y oficiales subalternos especialmente.

Llegábamos, pues, al comienzo de los ejercicios de división.

No analizaré estos ejercicios—porque él no pertenece al marco de estas impresiones.—No obstante, puedo decir, que ellos se realizaron dentro de las hipótesis respectivas formuladas por el estado mayor general del ejército, de acuerdo con la intención que en cada caso formulaba el inspector general del ejército, director de las maniobras.

Cada alto comando de tropas dentro del plazo que el estado mayor general fijaba en cada caso, presentaba a la dirección de maniobras sus resoluciones por escrito, las que con las órdenes, medidas complementarias que la situación exigían y la observación que los árbitros recogían durante el desarrollo de los ejercicios, formaban los elementos de juicio para la crítica que el director de las maniobras hacía al final de cada tarea.

Ella se hacía en presencia de todos los jefes que habían tomado parte en los ejercicios y de los oficiales agregados al cuartel general, comandos de tropas y servicios; nosotros asistíamos igualmente.

Una vez presente todos los jefes y oficiales y el jefe del estado mayor general a cuyo cargo estaba siempre la redacción de la hipótesis de guerra, el señor director de maniobras principiaba por dar lectura a dicha hipótesis; examinaba los fundamentos de ella, explicando las razones que la apoyaban; luego, la interpretación práctica que se le había dado a la luz de las resoluciones y órdenes que el respectivo comandante encargado de la ejecución había dictado; seguidamente la actividad desarrollada por cada una de las armas antes y durante el combate. Expuesto así los hechos, formulaba sus observaciones fundándose en las disposiciones reglamentarias en la doctrina, para hacer resaltar si la conducción en el terreno había estado de acuerdo a lo que hubiera sido en la realidad, como asimismo hacía notar si los defectos de detalle provenían del olvido o poco cuidado observado en el período de instrucción durante el acuartelamiento.

Las maniobras son las verdaderas escuelas para la preparación para la guerra en la paz; es la oportunidad que periódicamente se presenta a todos o a una gran parte de los jefes y oficiales del ejército para conocerse perfectamente en lo que valen o pueden valer profesionalmente, por lo menos en bastante grado de aproximación. La inteligencia, la memoria, la iniciativa, la resistencia física, la audacia, la prontitud en las resoluciones, el sentido crítico, el buen criterio, encuentran ancho campo para salir a luz en presencia de todos los camaradas, contribuyendo a la formación de la propia personalidad y al nacimiento de la verdadera autoridad profesional, base fundamental y única de la verdadera disciplina en las instituciones armadas del presente. En las maniobras pronto se reconocen a los que tienen cualidades negativas y a los que en los días del año emplean su tiempo sólo en la rutina de las guardias y en el "dolce far niente"; las maniobras son escue-

las para jefes, oficiales y tropas en su más amplio sentido; es el coronamiento obligado, natural e imprescindible de todo período de instrucción; es obligación, profesionalmente hablando, del ejército para con la sociedad que lo considera y estima, para con el país que lo sostiene para demostrarles que su consideración y sus sacrificios son compensados con los esfuerzos positivos demostrados por el grado de preparación que lucen.

Cuando ya en un país existe una perfecta compenetración entre sus habitantes y el ejército de la reciprocidad de esta obligación, estos grandes ejercicios despiertan un verdadero interés nacional, y el pueblo sigue con entusiasmo el comportamiento de sus tropas en estos días de pruebas, para terminar censurando a sus comandos responsables o brindándoles sus aplausos. Este es el fenómeno altamente halagador que hemos presenciado en Córdoba, y las tropas argentinas han sido merecedoras, por su comportamiento en el terreno, como por la educación demostrada en los campos, poblaciones pequeñas y grandes ciudades, en las horas de descanso como en las de diversiones, fueron merecedoras, digo, de toda la cordial y entusiasta acogida de que fueron objeto. Satisfechos estaban sus jefes y oficiales y con justa razón, porque el comportamiento de la tropa es el espejo de la capacidad educativa e instructiva de un cuerpo de oficiales.

La impresión dejádame por el conjunto es, que el grado de instrucción y de preparación de las tropas constituye una buena esperanza de que el ejército ha iniciado, con buen resultado, una era de progreso positivo.

El efectivo en maniobras alcanzaba a más o menos 12 a 14 mil hombres, 7.500 caballos, unos 300 camiones y automóviles y un centenar de carros de tracción a sangre, los servicios auxiliares completo. Entre las tropas figuraban contingentes de toda la República (excepción de los de la 3ª División—Entre Ríos y Corrientes) cuyas condiciones de vida, siendo diferentes, demostraron, sin embargo la misma resistencia física, el mismo espíritu, el mismo grado de disciplina, lo cual quiere

decir que en el ejército argentino existe ya en forma innegable la **unidad de doctrina,** base fundamental para que la uniformidad de la instrucción, cuyos resultados deben ser la uniforme preparación guerrera de los contingentes, resulte una realidad. Las grandes maniobras, como ya dije, tienen también por objeto presentar ante la vista de todos los oficiales del mismo ejército, especialmente, las pruebas de la labor realizada en un período de instrucción: hacer resaltar los defectos, la bondad de ciertos métodos y tiende a uniformar los conceptos doctrinarios y a presentar al conjunto ejército situaciones parecidas a las que podrían suceder en la realidad; es pues la gran escuela del ejército en tiempo de paz, desde todos los puntos de vista de la organización militar que quiera considerársele.

El servicio de aprovisionamiento funcionó correctamente; tanto las tropas como el ganado, tuvieron siempre su alimentación suficiente, oportuna y en buenas condiciones; columnas de carros y de autocamiones facilitaron el transporte por toda clase de caminos. El servicio sanitario también se desempeñó a la altura de sus obligaciones. Independientemente de la dirección de sanidad, que estuvo presente, cada unidad y servicio tenían su cirujano y su cantina perfectamente provista de todo lo necesario, con su correspondiente personal subalterno.

Apenas se producía el más breve accidente, el cirujano lo atendía y tomaba las medidas respectivas; en las marchas como en los ejercicios de combate, la sanidad ocupaba su sitio correspondiente tomando las disposiciones que la realidad habría aconsejado; apenas las tropas llegaban al lugar del descanso, los cirujanos pasaban revista minuciosa a la tropa, especialmente a las de a pie, tomando medidas y dictando prescripciones; las aguas y la alimentación constituían preferentes preocupaciones de los cirujanos militares. Igual cosa puede decirse del servicio de veterinaria.

El servicio de comunicaciones y transmisiones de noticias, funcionó también regularmente, pues el ejército está dotado

de estaciones radiotelegráficas y radiotelefónicas de gran alcance y en cantidad suficiente; van instalados en autocamiones especiales y destinados para este transporte; las comunicaciones con Buenos Aires estaban aseguradas en todo momento, salvo inconvenientes atmosféricos en días de muy mal tiempo.

Acompañaba al ejército un arsenal de campaña para las reparaciones que siempre se hacen necesarias en campaña, sobre todo cuando se trata de grandes efectivos con materiales tan complejos.

Todo desperfecto era inmediatamente reparado durante la marcha misma. La aviación también tuvo su servicio, pero, como ya lo habíamos observado nosotros en nuestra última campaña, su rendimiento está sometido a la influencia del tiempo y de la atmósfera.

Faltando las impresiones reales de la guerra, los éxitos o fracasos de la aviación, desde el punto de vista táctico, son más difíciles de apreciar correctamente; la intervención de los árbitros no se hace sentir en este servicio en la forma que en las unidades de tropas.

Resumiendo lo que hasta aquí lleva expuesto, terminó con las siguientes palabras el general Schenone sus impresiones sobre las maniobras de Córdoba:

—La acogida dispensádanos, tanto por el excelentísimo señor presidente de la Nación como por el ministro de la Guerra, altos comandos, jefes y oficiales del ejército, dejaron en nosotros la más grata impresión por la cordialidad que manifestaban.

En medio del ejército hicimos vida de franca camaradería, exenta de todo formulismo y estiramientos; todas las facilidades se nos dieron para nuestra mejor observación. Creo que el espíritu argentino es francamente amistoso para el Paraguay.

El ejército argentino es todavía nuevo; estas maniobras constiuyen el primer gran paso que da en su movimiento de avance, impulsado por el grado de preparación teórica que ya

han adquirido sus oficiales mediante la influencia de sus escuelas; la de sus numerosos jefes y oficiales que han hecho estadas de diversa duración en institutos y cuerpos de ejércitos europeos. Todo este núcleo, bastante numeroso, constituye la mentalidad militar argentina cuya influencia, en su constitución y organización militares, se hace ya sentir en forma provechosa para encarar el estudio de sus problemas de preparación militar.

La existencia real de un núcleo así, que es respetable por el elevado concepto que de su misión y deberes tiene, ha atraído sobre el ejército la atención del pueblo y la consideración de los poderes públicos. Formación de la mentalidad del cuerpo de oficiales mediante sus escuelas y academias de guerra; regularidad en la aplicación de la ley de conscripción, mediante el enérgico y decidido apoyo de las autoridades nacionales que ven en ella un ineludible deber nacional, han contribuído para que el ejército argentino figure ya en una situación digna dentro de un gran país, considerándosele con justicia como una institución nacional verdadera, cuyo progreso debe estimularse por los buenos resultados que produce en la masa nacional desde el punto de vista moral, económico, social y político.

Estimo que su perfeccionamiento no ha de ser entorpecido ya, por lo mismo que existe un concepto favorable acerca de él y porque su cuerpo de oficiales está imbuído, saturado de sanas ideas. A todo esto se debe también la reorganización de sus altos comandos decretado en 1923 en que se creó el comando único y profesional que aunque todavía no tiene, a mi modesto modo de ver, toda la situación de independencia que debe tener, goza de facultades suficientes que permiten en ese ejército la existencia de una directiva militar única para todo aquello que se relacione en la formación en personal, su calificación, su distribución, la organización de unidades, etc., etc., en los cuales no interviene el concepto de los extraños, ni las ocurrencias de quienes no tienen ni pueden tener la responsabilidad de la preparación para la guerra.

Si se compara la organización de sus servicios superiores del pasado con la actual, no sería quizá ni erróneo afirmar que momentáneamente ésta es una situación de transición; seguramente con el tiempo, que proporcionará mayor experiencias al respecto, tomará otra situación más de acuerdo con lo que la experiencia de la gran guerra ha demostrado con respecto al comando único rodeado de mayores y más amplias facultades. Pero, sea lo que fuere, el comienzo es halagador.

Las maniobras terminaron con el último ejercicio a que dió lugar el desarrollo de la hipótesis planteada el 2 de noviembre.

Impresiones del general Ruprecht

El general de división Guillermo Ruprecht, jefe de estado mayor del ejército uruguayo, prestigioso militar de la institución similar del país vecino, asistió a nuestras maniobras respondiendo a una cortés invitación de las autoridades superiores del ejército, lo que le dió ocasión para seguir de cerca tales ejercicios y, de vuelta a Montevideo, hizo las siguientes declaraciones sobre los mismos:

—Considero—dijo el general Ruprecht—que la situación del ejército argentino es realmente admirable y no ocultará la impresión favorable en extremo que me causó el desarrollo de las maniobras de Córdoba. Ellas evidenciaron nuevamente el grado extraordinario de progreso adquiridos en todos los aspectos de su organización y de su capacidad técnica por el instituto armado del país hermano. Llamó sobremanera mi atención la resistencia y disciplina, y, singularmente, el espíritu de sacrificio de que dieron ejemplos elocuentes los conscriptos. Es preciso tener presente que la Sierra de los Cóndores—paraje de la provincia de Córdoba en el que se efectuaron las maniobras—constituye un terreno accidentadísimo, erizado de peligros y dificultades, un suelo "travieso"... si se me permite esa expresión. Los conscriptos realizaron, sin

desmayar, jornadas de 40 a 45 kilómetros, con una carga de 26 o 27 kilos...

—Como dije, el desarrollo de las operaciones acusó el acierto del comando, la perfecta organización de las unidades y la eficiencia y modernidad del material. Como nota destacada cabría mencionar la actuación lucidísima del batallón de comunicaciones, entidad de reciente creación, representativa de uno de los tantos progresos incorporados al ejército argentino en el último lustro.

Sólo plácemes y elogios merecen nuestros amigos de allende el Plata por los adelantos culminados por su ejército. La administración, los servicios de aprovisionamiento, la sanidad, etc., acusan una magnífica organización.

Yo siempre fuí partidario, y conservo esa convicción, del envío de oficiales uruguayos a la República Argentina. Debo manifestarle que hay ya muchos compatriotas en el vecino país, quienes siguen cursos de especialización, con positivo éxito...

Regreso hondamente complacido de mi viaje y lleno de gratitud hacia los militares de la República hermana por las atenciones que me prodigaron durante mi estada entre ellos. No puedo silenciar mi particular reconocimiento y sincera admiración hacia el general Justo, ministro de la Guerra y el general Uriburu, inspector general de armas. Mientras permanecí en la vecina República tuve el honor y satisfacción de contar, en carácter de ayudante, a un caballero de tan relevantes dotes de hidalguía, ilustración y amabilidad como el teniente coronel Martín Gras, jefe del 8 de caballería, miembro distinguidísimo de estado mayor, quien no escatimó esfuerzos y desvelos a fin de facilitarme el cumplimiento de mis propósitos de observación y de estudio.



La desconcentración

Noviembre 11.

Con la iniciación del regreso de las fuerzas militares a sus respectivas guarniciones, ha comenzado la última fase del período de ejercicios a que estuvieron sometidas las tropas concentradas en Córdoba. La partida de los regimientos que debieron cumplir esta operación en el día de hoy, y que se proseguirá durante la noche a diversas horas y sucesivamente hasta terminarla, reunió en la estación del Ferrocarril Central Argentino, a una crecida concurrencia, que despidió a los conscriptos cariñosa y entusiastamente.

En cambio, los soldados de las unidades que aun permanecerán hasta la semana próxima, conforme a este mismo plan de desconcentración, continúan siendo agasajados en todas partes de la manera que lo han sido desde su llegada a la Capital provincial.

La primera reunión de las fiestas populares en honor de las tropas, que anoche no pudo realizarse por el mal tiempo, tuvo efecto hoy y en medio de una animación sin igual continúa a la hora en que escribimos estas líneas. La amplia calzada de las avenidas Vélez Sársfield y General Paz estaba materialmente repleta de concurrencia en toda la extensión de los lugares habilitados para la retreta, cuyo programa musical fué interpretado por varias orquestas típicas colocadas en el centro de la calle, profusamente iluminada por arcos de luces suspendidos de las columnas del alumbrado.

El jefe del estado mayor de las maniobras, coronel Vélez, sometió a la consideración del inspector del ejército el plan formulado para la desconcentración de las tropas. El general Uriburu lo aprobó en todas sus partes, y, en consecuencia, dicha operación se desarrolló en la forma que detallamos en seguida;

Día miércoles 11 de noviembre, regimiento Nº 11 de infantería, grupo de observación Nº 1, dos trenes conduciendo por mitades al regimiento Nº 1 de artillería montada, regimiento Nº 17 de infantería, regimiento Nº 4 de caballería, personal y elementos de la dirección de maniobras, el comando de infantería de la 3ª división y los regimientos Nos. 12 y 3 de infantería. Los cuerpos están mencionados correlativamente en el orden que se efectuaron sus respectivos embarques.

Día 12, regimiento Nº 7 de infantería, cuarto grupo de artillería a caballo, dos trenes con el regimiento Nº 2 de artillería montada, comando de la 5ª división de ejército, comandos de infantería y artillería de esta misma, 5º batallón de zapadores de montada, regimiento Nº 6 de infantería, comandos de la 2ª yª divisiones y escolta de esta última, y 1º y 2º batallones de zapadores pontoneros.

Día 13, segundo grupo de artillería a caballo, regimiento Nº 16 de infantería, comando del destacamento de montaña norte, regimientos Nos. 14 y 4 de infantería.

Día 14, regimientos Nos. 1 y 2 de infantería, comando de la 4ª brigada de caballería, regimiento Nº 7 de caballería, dos trenes con el regimiento Nº 2 de caballería, regimientos Nº 19 de infantería y 12 de caballería y un tren del batallón de comunicaciones.

Día 15, segundo tren del batallón de comunicaciones, batallón de sanidad y escuela de radiotelegrafistas, regimiento Nº 18 de infantería, segundo grupo del Nº 6 de artillería, baterías pesadas y servicios de la dirección general de maniobras.

"El ejército y el nacionalismo"

De "La Fronda"

"Hoy se inicia en Córdoba la desconcentración del ejército. Terminadas las grandes maniobras de primavera, los soldados vuelven a los cuarteles para de allí reintegrarse a sus hogares. Las maniobras han coincidido con la terminación del período

de conscripción de la clase de 1904, para los de tierra. Así han podido, con ejercicios prácticos, cerrar el ciclo de instrucción militar. La teoría aprendida en el cuartel ha tenido su complemento en la práctica adquirida en la campaña. Los jefes y oficiales han obtenido mayor conocimiento del arte de la guerra, desde que, por primera vez, se han movido con grandes contingentes de tropas.

"Técnicamente, pues, las maniobras han servido para aumentar la preparación táctica y estratégica de los que mandan y para que los conscriptos sepan lo que es en realidad un ejército en campaña. Al propio tiempo, se han podido notar algunas deficiencias en el material, etc., que de otro modo no hubiera podido constatarse.

"Pero tienen otro aspecto más grato estas maniobras. Reconforta nuestro patriotismo el poder comprobar la corrección en la conducta y la eficiencia en la instrucción demostrados por los soldados de la República. A esa satisfacción se une la de saber que el pueblo entero de una provincia argentina ha exteriorizado al ejército, formado por hijos de todas las regiones del país, una franca adhesión y una cordialidad reveladora del cariño y la simpatía que Córdoba, como todas las demás provincias, sienten hacia las instituciones armadas de la República.

"Otra composición auspiciosa para el vigor de nuestro nacionalismo, es la ansiedad con que en todos los ámbitos del país se ha seguido, detalle por detalle, el desarrollo de las grandes maniobras de Córdoba. Carne de nuestro pueblo, es lógico que el pueblo se llene de orgullo ante sus triunfos en la paz, como el de ahora.

"Llegamos, pues, al final de las maniobras, con un balance francamente favorable para las instituciones armadas del país. Se ha gastado, es cierto, una considerable cantidad de dinero. Pero es un dinero bien invertido.

"Desde el punto de vista nacionalista, las maniobras constituyen, como ya hemos dicho, un hecho tonificante. Córdoba, el centro, el corazón de la República, ha reunido, en su her-

mosa región serrana, a los hijos de todas las zonas del país. Esa concentración de argentinos de todas las provincias, al pie de la bandera de la patria, adquiere todo el valor de un símbolo. Es como la familiar reunión, en el cálido hogar materno, de los hermanos a quienes separa la distancia. Nunca como en estas maniobras de Córdoba se habrá llamado a la bandera con más propiedad, el regazo que cobija a los hijos

"Si plausibles son siempre estos actos que evigoran el espíritu nacional, lo son más en la actualidad. No es misterio que en nuestro ambiente pugnan por abrirse paso las teorías extremistas, encarnadas en ciertos espíritus disolventes. Carentes de patria, desprovistos de ideales generosos, no obstante un fementido humanitarismo, los adoctrinadores nihilistas intentan atrincherarse hasta en las universidades argentinas. Pretenden, con el prestigio que nuestros mayores dieron a esas instituciones de cultura, aumentar el foco de irradiación del apostolado bolshevizante. Y así han tentado trazar una línea separatista entre nuestro pasado, manantial de ideales, de cultura y de ejemplos de austeridad, y el presente preñado de inquietante y grosero materialismo. Y así se ha dado el caso, precisamente entre algunos universitarios cordobeses, de abominar la tradición de nuestro ejército, sin duda porque ignoran que esa tradición es una gloriosa síntesis de esfuerzos no siempre compensados, de abnegaciones llenas de dignidad, de entereza y, sobre todo, de desinteresado espíritu patriótico. Tanto desinterés, que nuestro ejército es uno de los pocos que no se inmiscuye en las candentes luchas de la política electoral. El ejército argentino, pues, al vigorizar los vínculos de la nacionalidad, en estos momentos de desorientación causada por falsas ideologías extremistas, ha cumplido un alto fin: ha hecho patria".

12 de noviembre de 1926.)

Consideraciones finales

En el transcurso de las crónicas y comentarios que forman este libro se ha dicho y repetido, tal es la importancia que ello entraña, que hacía mucho tiempo el ejército argentino no era sometido a maniobras de semejante amplitud. Es menester dejar consignada bien claramente esa circunstancia para que el pueblo alcance a formarse una idea cabal de lo que son esas cosas y de la necesidad imprescindible que existe de efectuarlas periódicamente para mantener sin interrupciones la línea ascendente de progreso que debe presidir el desenvolvimiento normal de la institución armada, junto al desarrollo, igualmente continuo, de todas las demás actividades del país.

Las enseñanzas principales que el ejército ha sacado de las maniobras en la Sierra de los Cóndores, pueden resumirse así:

Práctica del comando superior, de los comandos de unidades y de los estados mayores, en la conducción de grandes unidades, con efectivos aproximados a la realidad, en un terreno desconocido y debiendo ejecutar todas las operaciones de marcha, estacionamiento y combate, en las mismas condiciones de la guerra.

Ejecución de la maniobra en un terreno de las más variadas características: llanura, media montaña, cruce de corrientes de agua de todos aspectos, en que lógicamente actuaron especialmente las unidades de ingenieros.

Realización de los servicios de aprovisionamiento de una división de ejército.

Aplicación de los reglamentos modernos surgidos a raíz de los nuevos métodos de combate impuestos por la guerra europea.

Solución de problemas relativos a las maniobras y ejercicios son efectivos reales, bajo diversas hipótesis y combates de encuentro, contra otro bando desplegado para la defensa, pasaje de ríos a viva fuerza, persecución, etc.

Empleo de la aviación en la exploración táctica y como auxiliar del tiro de la artillería.

Son estas las conclusiones que desde un punto esencialmente militar pueden citarse como lo dejamos hecho. Pero es menester no olvidarse de la hermosa escuela de nacionalismo que han constituído las maniobras, al mover por todas las regiones del país a un buen número de sus habitantes. Conscripto hubo que ya las tropas en las proximidades de Córdoba nos preguntó si en aquella ciudad había tranvías eléctricos. Otro quiso saber si Córdoba era más grande que su pueblo natal; había nacido en Rauch, en la provincia de Buenos Aires y apenas si concebía otra cosa que la Capital Federal y La Plata, pudieran ser un poco más importantes que su pueblo.

Poco después de iniciados los ejercicios se divulgó entre las fuerzas, la anécdota de que los mendocinos y demás conscriptos procedentes de la zona cordillerana, cuando se les indicaba una corrida hacia un cerro cualquiera, preguntaban donde estaba el tal cerro, creyendo que las sierras de Córdoba no llegaban a ser tales en ningún caso, acostumbrados a llamar cerros a las más elevadas puntas del mundo. Más tarde cuando confusamente supieron que también a las sierras se les podía distinguir con la misma denominación, se corrió entre ellos la especie de que se trataba pura y simplemente de cerros que eran iguales a los de sus provincias, pero que para los trabajos de los soldados se les había disminuído la altura. Por último, aprendieron que las sierras de Córdoba eran otro pedazo de su patria, tan argentino como el mismo en que habían nacido.

Todas estas impresiones se cambiaron entre los conscriptos de los regimientos de maniobras que fueron constituídos por las unidades efectivas de diversas regiones del país. Y revisando una tarde una lista de soldados destacados en una misión especial de descubierta anotamos entre otros, los apellidos siguientes: Mac Loughlin, Seguí, Pascualetti, Morgan, Wright, Silvereissen, Chaillón, Blay, Franco, etc., donde la

profusión de los orígenes de los padres o abuelos de esos conscriptos, tan claramente denunciados, apenas pudo llamarnos la atención, por ser relativamente comunes esas extraordinarias reuniones, aunque sí la despertaran los nombres de pila de aquéllos: Mac Loughlin se llamaba Marcos Argentino, Morgan era Las Heras Morgan y los otros así, Santos Vega Seguí, Almafuerte Silvereissen, José de San Martín Pascualetti, Juan Bradsen Chaillón, Bartolomé Mitre Blay, Julio Argentino Wright y Tucumán L. Franco.

Bien lo ha dicho el poeta:

Como busca la luz y el aire libre
La miserable yerba subterránea,
Como busca el insecto perseguido
La intervención de Dios, bajo la grama—
        Pulmón sin aire
        Gleba estropeada,—
Así el hombre dolor se precipita
De mi bandera azul, bajo las alas!

Allí van adhiriéndose, en el tiempo,
Partícula a partícula, las razas!
Allí van congregándose a su sombra
Al toque de clarín de la esperanza!
        Allí se forjan
        En esa fragua,
Los decisivos moldes de la vida,
La postrimer evolución humana!




INDICE




CARTA DE CONJUNTO
CÓRDOBA
SAN LUIS
Escala = 1:1.500.000
CLASIFICACION DE DOCUMENTOS
REFERENCIAS
Levantamiento Estereofotogram. Expeditivo
Levantamiento Expeditivo
Compilación
Nota. Para la recopilación se han utilizado documentos cuya exactitud para una carta topográfica no se garantiza -: Mapa oficial de la Prov. de Córdoba, Esc.= 1:500.000, - Copias del Catastro de la Prov. de Córdoba, Esc.= 1:100.000, - Obras de Irrigación del Rio Tercero, M. O.P., Esc.= 1:20.000.-
Cumbre de Achala
Cumbre del Hinojo
Cumbre de Chica
Rio Segundo
Rio Reartes
Rio Anisacate
SAN CLEMENTE
BUENA VISTA
EL DESPEÑADERO
LA BOLSA
S.AMBROSIO
LAS MINAS
Anisacate
EL BAÑADO
EL ARRIMO
PARAISO MINERAL
EL PARAISO VEGETAL
EL MANZANO
HIGUERA BLANCA Y SADOBARES
Los Reartes
LA PAMPA
LA FALDA
CERRO MOYANO
San Agustin
CALMAYO
Calmayo
ATHOS PAMPA
ARBOL DEL MILAGRO
Soconcha
Santa Rosa
EL PORTEZUELO
ATUM PAMPA
Molinos
Est. Despeñaderos
S. Farias
Est. Monte Ralo
Est. Corralito
a Córdoba
a La Esperanza
a Villa del Rosario



Santa Rosa
Yacanto
ATUM PAMPA
ALTO DEL POZO
EL PORTEZUELO
Las Crucesitas
EL SAUCE
Las Bajadas
Cº Negro
LA SIERRILLA
LA SIERRITA
Cº de las Achiras
El Durazno
Amboy
Dique de Embalse
LA CALDERA
MONTECILLO
Almafuerte
El Salto
R. TERCERO
Rio Tercero
Rio Tercero
LA MERCED
MONTE GRANDE
Cº de los Guanacos
HORQUETA
EL MANZANO
El Manzano
Rio Mangas
EL QUEBRACHO
Cº Grande
LOS CONDORES
COL. MELICA
La Cruz
LOS CONDORES
CARAGUASA
ESPINILLO
PAMPICHUELA
POZUELOS
VACAS ENLAZADAS
LOS COCOS
M. Acuña
Forastierro
Los Pocitos
F.C.C.A.



CARTA
DE LA
ZONA DE LAS MANIOBRAS DE CONJUNTO
"SIERRA DE LOS CÓNDORES"
PROVINCIA DE CÓRDOBA
AÑO 1925
Referencias:
Levantamiento Estereofotogramétrico
Equidistancia 50 mts.
Reconocimiento y Recopilación
Equidistancia 50 y 10 mts.
Cotas Taquimétricas :
620
Cotas Barométricas :
620
Cable de energía eléctrica
Pirca
Tiempo empleado en la confección de la Carta
Topografía Del 23 de Julio al 12 de Sepbre - Levantamientos.
Cartografía " 9 " Septiembre al 23 Sepbre - Dibujo.
Talleres Gráf. " 18 " " 29 " " Impresión.
Escala 1:100000
Berrotarán
Elena
Río Los Sauces
Sierra de las Peñas
LAS PEÑAS
LOS MEDANOS
LOS POZUELOS
Cº Sº Lorenzo
Cº Blanco
Cºdel Fraile
Cºdel Cajon
LOMA VERDE
LOMA PELADA
CAÑADA EL SAUCE
RODEO LOS COCOS
VACAS ENLAZADAS
SAUCERIO
MAJADA
POTRERILLO
PIRGUADO
RUCHICANOS
RODEO DE COLA
CONDORES
VALLECITO
HUERTA VIEJA
Mesoleta
CASTAÑAS
RAMADA
COCO
SAN JOSE
BAYO TUERTO
CABRALES
El Portezuelo
Pueblito
Guacha Corral
Forastierro
La Dormida
Punta Los Medanos
a Gigena
Instituto Geográfico Militar
Septiembre de 1925

